

PAUL BRUNTON
EL

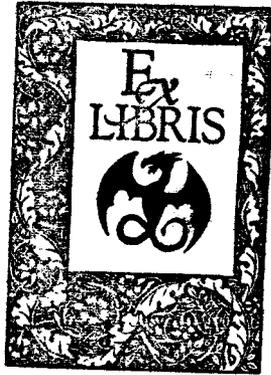
EGIPTO

SECRETO



H
KIER

1545



COLECCIÓN
HORUS



14 MAY 1994

OBRAS DEL MISMO AUTOR

La India Secreta
El Sendero Secreto
El Egipto Secreto
Un Mensaje Desde Arunachala
Una Ermita en los Himalayas
La Búsqueda del Yo Superior
La Realidad Interior
Más Allá del Yoga
La Sabiduría del Yo Superior
La Crisis Espiritual del Hombre



PAUL BRUNTON

EL EGIPTO SECRETO

Traducción del inglés por
MARIO CALES

DECIMA EDICION

EDITORIAL KIER, S.A.
Av. Santa Fé 1260
1059 - Buenos Aires

Título del original inglés:

A search in secret Egypt

Editado por Rider & Company (London)

1a., 2a. y 3a. Edición argentina - Librería Hachette. Buenos Aires

Ediciones argentinas - Editorial Kier S.A., Buenos Aires

años: 1969 - 1971 - 1975 - 1977 - 1979 - 1982 - - 1987

SALVEDAD:

Un lamentable error de compaginación significó la inclusión en la primera edición de esta obra, del nombre equivocado de su traductor.

Tanto la presente como anteriores ediciones corresponden, en cuanto a su traducción, al señor Mario Cales.

Tapa:

Baldessari

Libro de edición argentina

I.S.B.N.: 950-17-0041-0

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

© 1987 by Editorial KIER S.A., Buenos Aires

Impreso en Argentina

Printed in Argentina

DEDICATORIA
A
SU ALTEZA
EL PRINCIPE ISMAIL DAUD

Una hermosa noche de primavera, tres hombres que habían salido de El Cairo se detuvieron a conversar durante una hora junto a la gran pirámide, Uno de ellos era Vuestra Alteza, otro el embajador de una potencia oriental, y el tercero el redactor de estas páginas, apuntes de viajes y meditaciones. Vuestra Alteza observó que sería difícil hallar en el Egipto actual alguna huella de aquella extraordinaria espiritualidad, o de esa magia extraña, que me atraían y me hacían recorrer los países en su búsqueda. En varias otras oportunidades reprodujo Vuestra Alteza la misma opinión.

A pesar de todo, persistí en mis investigaciones, y hallé varias cosas que considero susceptibles de interesar al público occidental. Ofrezco mis hallazgos también a Vuestra Alteza, porque abrigo la esperanza de que podrá apreciar en ellos más claramente cuál es la fe que me anima, y quizás comprender mejor por qué la sustento. Y le brindo asimismo estas páginas como minúscula prueba del placer que me causa la respetuosa relación personal que, independientemente de cualquier diferencia de orden intelectual, subsiste entre nosotros.

Finalmente, quiero que sean estas páginas portadoras de mi homenaje a Egipto, el país cuyas características modernas Vuestra Alteza conoce tan bien y cuyos templos antiguos tanto me atraen a mí. Y, si se me permite modificar aquella antigua sentencia romana, añadiría: "El que bebe agua del poderoso Nilo, es amigo perpetuo de los que moran en sus riberas."

NOTA PERSONAL

Paul Brunton murió el 27 de julio de 1981, en Vevey, Suiza. Nacido en Londres, en 1898, escribió trece libros, desde La India Secreta, publicado en 1935, hasta La Crisis Espiritual del Hombre, en 1952. Por lo general, se lo reconoce como quien introdujo el yoga y la meditación en Occidente y presentó los antecedentes filosóficos de aquéllos en un lenguaje carente de tecnicismos.

Su modo de escribir consistía en anotar párrafos a medida que se sentía inspirado. Con frecuencia, los asentaba en los reversos de sobres o en los márgenes de diarios mientras paseaba por los floridos jardines que orillan el Lago Lemán. Más tarde, ya mecanografiados y clasificados, él solía revisarlos y unirlos en una narración coherente.

Paul Brunton había vivido en Suiza durante veinte años; le agradaba el clima apacible y el majestuoso panorama de montañas. Llegaban hasta él visitantes y correspondencia de todo el mundo, y representaba un papel importante en las vidas de muchas personas.

"P.B.", como le conocían sus seguidores, era un hombre afable del que emanaba una aureola de benevolencia. Su erudición se había forjado en el crisol de la vida, y su espiritualidad refulgía como un faro. Pero, desanimando los intentos de formar un culto alrededor de su persona, solía decir: —Deben encontrar a su propio P.B. dentro de ustedes mismos.

Kenneth Thurston Hurst

INDICE

CAPÍTULO	I. — Una noche con la esfinge	11
"	II. — La guardiana del desierto	23
"	III. — La pirámide	38
"	IV. — Una noche dentro de la gran pirámide	60
"	V. — Un mago de El Cairo	83
"	VI. — Los milagros del hipnotismo	102
"	VII. — Entrevista con el faquir más famoso de Egipto ...	120
"	VIII. — ¡En nombre de Alá, el Compasivo, el Misericor- dioso!	132
"	IX. — Una entrevista con el jefe espiritual de los maho- metanos	147
"	X. — En la paz de la vieja Abidos	163
"	XI. — Los ritos secretos de los templos egipcios	175
"	XII. — Los antiguos misterios	190
"	XIII. — En el templo de Dendera	203
"	XIV. — Karnak de día	218
"	XV. — Karnak de noche	234
"	XVI. — El encantador de serpientes más famoso de Egipto	247
"	XVII. — Mi iniciación como derviche encantador de ser- pientes	261
"	XVIII. — Mi encuentro con un adepto	274
"	XIX. — Las tumbas: el solemne mensaje de un adepto ...	288
"	297
EPÍLOGO	

Después de haberse publicado la primera edición de este libro, falleció su eminencia Mustafá el Maraghi, jefe supremo del islám (capítulo IX); el jeque Musa el Haui, el encantador de serpientes de Luxor (capítulo XVI), fué muerto por una cobra, después de haber practicado su arte durante más de veinte años. Poco después de concluida la guerra mundial, volví a ver en Egipto a Ra-Mak-Hotep.

P. B.

TABLA DE ILUSTRACIONES ENTRE PAGINAS 160 y 161

Vista aérea de las pirámides

La Esfinge

La Gran Pirámide vista desde los cementerios árabes

El Nilo

Altar romano frente a la Esfinge

La presentación de los iniciados ante Osiris

El hombre-pájaro, símbolo del alma humana liberada

El mago

...y su casa

La bruja negra sudanesa

El joven sirio "Elyah"

El profesor Edouard Ades, el hipnotizador

Madame Marguerite, su sujeto

Monasterio derviche próximo a El Cairo

Ahmed Sirry, el jefe de los derviches

La ciudadela de El Cairo

Tahra Bey

Su cuerpo en trance se coloca dentro de un ataúd que se baja al fondo de una piscina de natación

Un antiguo Corán, que pertenecía antes al desaparecido sultán de

Turquía y que ahora está en posesión de la señora Dahaby de

El Cairo

La Meca, la ciudad santa

En peregrinación hacia La Meca

El jeque El Maraghy, jefe espiritual del Islam

La Universidad-Mezquita de El Azhar

Abydos. Templo de Seti I. Primera sala hipóstila

Abydos. Relieve del Templo. Horus, el Faraón y Upnat

Purificación del muerto y adiós a la momia

El escriba Nebmerutef

Interior del templo de Abu-Simbel

Figura del templo cubierta de inscripciones mágicas

Templo de los ritos secretos

El dios Horus sentado en su trono, en una escena simbólica

El templo de Dendera

El zodíaco de Dendera

Obelisco de Tuthmosis I. Karnak

Nave central del templo de Amón

Patio del templo de Karnak

TABLA DE ILUSTRACIONES ENTRE PAGINAS 160 y 161.

Amenofis IV – Akhenaton	
Seti I	
El jeque Abu Shrump, en compañía de otras notabilidades	
Kurna, la aldea del jeque	
La aldea de Karnak	
El jeque Mussa encuentra y captura una serpiente	
El jeque Mussa	
Un escorpión	
Mussa sostiene un escorpión vivo	
El jeque Mussa trabajando	
Mi “talisman mágico”	
Primer plano de una cabeza de cobra	
El autor ante una serpiente erguida	
Una serpiente dormida, con el “talisman mágico” colocado sobre la cabeza	
Una serpiente que sisea al autor	
Sosteniendo una serpiente que acaba de coger	
Colosos maltratados (patio del templo de Ramsés III, en Karnak)	
Serpientes en pinturas murales de una tumba	
Jóvenes músicos (fresco de una tumba tebana)	
Dama y caballero (bajorrelieves de una tumba tebana)	
Los colosos de Menmón, en Tebas	
Tapa del sarcófago de Meneptah	
“Ra-Mak-Hotep”, sus ojos	
El valle de las tumbas de los reyes	
Las grandes columnas del templo de Luxor	
Templo de Dair-El Bahari	

INCLUIDAS EN EL TEXTO

Inscripciones en la estela de Tutmés, la que se halla frente a la Esfinge	24
Corte transversal del interior de la gran pirámide	43
La escritura de Madame Marguerite, mientras se hallaba con los ojos vendados	105
El talismán arábigo del jeque Abu Shrump	241

CAPÍTULO I

UNA NOCHE CON LA ESFINGE

Ya se habían ido los últimos turistas, acuciados por el hambre; el último de los guías vestidos de negro había repetido por milésima vez, para uso de los extranjeros que visitaban su viejo país, su discurso de erudición superficial; y un grupo de asnos fatigados y camellos hastiados y gruñones había emprendido presuroso el regreso, llevando a los últimos jinetes de la jornada.

La caída de la noche sobre la campiña egipcia es un espectáculo inolvidable, de belleza sobrenatural. Todas las cosas cambian de color y vivísimos contrastes se extienden entre cielo y tierra.

Yo me había quedado solo, sentado sobre la blanda arena amarillenta; delante de mí la esfinge, acurrucada, destacaba su imponente y majestuosa figura. Inclinado ligeramente hacia un costado, mis ojos contemplaban fascinados el maravilloso juego de colores sutiles; aprovechando los últimos destellos del sol moribundo, que retiraba de Egipto su capa de gloria dorada, los colores aparecían y desaparecían en rápida sucesión. ¿Quién puede recibir el sagrado mensaje transmitido por el bello y misterioso resplandor de un crepúsculo africano sin sentirse transportado al paraíso? Mientras los hombres no estén completamente embrutecidos, espiritualmente muertos, seguirán amando al padre de la vida, el sol, que hace posibles esos prodigios con el arte de su magia incomparable. Bien sabían lo que hacían aquellos hombres de antaño que veneraban a Ra, la gran luz, y lo albergaban en sus corazones como a un dios.

El sol se detuvo en el horizonte, iluminando el cielo con los

magníficos destellos de un rojo vivo, un rojo de carbones encendidos.

El colorido bajó luego de tono, y un suave rubor coralino se extendió en el firmamento, suavizándose lentamente hasta que una media docena de colores distintos, desde el rosáceo hasta el verde y el dorado, formaron un borroso arco iris que se agitaba en un reticente adiós a la vida. Por último, cuando el crepúsculo comenzó a invadir aceleradamente el panorama, el sol se cubrió con una opalescencia grisácea. Los cautivantes colores desaparecieron junto con la gran esfera del astro moribundo.

Y sobre aquel fondo opalino vi a la esfinge revestirse con el ropaje de la noche, borrado ya de su rostro de facciones indeterminadas el vivo reflejo de los últimos rayos rojizos.

Surgida de las arenas omnipresentes, con su gigantesca cabeza y su cuerpo reclinado, inspira tanto temor a los beduínos supersticiosos que la denominaron "la madre del terror"; y tanto estupor a los viajeros escépticos, que en todas las épocas su colosal figura puso intrigadas preguntas en los labios de aquellos que, pasmados, la contemplaban por primera vez. El misterio de esa monstruosa combinación, cuerpo de león y cabeza de mujer, ejerció a lo largo de siglos y milenios un influjo impreciso, y atrajo visitantes en procesión interminable. La esfinge es un enigma para los mismos egipcios y un arcano inexplicable para todo el mundo. Nadie sabe quién la esculpió ni cuándo; los egiptólogos más expertos sólo pueden conjeturar a ciegas su significado y su historia.

En la ojeada final que me concedió la agonizante luz, mi vista se posó sobre los ojos de piedra de la esfinge; ojos que, fijos y serenos, vieron llegar millares de personas que, una por una, miraban interrogativamente la inescrutable mole y se retiraban perplejas; ojos que, inmóviles, vieron a los atlantes, los hombres de tez morena de un mundo hoy perdido, desaparecer bajo millones de toneladas de agua; ojos que, semisonrientes, presenciaron la proeza de Menes, el primero de los faraones, que desvió el curso del Nilo, aquel bienamado río de Egipto, y lo obligó a correr por un nuevo lecho; ojos que, con callado pesar, vieron al grave y melancólico rostro de Moisés inclinarse en un postrer saludo de despedida; ojos que, taciturnos y doloridos, miraron los sufrimientos de su país, saqueado y devastado por la invasión de los persas conducidos por el cruel Cambises; ojos que, embelesados aunque desdeñosos, vieron a la arrogante Cleopatra, la de las trenzas se-

dosas, desembarcar de un bajel de dorada proa, velas de púrpura y remos de plata; ojos que, deleitados, dieron la bienvenida al joven Jesús, errante peregrino que había ido a buscar la sabiduría oriental mientras se preparaba para la hora señalada de su misión pública, en la que el Padre lo enviaría a entregar un mensaje de amor y de piedad; ojos que, secretamente complacidos, dieron la bendición al joven noble Saladino, guerrero valiente, generoso e instruído que, enarbolando la lanza, con la media luna grabada en el verde pendón, se había lanzado por el camino que lo llevaría a ser, algún día, el sultán de Egipto; ojos que, con mirada admonitoria, saludaron a Napoleón como instrumento del destino europeo, ese destino que pondría en la cumbre el nombre del corso, por encima de todos los demás, para luego obligar a Napoleón a pisar, sombrío el rostro, las lisas tablas del *Belerofonte*; ojos que, con cierta melancolía, vieron convergir sobre su patria la atención de todo el mundo cuando abrieron la tumba de un altivo faraón, para sacar su cadáver momificado y sus reales ornamentos y entregarlos a la voracidad de la curiosidad moderna.

Aquellos ojos de piedra de la esfinge vieron todo eso y mucho más; y ahora, desdeñando a los hombres que se agotan en actividades triviales y transitorias, indiferentes a la interminable cabalgata del placer y el dolor humanos que atraviesa el valle egipcio, sabiendo que los grandes acontecimientos temporales están predestinados y son ineludibles, ahora, desde sus enormes órbitas, fijaban la mirada en la eternidad. Daban la vigorosa impresión de que, inmutables ellos mismos, su mirada atravesaba las mudanzas del tiempo y se internaba en los orígenes del mundo, en las tinieblas de lo desconocido.

Luego la esfinge se tiñó de negro, el cielo perdió su opalescencia plateada, y las tinieblas, completas, absorbentes, conquistaron el desierto.

Pero yo seguía en poder de la esfinge, fuertemente adherida mi atención a su poderoso magnetismo. Porque presentía que con la llegada de la noche la esfinge volvía a su ser. El fondo de sombras era su marco apropiado, y en el misticismo de la noche africana hallaría la atmósfera que necesitaba. También Ra y Horus, Isis y Osiris y todos los dioses egipcios desaparecidos, vuelven furtivamente por las noches. Resolví, por lo tanto, aguardar a que la luna y las estrellas se combinaran para revelar una vez más

a la verdadera esfinge. Me había quedado solo, y sin embargo, a pesar de la profunda desolación del desierto, no me sentía, mejor dicho, no podía sentirme solo.

* * *

Las noches de Egipto son extrañamente diferentes de las de Europa. En Egipto llegan suavemente, con el misterioso palpitante de una multitud de vidas invisibles, y tienen un matiz de azul indigo que ejerce un mágico efecto sobre las mentes sensitivas; las noches europeas son ásperas, brutalmente categóricas y decididamente negras.

Apreciaba por centésima vez esa diferencia, cuando apareció jubilosa la primera estrella de la noche, titilando tan cerca y con tanto brillo como nunca las vemos en Europa; la luna reveló su presencia con una seductora tajada y el cielo se transformó en un dosel de terciopelo azul.

Y entonces comencé a ver a la esfinge como rara vez la veían los turistas; fué primero una escabrosa silueta oscura, tallada en roca viva y tan alta como un edificio londinense de cuatro pisos, que se alzaba apaciblemente en una concavidad del desierto; luego, a medida que los rayos luminosos iban aclarando los detalles, aparecieron la cara plateada y las zarpas extendidas de la figura familiar. Y entonces vi en ella el impresionante símbolo de aquel Egipto cuyo origen misterioso se remonta a la antigüedad inmemorial. Tendida como un solitario perro guardián, montando guardia eterna ante prehistóricos secretos, meditando sobre los pueblos del continente atlántico cuyos nombres olvidó la frágil memoria de la humanidad, la colosal hechura de piedra sobrevivirá a todas las civilizaciones engendradas hasta ahora por la raza humana y seguirá conservando intacta su vida interior. El rostro grave y majestuoso no revela nada; los mudos labios de piedra cumplen su compromiso de guardar eterno silencio; y si la esfinge oculta algún mensaje secreto para el hombre, mensaje que transmitió, en el correr de los siglos, a los pocos privilegiados que supieron penetrarlo, lo habrá susurrado solamente, como susurran los masones, "en un soplo", al oído del candidato, la "palabra del maestro". No es extraño que el romano Plinio haya dicho de la esfinge que es "un maravilloso objeto de arte ante el cual, considerado por las poblaciones vecinas como una divinidad, se observó el rito del silencio".

EL EGIPTO SECRETO

La noche hace un marco perfecto a la esfinge. Por detrás y por los dos costados se extiende la llamada "ciudad de los muertos", una región que rebosa literalmente de tumbas. En torno a la meseta rocosa que sobresale de la arena al sur, al oeste y al norte de la esfinge, todas las tumbas, una tras otra, fueron excavadas para extraer sarcófagos con carne momificada de príncipes, aristócratas y dignatarios eclesiásticos.

Durante seis años los mismos egipcios, siguiendo el ejemplo de los iniciadores occidentales, realizaron un amplio esfuerzo, sistemático y total, para exhumar toda la sección central de la vasta necrópolis. Retiraron miles de toneladas de arena de las gigantes dunas que habían tapado el lugar, poniendo al descubierto estrechos pasadizos, abiertos en la roca como trincheras que van de tumba en tumba cruzándose entre sí, y senderos pavimentados que unen las pirámides con sus respectivos templos. Yo recorrí toda esa región de un cabo al otro, y visité las cámaras de inhumación, los sepulcros privados, las salas de los sacerdotes y las capillas mortuorias, que la horadan como las celdas al panal. Merece realmente el nombre de "ciudad de los muertos" porque, separados por varios metros en el espacio y casi tres mil años en el tiempo, hay, dentro de sus confines, dos grandes cementerios superpuestos. Aquellos antiguos egipcios cavaban hondo cuando querían esconder sus muertos; hay una cámara que está a no menos de cincuenta y ocho metros bajo el nivel de la famosa calzada. Estuve en las salas sepulcrales de la IV dinastía, donde las efigies de piedra, de cinco mil años de antigüedad, perfectas reproducciones de los difuntos, siguen en pie, con sus facciones claras e identificables, aunque los presuntos servicios que prestaron a los espíritus sean más discutibles.

Sin embargo, casi no hay tumba en la que no se encuentre la pesada tapa del sarcófago separada y de cuyo interior no hayan desaparecido todas las joyas y objetos de valor. Así fueron halladas por los excavadores, comprobándose que sólo quedaban las urnas con las vísceras de los cuerpos momificados, y las estatuillas de piedra. Los antiguos egipcios también tuvieron sus ladrones de tumbas, y cuando el pueblo se levantó contra las castas gobernantes, degeneradas y decadentes, lanzóse en procura de botín y desquite sobre aquel vasto cementerio, donde los altos dignatarios habían recibido la honra de ser puestos a reposar junto a las momias de los reyes a quienes sirvieron en vida.

Las pocas momias que eludieron a los primeros saqueadores de su propia raza, durmieron un tiempo en paz hasta que fueron a despertarlas sucesivamente los griegos, los romanos y los árabes. Los que resistieron satisfactoriamente esas pruebas, gozaron de un nuevo reposo que se prolongó hasta principios del siglo pasado, cuando los arqueólogos modernos comenzaron a tamizar el subsuelo de Egipto para recoger lo que habían pasado por alto los ladrones. Apiadémonos de los faraones y de los pobres príncipes embalsamados, cuyas tumbas son profanadas, y saqueados sus tesoros. Y aun cuando sus momias no sean despedazadas por ladrones en busca de joyas, el destino no les tiene reservado mejor sitio de reposo que el de una sala de museo, para ser observados y discutidos por el público.

Éste es el lúgubre lugar, repleto en su tiempo de cadáveres de antiquísima sepultura, donde se alza la esfinge solitaria, la que presenció el pillaje de la "ciudad de los muertos" primero por los egipcios rebeldes y luego por los árabes invasores. No es extraño que Wallis Budge, el renombrado conservador de la colección del Museo Británico, haya llegado finalmente a la conclusión de que "la esfinge fué erigida para ahuyentar a los malos espíritus de las tumbas que llenan el lugar". No es extraño que el rey Tutmés IV, hace tres mil cuatrocientos años, erigiera sobre el pecho de la esfinge una lápida de piedra de cuatro metros de altura, e hiciera esculpir en ella palabras como las siguientes: *"Un mágico misterio reinó en estos lugares desde el principio de los tiempos, porque la figura de la esfinge es el emblema de Kepera (dios de la inmortalidad), el más grande de los espíritus, el ser venerable que aquí reposa. Los habitantes de Menfis y de todo el distrito alzan las manos ante ella para impetrar su protección."* No es extraño que los beduinos de la vecina ciudad de Gizeh posean una copiosa cantidad de leyendas tradicionales acerca de los espíritus y fantasmas que revolotean de noche sobre el área en que está emplazada la esfinge; área que, según ellos, es el rincón de la tierra en que más abundan los fantasmas. Porque un cementerio antiguo como éste no es comparable con ningún cementerio moderno, y los egipcios, al embalsamar los cuerpos de sus mejores hombres, lo hicieron deliberadamente para que se prolongara el contacto de los espíritus con el mundo durante un número inconcebible de años.

Sí, la noche es el momento más apropiado para contemplar

la esfinge. De noche, cuando las tinieblas reinantes confieren contornos fantasmales a las rígidas formas del mundo material circundante, el más impasible de los hombres cree percibir la proximidad del mundo espiritual; la sensibilidad de nuestra mente se agudiza y recibimos nuevas sensaciones. El cielo nocturno se había vuelto de color índigo purpurino, tinte místico que armonizaba perfectamente con mi propósito.

* * *

Las estrellas fueron aumentando en cantidad hasta formar una cúpula luminosa tendida sobre la oscura inmensidad. También la luna contribuyó con redoblado esfuerzo a iluminar el silencioso paisaje espectral que me rodeaba.

El largo cuerpo de león se estiraba más visiblemente sobre la oblonga plataforma de roca. La enigmática cabeza se erguía con un poco más de claridad. Delante y detrás de mí la pequeña meseta se unía confusamente con el desierto, que se alejaba hasta desaparecer, absorbido por las distantes tinieblas.

Observé los airosos pliegues del flotante tocado cuyo contorno, semejante al de una peluca, comenzaba a distinguirse débilmente. El regio tocado confiere a la esfinge majestad y distinción, cualidades realzadas por la cobra real que descansa sobre la frente echando hacia atrás erguida caperuza, símbolo *uræus*¹ de soberanía y poder temporal y espiritual, emblema de supremacía, divina y humana a la vez. La figura de la esfinge aparece a menudo en la escritura jeroglífica representando al amo del país, el poderoso faraón. Y una antigua tradición afirma que dentro de la estatua se encuentra la tumba de un monarca llamado Armais. El arqueólogo francés Mariette, director del Museo Egipcio de El Cairo, tomó tan en serio esa tradición que decidió explorar los cimientos rocosos de la esfinge.

—No es imposible —manifestó en una reunión científica— que dentro, en alguna parte del cuerpo del monstruo, haya una cripta, una caverna o una capilla subterránea que sea una tumba.

Pero poco tiempo después de haber anunciado su proyecto, la muerte llamó a su puerta y le tocó a él ser encerrado en una tumba. Desde entonces nadie trató de horadar el piso de piedra

¹ Latín: que tiene cola; cobra que era el símbolo del fuego o del disco solar y que, como éste, solía representarse alado. (N. del T.)

que rodea a la esfinge ni la plataforma rocosa donde descansa. Cuando, hablando con el profesor Selim Hasán, a quien las autoridades egipcias habían encomendado la dirección de las excavaciones en la "ciudad de los muertos", abordé el tema y lo interrogué sobre la posibilidad de que hubiese debajo de la esfinge cámaras funerarias ignoradas, mi interlocutor descartó la cuestión con una réplica enfática y categórica:

—La esfinge ha sido tallada en roca maciza. ¡Debajo no puede haber más que roca maciza!

Yo lo escuché con todo el respeto que el profesor merecía, pero no pude resolverme ni a aceptar ni a rechazar su afirmación. Opté por dejar pendiente la duda. El nombre de Armais se parece mucho al de Harmakis, el dios sol, a quien según otra leyenda personifica la esfinge. Es muy posible que debajo de la esfinge no haya ninguna tumba, y que las dos tradiciones se hayan entremezclado en el lento transcurso del tiempo. Pero puede haber recintos abiertos en la roca con otros propósitos que no sean los funerarios, y los egipcios primitivos los tenían, como lo prueban las criptas subterráneas que servían para realizar servicios religiosos privados, bajo custodia. Antiguas tradiciones de fuentes caldeas, griegas, romanas y hasta árabes, hablan insistentemente de un pasaje y, una cámara subterráneos que usaban los sacerdotes para trasladarse de la gran pirámide a la esfinge. Esas tradiciones carecerán de fundamento en su mayor parte, pero no hay humo sin fuego; tan aficionados eran los egipcios antiguos a abrir pasajes en la roca y disimular las entradas, que ningún egipcio contemporáneo podría señalar el suelo donde pisa y asegurar que no fué nunca perforado por topos humanos para cavar una galería. En la estela de granito que Tutmés hizo instalar entre las patas delanteras de la esfinge, los artistas de entonces esculpieron la figura de la esfinge descansando sobre un plinto cúbico, en el que hay todo un edificio con su gran entrada central y sus decoraciones en bajo relieve. ¿Se habrá basado en alguna leyenda ancestral, perdida en la actualidad? ¿Habrá existido un templo en forma de plinto, abierto en la colina rocosa, con le esfinge descansando como un gigante sobre el techo? Algún día lo sabremos.

Y queda además el hecho de que la esfinge no está esculpida totalmente en roca. Los escultores se encontraron con que el bloque de roca viva no tenía el tamaño necesario para la enorme

obra que les habían encomendado, y se vieron obligados a construir parte del redondo lomo y las manos de quince metros de largo con ladrillos especialmente cocidos y piedras labradas. Este agregado cedió en parte a los embates del tiempo y de los hombres; se descajaron varios ladrillos y desaparecieron unas cuantas piedras.

Luego, hace cien años, llegó el coronel Howard Vyse, que volvió a su patria de la India, licenciado del servicio activo. En Suez tuvo que dejar el barco y recurrir al coche de posta, mantenido por la antigua compañía de las Indias Orientales, para conducir a sus oficiales a El Cairo y de ahí al Mediterráneo, donde volverían a embarcarse. El coronel permaneció un tiempo en El Cairo, atraído por las pirámides y la esfinge, que visitó varias veces. Cuando se enteró de las antiguas leyendas que circulaban acerca de la esfinge, se propuso comprobar su veracidad; para averiguar si el cuerpo era hueco, hizo perforar los hombros de la esfinge con unas largas barras de hierro provistas de cinceles en las puntas. El resultado fué desalentador; las barras perforadoras penetraron hasta una profundidad de ocho metros siempre en roca maciza. Quedaron los agujeros para señalar el esfuerzo. Pero, desgraciadamente, en la época de Vyse sólo se veían la cabeza y los hombros de la esfinge; el cuerpo estaba sepultado bajo una enorme masa de arena. La investigación del coronel dejó intactas tres cuartas partes de la estatua y, desde luego, ni se había acercado a la base.

* * *

La noche se iba deslizando furtivamente, silenciosa como una pantera, en una quietud sólo interrumpida por los espeluznantes gemidos semihumanos de algún chacal del desierto, que iba señalando el paso de las horas. La esfinge y yo seguíamos sentados bajo la clara luz de las estrellas africanas, reforzando el lazo invisible que nos había reunido, transformando el conocimiento en amistad, y quizá también aumentando nuestra recíproca comprensión.

Cuando fui a verla por primera vez, varios años atrás, la esfinge había clavado la mirada en la lejanía con tranquilo desdén. Yo era entonces para ella un mortal más, un pigmeo de dos piernas, uno de los tantos peregrinos apresurados hechos de vana presunción, deseos veleidosos y pensamientos disparatados. A mí

me pareció la esfinge el lóbrego emblema de aquella verdad que nunca hallará el hombre, un ídolo gigantesco dedicado a lo desconocido y ante el cual todas las oraciones caen, sin respuesta, sobre las pálidas arenas, y todos los problemas se hunden, ignorados, en el olvido. Me alejé, más cínico y más escéptico que antes, hastiado del mundo y lleno de amargura.

Pero los años no pasaron en vano. La vida es sinónimo de educación espiritual, y el maestro invisible me había enseñado unas cuantas cosas importantes.

Aprendí que el mundo no gira en el espacio inútilmente.

Retorné a la esfinge con el ánimo mejor dispuesto. Mientras nos hacíamos compañía en la oscuridad, ella recostada en su hueco, al borde del desierto de Libia, yo en cuclillas sobre la arena, volví a meditar sobre el misterioso significado del coloso.

Todo el mundo ha visto alguna fotografía de la esfinge, y recuerda su rostro mutilado. Lo que el mundo no sabe es cuándo y por qué fué esculpida en la maciza piedra calcárea que emerge de la arena, ni cuáles fueron las manos que transformaron la roca solitaria en una estatua de gigantescas proporciones.

La arqueología calla, bajando la cabeza avergonzada, porque se vió obligada a retirar las conjeturas disfrazadas de teorías que sostuvo llena de confianza hasta hace pocos años. Ahora ya no se atreve a pronunciar un nombre preciso ni a ofrecer una fecha concreta. Ya no asigna la esfinge al rey Kafra ni al rey Kufu, porque llegó a comprender que las inscripciones descubiertas sólo indican que la esfinge existió durante aquellos reinados.

En los papiros que fueron descubiertos hasta ahora no hay prácticamente, más allá de la XVIII dinastía, ninguna referencia a la esfinge, y más allá de la IV dinastía ninguna inscripción en piedra la menciona. En las excavaciones que se hicieron para buscar restos antiguos, se halló una inscripción en la que se habla de la esfinge como de un monumento cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos y que fué encontrada por casualidad después de haber estado enterrada bajo las arenas del desierto y completamente olvidada. Esta inscripción pertenece al período de la IV dinastía, cuyos faraones vivieron y reinaron en Egipto hace unos seis mil años. *Y ya para esos antiqüisimos reyes la esfinge era indeciblemente vieja.*

La noche trae el sueño, pero yo lo fui rechazando resueltamente de hora en hora. No obstante, al llegar a esta altura de mis meditaciones nocturnas, mis párpados comenzaron a cerrarse, movidos por una rebelión involuntaria, y mi mente empezó a adormilarse. Dos fuerzas se disputaban en mi interior la supremacía. La primera era un ardiente deseo de pasar la noche en vela junto a la esfinge; la segunda era un creciente impulso de rendir carne y espíritu a la suave y soporífera caricia de las tinieblas circundantes. Finalmente logré conciliar a las dos, firmando un tratado de paz en virtud del cual yo mantenía los ojos apenas entreabiertos —sólo una angosta rendija que no me permitiría ver nada—, y la mente apenas despierta; y dejaría deslizar mis pensamientos por un ensueño de colores que pasaban en procesión.

Me abandoné un instante a la serena languidez que sobreviene cuando se deja descansar la mente. No sé cuánto tiempo habré pasado en ese estado, pero en un momento dado desaparecieron de mi vista los colores y apareció en su lugar un amplio y extenso paisaje, iluminado por una fantasmagórica claridad plateada como si lo alumbrara la luz de la luna llena.

Me vi rodeado por todas partes de una muchedumbre de figuras oscuras, que se movían apresuradamente; iban de un lado para otro, algunas llevando canastos cargados sobre la cabeza, otras subiendo y bajando las frágiles estacas de un andamiaje armado junto a una enorme roca. Había entre ellos inspectores, que daban órdenes a los obreros u observaban atentamente la obra de los hombres que, armados de martillo y cincel, labraban afanosamente la roca, siguiendo diseños marcados de antemano; el continuo martillar llenaba sostenida e insistentemente el aire.

Aquellos hombres eran de rostro alargado y recio; tenían la piel de color castaño rojizo, o amarillo grisáceo, y los labios superiores notablemente alargados.

Y cuando hubieron concluido su labor, el escarpado promontorio rocoso se había transformado en una gigantesca cabeza humana asentada sobre un cuerpo de león, formando un conjunto monumental que se elevaba en el centro de un gran hoyo excavado en la meseta. Una magnífica escalera, ancha y larga, conducía al fondo del hoyo. Y en la cabeza de la estatua, sobre el curioso tocado de amplios pliegues recogidos detrás de las orejas, había un disco de oro macizo.

¡La esfinge!

La multitud desapareció, quedando el paisaje silencioso como una tumba abandonada. Vi entonces a mi izquierda un extenso mar que cubría la tierra con sus aguas, llegando la ribera a menos de una legua de distancia. Aquel silencio contenía un presagio que no pude interpretar al pronto, hasta que del mismo corazón del océano llegó un rugido profundo y prolongado, la tierra tembló bajo mi cuerpo y con un estruendo ensordecedor alzóse en el aire una inmensa pared de agua que se lanzó sobre nosotros, sobre la esfinge y yo, y nos arrolló a los dos irresistiblemente.

¡La inundación!

Hubo una pausa, no sé si de un minuto o de mil años, y volví a verme de nuevo sentado al pie de la gran estatua. Miré en rededor; ya no había ningún mar. En cambio se veía una vasta extensión pantanosa, desecada por el sol y salpicada aquí y allá de grandes manchas blancas, granulosas, salinas. El sol prosiguió lanzando firmemente sus rayos candentes, implacables; las manchas fueron aumentando en tamaño y cantidad; desapareció hasta la última gota de humedad de los pantanos y la campiña se transformó en una superficie blanda, pareja, seca, tostada, de un color amarillo pálido.

¡El desierto!

La esfinge continuaba contemplando el paisaje; satisfecha, al parecer, de su existencia solitaria, sus labios gruesos, fuertes, enteros, parecían estar a punto de entreabrirse en una sonrisa. ¡Qué perfecta armonía había entre aquella figura solitaria y el solitario ambiente que la rodeaba! El espíritu de la soledad parecía haber hallado en aquel coloso apacible su digna encarnación.

Así siguió en su imperturbable espera, hasta que un día llegó a la ribera del río una pequeña flota de barcos desviada de su ruta; desembarcó un grupo de hombres que avanzó lentamente, se aproximó a la esfinge y, prosternándose, elevó ante ella sus jubilosas oraciones.

Desde aquel día el hechizo del silencio quedó roto; en los terrenos bajos, no lejos de allí, se construyeron viviendas, y los reyes iban con sus sacerdotes a hacer la corte a la que era reina sin corte del desierto.

Y al llegar ellos se fueron mis visiones; se extinguieron como se extingue la llama de una mecha cuando se acaba el combustible.

CAPÍTULO II

LA GUARDIANA DEL DESIERTO

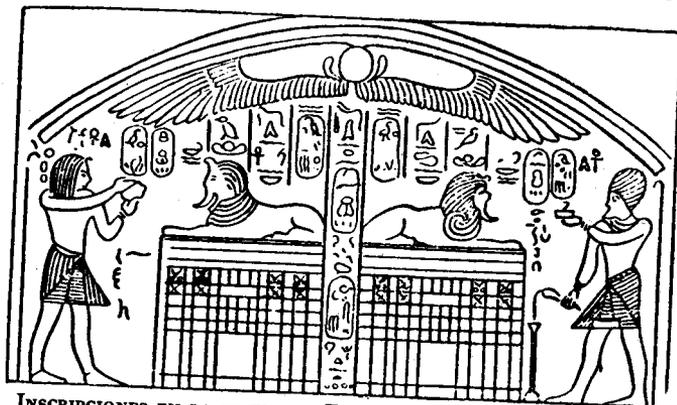
El cielo seguía tachonado de abundantes estrellas, la media luna conservaba su gallarda sonrisa y la esfinge seguía destacando su transfigurada y majestuosa forma en la plateada luz. cuando ví la cabeza hacia la izquierda, hacia el lado donde, en mi visión, el océano se había alzado como un monstruo furioso para devorar la tierra.

Un murciélago, tomando quizá mi cuerpo inmóvil por un objeto del paisaje, sacudió las alas sobre mi cabeza y emprendió el vuelo, provocándome un ligero estremecimiento de repulsión que me recorrió la espalda. Debí de salir, al parecer, de alguna tumba abierta.

Pensé entonces en el gran mar de arena que de tanto en tanto se agita a través de los seis millones de kilómetros cuadrados del desierto de Sahara, sin detener su flujo hasta llegar a la larga cadena de colinas calizas, que emergen de la llanura como murallas rosadas, para proteger a Egipto y guardar el valle del Nilo en toda su larga extensión. La naturaleza, que hizo el desierto, levantó a propósito los cerros de Libia para evitar que invadiera a Egipto.

El peligro es realmente grande. Todos los años, a principios de la primavera, el temido *jamsin*, viento huracanado de terrible fuerza, declara la guerra al África del norte y, partiendo de las costas del Atlántico, sopla con redoblada furia sobre todo el continente. Avanza como un ejército invasor sediento de botín y victoria, y la arena y el polvo se unen a su avance. Los remolinos de arena se desparraman resueltamente por todas partes, cubriendo la tierra con una dorada mortaja. Si no se resiste su intrusión, con el correr

de los años la arena puede acarrear la más completa ruina, la desolación sepulcral de las tumbas; porque sepulta todo, chozas, casas, monumentos, templos y hasta ciudades enteras. La rubia arena reina y gobierna con poderes absolutos. Es tanta la fuerza del ciclón, que oscurece completamente el cielo y no deja ver el sol. Las remolineantes nubes de arena, a menudo tan opacas como una buena niebla londinense, se desplazan velozmente y se van depositando sobre todos los objetos que hallan a su paso, a los que gradualmente cubren y envuelven. He conocido aldeanos que vivían junto a los oasis limítrofes del desierto de Libia, que se vieron obligados a abandonar sus cabañas y a construir otras en terrenos



INSCRIPCIONES EN LA ESTELA DE TUTMÉS, LA QUE SE HALLA FRENTE A LA ESFINGE

más altos, a causa de las arrolladoras dunas que se amontonaban contra las paredes. He visto un templo de gran altura en el Alto Egipto, descubierto por los excavadores, que había sido tapado por la arena hasta el techo.

Volví a mirar la esfinge; su ancha boca de dos metros, apenas visible a la luz de las estrellas, ya no tenía el gesto sonriente de la primitiva esfinge atlántica de mi visión; aquella media sonrisa había sido reemplazada, definitivamente, por una expresión patética, casi triste. Los terribles vientos del desierto le habían estropeado el rostro, desfigurado además por las manos de hombres irreverentes.

No hay duda de que, de tanto en tanto, las masas de arena vola-

dora se habrán lanzado contra ella, a veces en silencioso ataque, otras veces con el estruendo de una tormenta furiosa. ¿Y no habrán sepultado a la esfinge? Sí, la sepultaron. Recordé en aquel momento el misterioso sueño que el faraón Tutmés IV registró en fascinantes caracteres jeroglíficos en la estela de granito rojo que se encuentra entre las manos de la esfinge. Recordé, también, palabra por palabra, la patética queja que lanzó en el sueño la olvidada y abandonada esfinge, cubierta hasta el cuello por la despiadada arena.

“—Las arenas del desierto me cercan —gritó su espíritu—; estoy hundida profundamente. ¡Pronto! Haz que las aparten de mí; pruébame que eres mi hijo y mi defensor.”

Y cuando Tutmés despertó, se dijo:

“—Los habitantes de la ciudad y del templo vienen a honrar a la diosa, pero a nadie se le ocurrió librar su imagen de la arena.”

Los relieves de la parte superior del monolito muestran al rey ofreciendo incienso a la esfinge y presentan a continuación el relato completo del sueño más asombroso de la historia y de sus asombrosas consecuencias. El joven Tutmés, príncipe aún, cazaba con sus amigos en una zona del desierto próxima a Gizeh.

“El príncipe se divertía en los caminos del sur —dicen los jeroglíficos—, haciendo puntería sobre blancos de cobre, cazando leones y fieras del desierto y corriendo velozmente en su carro, cuyos caballos eran más rápidos que el viento.”

A mediodía se dejó caer, exhausto, de la cabalgadura. Después de almorzar quiso tomarse un reposo y envió a sus ayudantes a descansar. Ofreció ante el altar sus oraciones a los dioses, y se retiró a gozar de su descanso.

“La pesadez del sueño cayó sobre el príncipe a la hora en que Ra es coronado. Tutmés oyó al dios venerado hablarle majestuosamente con su propia voz, en el tono de un padre que se dirige a su hijo. Le decía:

“—Te veo, realmente, hijo mío; te contemplo. Tutmés, yo soy tu padre, el que te dará este reino. Tú levantarás su roja corona y el país será tuyo en toda su extensión. La diadema de la reina brillará sobre ti, y te serán ofrecidos alimentos de Egipto y costosos obsequios de países extranjeros.”

El sueño concluyó con el urgente pedido de librar a la esfinge de su tumba de arena, para que el joven príncipe pudiera obtener la prometida corona.

Tutmés obedeció cumplidamente la orden recibida, enviando un gran número de hombres a retirar la arena que llenaba la conca-vidad y llegaba hasta el pecho de la esfinge.

Por su parte Heru-Khut, "el sol naciente", espíritu o dios de la esfinge, fué fiel a su promesa. Por encima de sus hermanos mayores, el príncipe recibió la corona faraónica con el nombre de Tutmés IV; partió de Egipto al frente de sus ejércitos, llevándolos en todas partes a la victoria; extendió el imperio desde la lejana Mesopotamia, al este, hasta la segunda catarata del Nilo, en Nubia, al sur; venció al oeste a los beduínos de Libia, y recibió de los barbados etiopes los costosos obsequios que le habían sido prometidos en su sueño. Durante su reinado Egipto se hizo inmensamente rico, sonriendo la prosperidad tanto a los laboriosos campesinos como a los príncipes ociosos; la cultura y la civilización adquirieron un grado de desarrollo sin precedentes en el país. El vaticinio de la predicción se materializó en una magnífica realidad.

Todo esto no es cuento, sino historia; no es leyenda, sino realidad objetiva. Porque los egipcios se preocuparon más que ningún otro pueblo de la antigüedad en registrar los hechos de su vida; y muchas de sus crónicas, que fueron grabadas profundamente en piedra dura, sobrevivirán a las que fueron redactadas en papel o pergamino.

* * *

Pero no fué aquélla la única vez en que un hombre se vió impulsado a librar a la esfinge.

Siete veces la sepultaron las incansables arenas, y otras tantas veces fué desembarazada de su carga.

Eso fué en los tiempos históricos; los hombres de la prehistoria veneraban a la imagen y la protegían con fervorosos cuidados.

El primero que rescató a la esfinge de las arenas, hace más de cinco mil años, fué Kafra, el faraón de la IV dinastía que transfirió la segunda pirámide en una tumba para guardar su sarcófago de granito. Menos de dos mil años después se produjo el segundo episodio; fué el de Tutmés IV, inducido por su famoso sueño. Tutmés trató además de protegerla de futuras invasiones, haciendo levantar a su alrededor una muralla de ladrillos rústicos, sin cocer.

Todavía se pueden ver los ladrillos; algunos de ellos llevan estampado el nombre del faraón. Pero la arena siguió amontonán-

dose y una vez más tomó posesión de la gigantesca estatua. Esta vez fué un gobernante extranjero, el sabio emperador romano Marco Aurelio, el que hizo despejar a la esfinge, que estaba cubierta de arena hasta el cuello. Las patas y la parte inferior del cuerpo, que no eran de roca como el resto del cuerpo y la cabeza, sino de lajas y argamasa, se hallaban en estado ruinoso. El atento monarca hizo reparar esas partes, así como también la barrera protectora; los arreglos de la muralla se distinguen por su color negro que los destaca sobre el fondo gris.

En el transcurso de la dominación árabe la esfinge fué, naturalmente, descuidada por completo; las doradas arenas la cubrieron hasta que sólo quedó visible el fatigado rostro grisáceo. Nadie se compadeció de ella hasta principios del siglo pasado, cuando el capitán Caviglia, un entusiasta arqueólogo italiano dado al estudio de los misterios sobrenaturales, intentó librarle la parte superior del cuerpo; pero la invasión de arena era tan rápida que le costaba trabajo evitar que fueran sepultadas de nuevo las partes que iban quedando despejadas. En 1869 y en homenaje a la apertura del canal de Suez, Auguste Mariette, fundador del museo egipcio, hizo otra tentativa parcial, y fué la quinta, para remover la siempre creciente pila de arena; pero no perseveró en su intento. Treinta y tres años más tarde Maspero, sucesor de Mariette en la dirección del museo, reunió fondos en Francia, por suscripción pública, con el mismo objeto. Con la importante suma obtenida estuvo en condiciones de descubrir la mayor parte de la esfinge.

Maspero esperaba encontrar en la base alguna abertura que comunicara con un recinto interior. No podía creer que aquella estatua singular no tuviese ningún secreto arquitectónico. No encontraron nada; ni entradas ni aberturas de ninguna especie. Maspero planteó entonces la posibilidad de que la esfinge estuviese asentada sobre una plataforma, debajo de la cual estaría la cámara secreta que buscaba. Pero la tarea de excavar la base del monumento era demasiado grande para sus limitados recursos, y como los millonarios norteamericanos todavía no habían comenzado a interesarse decididamente en la egiptología, tuvo que dejar esa obra para la posteridad.

El séptimo y último esfuerzo se hizo hace pocos años, cuando el gobierno egipcio resolvió eliminar definitivamente la arena; las excavaciones pusieron en descubierto el fondo de la concavidad rectangular, hasta entonces siempre oculta a la vista. Quedaron

visibles toda la parte inferior del gran bloque de piedra, sepultada durante tanto tiempo, la base de la estatua y la gran plataforma rocosa, pavimentada con grandes lajas de piedra, en la cual se levanta la esfinge. También volvieron a ver la luz del día la valla que rodea al monumento, gran parte del atrio anterior y la escalera de doce metros de ancho que baja hasta la plataforma. Por fin se podía admirar a la esfinge en toda su dignidad. Rodeando la valla se construyó un sólido muro de cintura, oblicuo, de hormigón, para mantener a raya al arenoso enemigo. Es de esperar que los granos amarillos no anulen la encomiable obra realizada, volviendo a acumularse, gradual pero aceleradamente, sobre los flancos de la esfinge.

Y sin embargo, no hay que condenar con demasiado rigor al enemigo. La arena sepulta las estatuas y los templos de Egipto, pero al mismo tiempo desempeña para ellos un papel protector, porque los resguarda, los conserva y evita su ruina. Quizá no haya nada mejor, para preservar los monumentos de piedra hechos por la mano del hombre, que las cálidas y secas arenas africanas.

* * *

Las innumerables estrellas iban desapareciendo una por una, borrándose poco a poco y como pesarasas; mi larga vigilia estaba llegando a su fin. Yo había fijado su término para la hora en que ya no se puede vislumbrar en el índigo del cielo la marcha misteriosa de las constelaciones, y en que la aurora asoma tímidamente sobre la tierra con su trémula coloración rosada.

El aire era fresco, y yo tenía la garganta seca y abrasada.

Contemplé una vez más aquella grave guardiana de secretos antiguos, cuya pétrea figura, a la débil luz de las estrellas, simbolizaba tan bien la imagen del silencioso cuidador del universo. ¿Había vuelto yo una hoja de la prehistoria egipcia poco leída anteriormente? ¿Quién puede aventurarse a calcular la edad de la esfinge? Si aceptamos su origen atlántico, ¿podemos fijarle una fecha precisa?

Yo no veía ninguna razón para que ese origen, brevemente entrevisto en mi nocturna visión, no fuera aceptado. Atlántida ya no era una ficción de filósofos griegos, sacerdotes egipcios o tribus indoamericanas; los hombres de ciencia habían recogido más de cien pruebas de su existencia. Y veía, en cambio, que cuando la esfinge fué esculpida en la piedra, los terrenos bajos que la ro-

dean no podían haber estado cubiertos de arena, porque entonces la misma roca escarpada, que se encuentra al pie de una colina en cuya cumbre se levantan las pirámides, estaría igualmente tapada por la arena, lo que haría difícil si no imposible la tarea de tallarla. No; lo más probable era que la estatua hubiese sido labrada antes de que hicieran su aparición las arenas, cuando el Sahara era un océano gigantesco y la trágica isla de Atlántida recortaba en su horizonte su vasto contorno.

Los hombres que habitaron el Egipto prehistórico, que tallaron la esfinge y fundaron la civilización más antigua del mundo, fueron hombres que emigraron de Atlántida para instalarse en la tierra que bordea el Nilo.¹ Y esos hombres abandonaron su desventurado continente antes de que se hundiera en el océano Atlántico, catástrofe esta última que reseco el Sahara convirtiéndolo en un desierto. Las conchas que recubren numerosos sitios del Sahara y los peces fósiles que se encuentran en la arena prueban que el desierto estuvo en un tiempo cubierto por las aguas de un extenso océano.

Fué una idea tremenda y asombrosa la de considerar a la esfinge como un lazo de unión, sólido, visible, duradero, entre la humanidad del presente y los seres de un mundo perdido, los desconocidos atlantes.

Para el mundo moderno el gran símbolo ya perdió su significado; no es más que un objeto de curiosidad local. ¿Qué significado tuvo para los atlantes?

Para poder contestar a la pregunta, busquemos algún indicio en los restos culturales que aún conservan aquellos pueblos cuya historia reivindica también para ellos un origen atlántico. Exploremos el fondo de los ritos degenerados que practican actualmente ciertas razas como las de los incas y los mayas, y remontándonos hasta el culto más puro de sus lejanos antepasados, descubriremos entonces que el objeto más elevado de su veneración era la luz, representada por el sol. Por eso levantaron piramidales templos al sol por toda la antigua América. Esos templos eran varian-

¹ "Todos los detalles conocidos —dice el reputado egiptólogo sir J. G. Wilkinson, uno de los mejores que haya producido la ciencia inglesa— permiten inferir que los egipcios ya habían hecho grandes progresos en las artes de la civilización antes de la época de Menes (el primero de los faraones), y quizá antes de que llegaran al valle del Nilo."

tes o reproducciones ligeramente deformadas de otros templos similares que habían existido en Atlántida.

Cuando Platón fué a Egipto y se instaló en la antigua escuela de Heliópolis, donde estudió durante trece años, los maestros, sacerdotes que habitualmente desconfiaban de los extranjeros, hicieron una excepción con el joven y serio investigador griego, y le suministraron informaciones extraídas de sus muy cuidados archivos secretos. Entre otras cosas le dijeron que en el centro de la isla Atlántida había una gran pirámide truncada en la que se levantaba el templo principal del continente, un templo al sol.

Los emigrantes que atravesaron el mar para desembarcar en las costas de Egipto llevaron consigo su religión y construyeron otros templos similares; en los gigantescos pilones inclinados y en las piramidales tumbas de Egipto pueden verse actualmente las características de esa herencia atlántica. Y el mismo sol ocupó un lugar de preferencia entre los dioses de Egipto.

Algo más llevaron los emigrantes, y fué el gusto por la estatuaria gigantesca, la predilección por los gigantes de piedra. El mismo estilo arquitectónico de los egipcios puede verse en las ruinas de los templos de filiación atlántica que se encuentran en Méjico, Perú y el Yucatán, templos macizos, hechos de enormes bloques de piedra admirablemente ensamblados; y la misma característica familiar se advierte en las colosales figuras que se levantan en los atrios y en los caminos de acceso a los templos.

Los hombres de piedra que encontró el capitán Cook en la isla de Pascua, ese resto solitario, desolado, montañoso, de todo un continente sumergido, median solamente ocho metros de altura, menos de un tercio de la altura de la esfinge; y sin embargo también ellos tienen un parentesco ancestral con la estatua de Egipto.

El propósito de la esfinge aparece ahora algo más claro. Los atlantes egipcios la tallaron para que fuera su estatua máxima, su imagen conmemorativa más sublime, y la dedicaron al sol, el dios luz. Y en alguna otra parte erigieron el templo, también el templo más grande y el más sublime.

La esfinge fué el venerado emblema, esculpido en piedra, de una raza para la que, en este mundo denso y material, la luz era lo que más se aproximaba a Dios. La luz es lo más sutil e intangible que el hombre puede apresar con sus cinco sentidos. Es la sustancia más etérea que conoce. Es el elemento más etéreo que puede manejar la ciencia; las distintas clases de rayos invisibles

no son mas que variantes de la luz, cuya vibración no alcanza a aprehender la retina. En el libro del Génesis el primer elemento creado fué la luz, sin la cual no podría crearse nada. "Y el espíritu de Dios se movía sobre la haz de las aguas —escribió Moisés, educado en Egipto—. Y dijo Dios: Sea la luz: y fué la luz." No solamente eso; es también el símbolo perfecto de la luz celestial que despunta en lo más hondo del alma, cuando el hombre entrega a Dios su corazón y su mente; es el magnífico monumento a esa divina iluminación que lo aguarda en secreto en los momentos de mayor desesperación. Cuando el hombre se vuelve instintivamente hacia la faz y la presencia del sol, enfrenta al cuerpo de su creador.

Y del sol nace la luz; sale del sol y se derrama sobre nosotros. Sin el sol estaríamos perpetuamente en la horrible oscuridad; no germinarían las cosechas; la humanidad sufriría hambre, moriría y desaparecería del planeta.

La veneración a la luz y a su agente el sol fué el dogma central de la religión atlántica y lo fué también de la primitiva religión egipcia. Ra, el Dios sol, fué el primero, el padre y creador de todos los demás dioses, el hacedor de todas las cosas, el uno, engendro de sí mismo.

"Honor a ti, que eres señor del cielo", canta el hermoso y antiguo *Himno a Ra al Salir por el Oriente*. "Recorres el cielo con el corazón henchido de gozo. Tus rayos cubren todos los rostros. Te saludo, mi señor, a ti que atraviesas la eternidad y cuyo ser es infinito."

Si la esfinge estaba relacionada con esta religión de la luz, debía de tener, sin duda, algún vínculo con el sol.

¡Y en efecto, lo tenía! Cuando me volví para enfrentar el alba que surgía de las tinieblas, destacando en el horizonte sus fajas luminosas, recordé el disco de oro de mi visión y percibí instantáneamente cuál era aquel vínculo. Para comprobarlo me incliné y escruté algo que tenía en la muñeca izquierda: mi buena amiga y guía segura, la brújula de esfera luminosa.

¡Y descubrí que la esfinge había sido instalada de cara al este; sus ojos sin vista estaban fijos en el punto exacto del horizonte donde el sol iniciaba su reaparición diurna!

La esfinge fué esculpida mirando al oriente para simbolizar la vida que renace, del mismo modo que las tumbas reales de Egipto fueron abiertas en la margen occidental del Nilo para simbolizar la vida que pasó, por analogía con el sol poniente. Lo mismo que

el sol saliente que asciende al cenit, así también asciende el hombre, después de su resurrección, al mundo espiritual; y lo mismo que el sol que atraviesa el arco real de los cielos y sigue luego su curso, sin ser visto, detrás del horizonte, así también atraviesa el hombre este mundo y el otro.

* * *

Retomé mi posición inicial y reanudé mi vigilancia. A medida que la noche se esfumaba, el rostro de la esfinge se iba haciendo cada vez más nítido, y la maciza muralla de cintura se destacaba sobre la arena cada vez con mayor claridad.

En el cielo apareció una tenue claridad rosada, cortada en largas líneas que parecían trazadas a lápiz por una mano invisible. Comenzó a elevarse el naciente sol, revelando paulatinamente los detalles familiares del paisaje egipcio y tiñendo de rosa pálido las lejanas alturas.

A once kilómetros de allí, los mucines de El Cairo estarían subiendo a los altos minaretes de las mezquitas, desde cuyas plataformas circulares despertarían a los fieles del profeta; porque había llegado la hora de su primera oración.

También la esfinge llamaba a orar, aunque en silencio.

Contemplando su rostro de medio perfil, me asombraba la temeridad de los hombres que, con sus armas sacrilegas, le habían destrozado la mitad de la nariz. ¡Qué pensamientos habrán atravesado el cerebro de la esfinge cuando aquellos bárbaros comenzaron a hacer fuego! Sorprendida primero, ofendida después, debió de recobrar, finalmente, su antigua resignación filosófica. Los egipcios culparon de la mutilación a los soldados de Napoleón; los arqueólogos franceses la atribuyeron a los soldados mamelucos del siglo XVIII, que habrían utilizado la nariz como blanco para ejercicios de artillería. Pero Napoleón jamás habría permitido esa profanación de la estatua más antigua del mundo. El pequeño corso era un hombre demasiado grande, demasiado amante del arte, demasiado admirador de las grandes obras de la antigüedad y demasiado considerado para no apreciar el valor y el significado de la soñadora de piedra del desierto. Los mamelucos, con su aversión mahometana a los ídolos, tendrían, por cierto, menos escrúpulos. Y hasta un historiador árabe refiere que en 1379 un jeque fanático, llevado por su fervor hacia Alá, trató de romperle la nariz a la esfinge. La verdad, sin embargo, es que el destrozo

EL EGIPTO SECRETO

comenzó mucho antes de que llegasen los mamelucos y los franceses; los siglos posteriores no hicieron más que presenciar su consumación. Porque durante el largo lapso que se extiende entre la caída de los faraones y el siglo XIX hubo viajeros supersticiosos que no vacilaron en armarse de martillos y formones para obtener recuerdos y talismanes a costa de la esfinge. Así fué deteriorada una parte de la boca por viajeros que visitaron la esfinge durante una época en que el gobierno no valoraba los monumentos y las antigüedades del país como los valora actualmente. Ahora los visitantes ya no pueden hacer lo que quieren; las autoridades mantienen una protectora vigilancia sobre la primera obra de arte monumental de Egipto.

No todos los viajeros se entregaron a esa bárbara costumbre. Algunos que llegaron allá por los tiempos de los monarcas griegos y romanos no resistieron la tentación de grabar sus nombres al costado de la esfinge, o en el muro de circunvalación; esos nombres todavía están allí, para que el curioso visitante contemporáneo los vea y los descifre. Y en el segundo dedo de la manizquierda, tan débilmente arañado que es apenas legible, no advertido, por cierto, por las multitudes que a diario vienen y se van, hay un hermoso soneto original, dedicado a la esfinge y firmado con un nombre famoso, nada menos que el de Arriano, el historiador de Alejandro Magno. Los bellos versos griegos merecen ser publicados en alguna parte. Dicen así, en una traducción simple, en prosa:

“Los dioses eternos formaron tu asombroso cuerpo como solícita atención a una zona tostada por el calor, en la que echas tu bondadosa sombra. Te situaron, como una isla rocosa, en el centro de una gran meseta, cuyas arenas detienes. Esta vecina que le dieron los dioses a las pirámides no es, como la de Tebas, la esfinge homicida de Edipo; es la sagrada adepta de la diosa Latona, la guardiana del benévolo Osiris, la jefa augusta de Egipto, la reina de los que moran en el cielo o ante el sol, de igual categoría que Vulcano.”

La pérdida más grande que sufrió la esfinge por los atentados de sus perversos mutiladores es, quizá, la de su famosa sonrisa, esa sonrisa amable, enigmática, inescrutable, que desconcertó al mundo antiguo, generación tras generación. Hace setecientos años la destrucción todavía no era completa, y Abdul Latif, el médico, filósofo y viajero de Bagdad, pudo decir en sus notas, agudas y

precisas, refiriéndose a la gigantesca cabeza que se halla a tiro de flecha de las pirámides: "Esta cara es muy bella, y la boca lleva impresa la gracia." Elogio digno de ser citado, por provenir del hombre cuya obra, *El Cuerpo Humano*, fué clásica durante siglos en los pueblos árabes. "Me preguntó un intelectual qué admiraba más de todo lo que había visto en Egipto", continúa diciendo Abdul Latif, que comenzó sus viajes por Egipto poco antes del año 1200 d. J. "Qué objeto había excitado en más alto grado mi admiración". En respuesta, Latif no pudo menos que señalar la esfinge. ¡Por desgracia, ahora la esfinge ya no podría ganar tan fácilmente ese elogio! Ahora tiene la nariz saltada; a la barba, que era cuadrada y en trenzas, le faltan pedazos; la boca aparece tristemente picada y hasta en los costados del tocado pueden verse importantes deterioros. La boca tenía en un tiempo un gesto amable; ahora está semitorcida y exhibe una expresión entre melancólica y burlona. Pero si la vieja esfinge ya no sonríe, sigue no obstante en su sitio, y pese a sus cicatrices y mutilaciones, continúa contemplando el suceder del tiempo con su imperturbable desdén.

* * *

Tranquila y correcta, la extraña figura que encarna la fuerza del león, la inteligencia del hombre y la serenidad espiritual de los dioses, nos enseña la ineludible verdad de que el ser humano, mediante el dominio de sí mismo, puede sobreponerse al animal que lleva en su interior, y domeñarlo. ¿Quién puede mirar ese gran cuerpo de piedra, cuyos miembros y garras de fiera se enlazan con la cabeza y el rostro de una noble criatura humana, sin inferir esa lección elemental? ¿Quién puede buscar el simbolismo de la culebra de capelo, emblema *wæus* de la soberanía faraónica que se yergue sobre su tocado, sin interpretar que la esfinge no nos incita únicamente a que reinemos sobre los demás, sino a que sepamos reinar sobre nosotros? Muda predicadora de piedra, la esfinge transmite un silencioso sermón a todos los que tienen oídos para percibirlo.

Las inscripciones jeroglíficas que se encuentran en las paredes de los templos del Alto Egipto, como las de Edfu, donde un dios aparece transformándose en un león con cabeza humana, para vencer a Set, el Satán egipcio, sugieren que la esfinge representaba a un ser o un objeto de naturaleza divina. Por su parte, un hecho curioso sugiere que la esfinge oculta un secreto arquitecto-

boca

L. a. Kant

EL EGIPTO SECRETO

tónico y esconde un misterio en el seno de la roca. En diversas partes de Egipto hay, instaladas delante de los respectivos templos para guardar y proteger la entrada, pequeñas reproducciones de la esfinge, o leones protectores delineados sobre las puertas. Hasta las llaves de los templos tienen forma de león. La única que, al parecer, no tiene su correspondiente templo. detrás, es la esfinge de Gizeh. Lo que se llamaba el templo de la esfinge, esa construcción con aspecto de fortaleza, hecha de columnas rectangulares de piedra rojiza y paredes macizas, sencillas, no pertenece en realidad a la esfinge; las últimas excavaciones del profesor Selim Hasán lo han demostrado categórica y satisfactoriamente. Se sabe ahora que es el templo de la pirámide de Kafra, la segunda pirámide con la que está unido por medio de una calzada pavimentada, en declive, que ha sido completamente desenterrada. Además, ese curioso santuario se encuentra delante y no detrás de la esfinge.

El pequeño templo abierto que Caviglia puso al descubierto entre el pecho y las patas de la esfinge (actualmente casi desaparecido ya) fué construído mucho más tarde que la estatua. Lo formaban tres estelas de cuatro metros de altura, que hacían el papel de paredes, sin techo; manos interesadas y el tiempo derribaron y retiraron dos de ellas. De igual modo, el ara que se levantaba a la entrada del templo, y que ahora se encuentra a la entrada de las manos, es de factura romana, aunque fué hecha con un bloque de granito rojo sacado del vecino templo de Kafra, mucho más antiguo que aquél.

¿Dónde está, entonces, el verdadero templo de la esfinge? Alcé un poco la cabeza y miré detrás de la estatua. Y vi, desde mi ángulo visual, destacando su silueta con los primeros resplandores del día y elevando al cielo su vértice truncado, a la construcción más grande del globo, al insoluble misterio de piedra de la historia, a la primera maravilla del universo, tanto para los griegos como para nosotros; al enigma que desconcertó al mundo antiguo y continúa desafiando al moderno; a la digna amiga de la esfinge: ¡la gran pirámide!

La esfinge y la pirámide, construídas las dos en la era atlántica, son señales visibles del misterioso continente, mudos legados de una raza de hombres que se fué tan misteriosamente como su tierra.

*¿No están custodiadas
una caverna subterránea. L. affetto*

La esfinge y la pirámide recuerdan a los sucesores de los atlantes las glorias de aquella civilización perdida.

* * *

Y volvieron a encontrarse el sol y la esfinge, renovando una cita augusta que cumplían diariamente desde hacía un número incontable de años. El cielo pasó rápidamente por todos los cambios que sobrevienen en Egipto después del amanecer; el horizonte trocó su color del rosa al heliotropo, del heliotropo al violeta, del violeta al rojo, y se revistió finalmente con ese azul claro, intenso, sin nubes, que es el dosel perpetuo de Egipto. Ahora sé que la esfinge, vigilante del desierto, es el emblema de los cuatro sagrados vigilantes, silenciosos cuidadores de este mundo, los cuatro dioses que ejecutan los mandamientos de la divinidad, los misteriosos guardianes de la humanidad y su destino. Los hombres que esculpieron la figura de la esfinge conocían la existencia de esos seres eminentes; nosotros, pobres hombres modernos, la hemos olvidado completamente.

Un poco cansado por mi larga vigilia nocturna, me preparé para despedirme de la titánica cabeza que se elevaba sobre la arena. La serenidad de su actitud, la excelsa calma de su postura, el sosiego espiritual que irradiaba, habían actuado en cierto modo sobre mí, infundiéndome un indefinible desinterés mundano que no podría expresar en palabras. La esfinge, tan vieja que había presenciado la infancia del mundo, sumida en contemplación inmutable, vió subir las civilizaciones hasta el pináculo de la gloria y luego caer lentamente como flores marchitas, y vió llegar, vociferantes, a los invasores que iban y venían, partían o se quedaban. Y sin embargo se mantuvo en su sitio, completamente tranquila, totalmente apartada de toda emoción humana. Esa pétreo indiferencia a las mutaciones del destino se me contagió en el transcurso de la noche. La esfinge nos releva de toda inquietud por el futuro, nos alivia todos los pesares del alma; y convierte el pasado en una película cinematográfica que podemos ver con desapego, como espectadores desinteresados.

Bajo el claro zafiro del cielo, miré por última vez la ancha frente, los ojos hundidos, las mejillas redondas y llenas, el macizo tocado proyectado hacia afuera, que imitaba un verdadero tocado de lienzo plegado, atravesado por bandas horizontales, una ancha y dos angostas. Observé de nuevo las rayas rosadas que cru-

zaban las mejillas, reminiscencia de la esfinge que vieron los hombres de antaño, cuando estaba revocada con piedra caliza alisada y coloreada de rojo opaco.

Si bien en aquel cuerpo yacente se combinaban en simbólica conjunción la fuerza del león y la inteligencia del hombre, había en él, no obstante, algo que no era ni bestial ni humano, algo que estaba más allá y más arriba de una y otra cosa, ¡algo divino! Aunque no habíamos cambiado ni una sola palabra, de la presencia de la esfinge había emanado, sin embargo, un bálsamo espiritual. Aunque yo no había osado murmurar una sola palabra en aquellas grandes orejas, tan sordas al bullicio del mundo, yo sabía que me había comprendido perfectamente. Sí, había sin duda algo sobrenatural en aquel ser de piedra, que había descendido al siglo XX como un ente de un mundo desconocido. Pero sus gruesos labios sellados retenían con firmeza sus atlánticos secretos. La luz del día me había revelado a la esfinge en todos sus detalles, pero también había aumentado su misterio.

Estiré sobre la arena las piernas entumecidas y me puse de pie lentamente, dirigiendo al rostro impasible una palabra de despedida. Y en su mirada inmóvil, fija en el este, siempre atenta a la salida de los primeros rayos del sol, volví a ver el reconfortante símbolo de nuestra segura resurrección, tan segura e ineludible como la aurora.

—Tú no eres del tiempo solamente, sino también de lo que es inmortal —murmuró la esfinge, rompiendo por fin su mutismo—. Tú eres eterno; no eres solamente de carne perecedera. El alma del hombre no puede ser muerta; no puede morir. Tu alma aguarda en tu corazón, envuelta en su manto, como yo aguardé en tu mundo, envuelta en la arena. Conócete a ti mismo, ¡oh, mortal! Porque hay alguien en ti, en todos los hombres, que viene, se detiene frente al estrado, y atestigua que HAY Dios.

CAPÍTULO III

LA PIRÁMIDE

Los faraones ya no son más que fantasmas, sutiles espíritus vaporosos que moran en Amenti, la tierra escondida; pero las pirámides siguen aquí, con nosotros. Sólidos y voluminosos monumentos, se unieron en forma permanente con la meseta rocosa donde fueron levantados. El Egipto antiguo continúa atrayendo la atención y manteniendo el interés del mundo moderno, sobre todo porque nos dejó estupendos testimonios de su existencia, testimonios que son más concretos y más tangibles que los de cualquier otro de los extinguidos imperios orientales.

Plinio, el historiador romano, dijo que las pirámides habían extendido su fama por todo el mundo; hoy, dos mil años después de aquella afirmación, podemos decir sin vacilar que el tiempo no disminuyó en lo más mínimo esa fama. Tengo unos amigos que viven, semirrecluidos, en una remota localidad mediterránea, al sur de la península hindú; son hombres que probablemente no cruzaron nunca la extensa cadena de colinas vecinas a su tierra, hombres que no perturban al mundo ni se perturban por las cosas del mundo. No hace mucho les escribí, refiriéndoles las investigaciones que estaba llevando a cabo en la gran pirámide. No les dije dónde estaba esta última; no lo creí necesario. Yo sabía que ellos no lo ignoraban; y cuando recibí respuesta, comprobé que mi opinión había sido exacta: aquellos sencillos hindúes la conocían. La fama de las pirámides era más grande aún que en los tiempos de Plinio. En realidad, es tanto su renombre que me pregunto cuántos grandes magnates de los negocios habrán contemplado ansiosos esas caras triangulares, lamentando que

EL EGIPTO SECRETO

unos espacios tan magníficos no puedan ser aprovechados para la publicidad. Quizá no esté lejano el día en que algún fabricante emprendedor ofrezca al gobierno egipcio cien mil piastras anuales por el derecho de poner sobre la cara norte de la gran pirámide un enorme cartel, en el que tendríamos el dudoso placer de leer, en inglés, francés y árabe, la orden de que nos lavemos la cara con un jabón cuya fama no le va en zaga a la de las mismas pirámides.

Esos antiguos monumentos que desafían al tiempo excitan el interés de los sabios y despiertan la curiosidad de los profanos, en parte porque surgen del abismo de los siglos y en parte porque su inmenso tamaño puede pasmar hasta a una generación como la actual, acostumbrada a las grandes construcciones. Cuando vemos por primera vez las pirámides, tenemos la impresión de que hemos entrado en un mundo antiguo, extraño; en una época representada apropiadamente por el exotismo de aquellos desusados contornos. Llenos de asombro nos preguntamos de qué manera habrán podido levantar aquellos hombres primitivos, rivalizando con la misma naturaleza, esas gigantescas montañas artificiales sobre una meseta desierta.

Cuando los conquistadores griegos entraron en Egipto y divisaron esos increíbles edificios que erguían al cielo del desierto sus cimas puntiagudas, se quedaron contemplándolos silenciosos y sobrecogidos; y cuando los sabios griegos de la época de Alejandro hicieron la lista de las siete maravillas del mundo, pusieron a las pirámides en primer lugar. Hoy sólo quedan ellas de las siete.

Pero edad y tamaño, por impresionantes que sean, no son los únicos factores que justifican ese honor. Hay otros hechos que se refieren a la primera y más grande de las pirámides, mucho o poco conocidos, que pueden maravillarnos tanto como aquellas a los griegos.

Cuando los expertos que Napoleón llevó consigo en la invasión a Egipto recibieron el encargo de hacer un mapa del país, tomaron la gran pirámide como meridiano central para marcar las longitudes. Después de haber delineado el mapa del Bajo Egipto comprobaron con la sorpresa consiguiente que, por extraña coincidencia, o coincidencia aparente, el meridiano elegido pasaba exactamente por el centro de la región del delta formado por la desembocadura del Nilo, y dividía prácticamente todo el Bajo Egipto en

dos mitades iguales. Mayor aún fué su sorpresa cuando comprobaron que trazando a partir de la pirámide dos líneas diagonales, perpendiculares entre sí, éstas delimitaban toda la región del delta. Y quedaron completamente estupefactos cuando, después de un examen más detenido, advirtieron que la posición de la gran pirámide podía ser aprovechada como meridiano central no solamente para Egipto sino para todo el globo terrestre, *porque la gran pirámide se levanta exactamente en la línea media del mundo!*

Este hecho asombroso es consecuencia de su posición; si se traza en un mapa una línea vertical que pase por la pirámide, la superficie de las tierras del lado este de la línea será igual a la superficie del lado oeste. El meridiano de la gran pirámide es; por lo tanto, la longitud cero natural de todo el globo; su posición resulta, sobre la superficie del mundo, por consiguiente, particularmente significativa. Y en perfecta armonía con esa posición, las cuatro caras inclinadas corresponden a los cuatro puntos cardinales de la brújula.

Esta extraordinaria posición geográfica de un monumento construido por la mano del hombre, o es una coincidencia involuntaria, o un hecho intencional; tratándose de una raza tan sagaz e inteligente como la de los primitivos habitantes de Egipto, es forzoso aceptar la segunda alternativa. La circunstancia de que el edificio de piedra más grande del mundo haya sido levantado en la línea central de la esfera terrestre, impresiona poderosamente. ¡Da realmente que pensar el hecho de que la construcción más importante del mundo haya sido situada en ese punto!

Guías y manuales de turismo nos dicen con toda desenvoltura que la gran pirámide fué construida por Kufu, faraón de la IV dinastía que fué llamado Keops por los griegos, y que se propuso erigir una tumba de primera categoría, original y digna de un rey; y con eso se acaba su historia. Como teoría práctica, útil y convencional, ese concepto de que la pirámide no es más que un grandioso sepulcro, es indudablemente la mejor que se puede hallar. La respaldan todos los grandes egiptólogos, arqueólogos e historiadores. Debemos, pues, inclinar la cabeza respetuosamente ante las autoridades ortodoxas y aceptar su dictamen.

Pero también hay opiniones heterodoxas. Las teorías que se han ido formulando acerca de esa antiquísima construcción, y son muchas, van desde las completamente improbables hasta las

científicamente admisibles; porque las pirámides son bastante grandes e importantes como para ser un grato campo de experimentación para los maniáticos.

El jefe de ingenieros de un ferrocarril australiano se tomó la molestia de reunir una colección de cifras y medidas para probar que las pirámides estaban destinadas a ser empleadas en la agri-mensura. En París tuve ocasión de conocer la febril correspondencia que habían mantenido un profesor francés y dos afamados egiptólogos, y en la que el primero trataba de probar que el verdadero objeto de las pirámides era el de conmemorar simbólicamente la creación artificial del río Nilo, que se llevó a cabo en época remota. Ciertos ingeniosos historiadores ven en las pirámides gigantescos graneros en los que José, hijo de Jacob, almacenaba las mieses destinadas a alimentar al pueblo en tiempos de escasez y hambre. Si esos historiadores se hubiesen aventurado a visitar el interior de las pirámides, habrían podido comprobar que en el espacio aprovechable para depósito apenas si puede haber una cantidad de cereal suficiente para alimentar a los habitantes de una sola calle de una ciudad.

Hace cincuenta años el astrónomo Proctor presentó un interesante alegato para demostrar su teoría de que las pirámides fueron construídas con fines astronómicos; eran atalayas para vigilar y registrar la posición y los movimientos de astros y planetas. ¡Pero observatorios tan costosos nunca fueron erigidos antes de las pirámides, ni volverán a serlo!

Igualmente ingeniosos y fascinantes son los argumentos de los que ven en el sarcófago de piedra de la cámara real nada menos que una pila bautismal, la que estaría llena de agua cuando se usaba. Otro grupo, sin embargo, declara que el sarcófago se llenaba de granos, y no de agua, porque estaba destinado a servir de unidad de medida para todos los países del mundo.

Tampoco es concebible que se hayan escondido en los nichos grandes tesoros en oro y joyas, porque la construcción costaría tanto como la fortuna que habría de guardar.

Otros teorizadores creen que las pirámides fueron originalmente faros gigantescos, erigidos para favorecer la navegación por el Nilo. En cuanto a la afirmación de monsieur de Persigny de que eran diques macizos instalados para defender casas, tumbas y templos de las invasoras arenas del desierto, sólo puede hacer sonreír a los egipcios modernos.

Pero hay otras teorías, sostenidas por infatigables propagandistas, que son exteriormente plausibles y hallaron amplio eco en ciertos círculos de Inglaterra y Norteamérica. Son teorías interesantes, hasta diríamos fascinantes, y hábilmente desarrolladas. ¿Pero hasta qué punto son exactas?

Según esas teorías, las medidas interiores de la gran pirámide tendrían un significado peculiar; afirman sus defensores que las cámaras, los corredores y la galería contienen un texto simbólico y una profecía relativa a nuestra época actual, y pretenden haber descubierto las claves precisas para descifrar el mensaje. Longitud, ancho y altura de los pasajes, las cámaras y las entradas serían mudos presagios de una nueva y terrible hecatombe. Los autores de la teoría la respaldan con una increíble combinación de cifras, y reúnen en una extraña mescolanza a la raza anglosajona, las tribus perdidas de Israel, los diversos libros de la Biblia y los egipcios primitivos.

Veamos un ejemplo sencillo de sus declaraciones:

“Midiendo los pasajes y la gran galería interiores —dicen—, descubrimos que nos dan, en pulgadas, el número exacto de años necesarios para situarnos en la época actual. La gran galería tiene mil ochocientos ochenta y tres pulgadas de largo; agregando a esa cantidad treinta y uno (los años que señala la pirámide al ministerio redentor de nuestro Señor), obtendremos la cifra de mil novecientos catorce, que es el año en que estalló la gran guerra.”

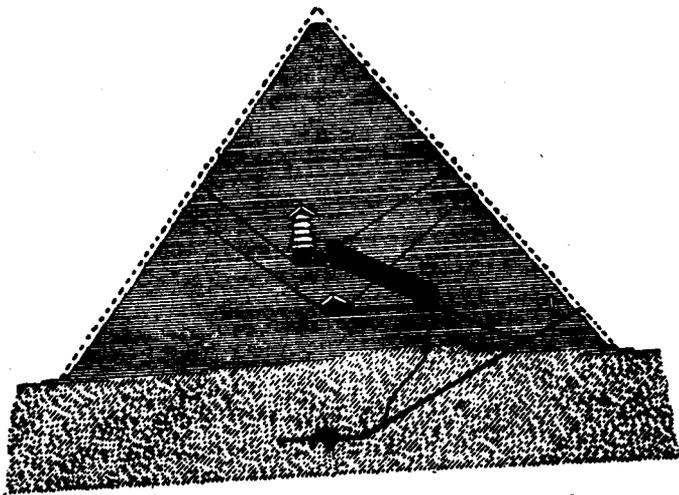
La pirámide, afirman, no fué construída para beneficiar a sus constructores; fué una obra altruísta destinada a favorecer a las edades del futuro, con referencia especial a la llamada era del milenio. Y aguardan confiados la llegada del Mesías, el advenimiento de Alguien indicado por la mayor revelación de la pirámide.

Quisiera poder creer estas cosas, como las creen mis amigos; quisiera, como ellos, alegrar mi corazón con las mismas esperanzas. Pero se yerguen e interponen la razón, a la que siempre debo atenerme, y el sentido común, que debo conservar como un preciado tesoro.

El hombre cuyos infatigables esfuerzos y perseverantes investigaciones contribuyeron en mayor grado que los de cualquier otra persona a concretar esas teorías, es Piazzi Smyth, que fué en un tiempo astrónomo en Escocia. Smyth tenía una personalidad

asombrosa; oscilaba al borde del genio, pero su rígido dogmatismo escocés interceptaba y deformaba el mensaje que la intuición trataba de transmitir al intelecto.

Smyth pasó todo un invierno estudiando la pirámide, midiéndola de un extremo a otro, registrando distintos ángulos y examinando los menores detalles. Pero él había llevado su opinión ya formada, y todas las medidas y los cálculos tenían que adaptarse a sus teorías; éstas, como la pirámide, eran inamovibles; aquéllas en



CORTE TRANSVERSAL DEL INTERIOR DE LA GRAN PIRÁMIDE

cambio, se podían acomodar a la prueba buscada. Smyth trabajaba honestamente, desde luego, pero estaba engeguccido por su prejuicio. Lo que puedo decir es que el difunto sir Ernest Wallis Budge, ex cuidador de las antigüedades egipcias del Museo Británico, no aceptó los cálculos de Smyth. Y que sir Flinders Petrie, decano de los arqueólogos ingleses de Egipto, después de cuidadosas mediciones realizadas en la pirámide durante todo un invierno, halló una diferencia de setenta y una pulgadas entre su cifra y la de Piazzi Smyth, en una de las partes más importantes del monumento. Y finalmente que otro hombre, un experto ingeniero, examinó recientemente todos los resultados, internos y externos, obtenidos no sólo por Piazzi Smyth sino también por sus

principales sucesores, y llegó a la conclusión de que varios de los cálculos presentados por estos últimos carecían de seriedad. Uno de los desilusionados partidarios de Smyth, según la divertida anécdota relatada por Petrie, que lo sorprendió en la tarea, trató de rebajar la saliente de granito, en la antesala de la cámara real, para darle la medida requerida por la teoría.

Pero no es la imperfección de las medidas la única razón por la que debemos ser cautelosos con el entusiasmo de esta gente. Hace muchos años solían decir que la pirámide había sido construida en el año 2170 a. J., porque ese año cierta estrella polar se hallaba en línea recta con el eje del pasaje de entrada, y supusieron que a ese extenso corredor se le había dado ex-profeso la inclinación necesaria para que pudiera recibir la luz de la estrella. Pero, en virtud de ese gran movimiento celeste llamado precesión de los equinoccios, las estrellas abandonan la posición que ocupan con respecto a nuestro globo y no vuelven a pasar por el mismo punto del cielo hasta veinticinco mil ochocientos veintisiete años más tarde. Por consiguiente, se podría decir con la misma lógica que la gran pirámide fué construida veinticinco mil ochocientos años antes del año 2170 a. J., porque también en esa oportunidad la referida estrella polar estaba en posición de atisbar por el pasaje de entrada.

En realidad, el pasaje de entrada enfoca, por su inclinación, un punto que durante varios siglos ocuparán todas las estrellas a las que les toque, por turno, montar la guardia frente al polo. Luego, el argumento de que el corredor de entrada fué construido de modo que recibiera la luz de la estrella Alfa, de la constelación del Dragón, tiene muy poco valor, porque el corredor recibió la luz de muchas otras estrellas.

Nuestros teóricos no podían aceptar la fecha más remota porque implicaba que la raza humana tenía una antigüedad mucho mayor que los cinco o seis mil años señalados, según ellos, por la Biblia. Se atuvieron, por lo tanto, a la más próxima, y esta última fué rechazada con razón por todos los egiptólogos porque, de acuerdo con las inscripciones y crónicas históricas descubiertas, la pirámide no pudo haber sido edificada en fecha tan reciente.

La Biblia es una colección de libros más complicada y más profunda de lo que parece a primera vista. Los primeros cinco libros, y especialmente el del Génesis, no pueden ser leídos correctamente

sin clave; y esa clave, desgraciadamente, hace muchos siglos que fué abandonada.

Los hombres interpretan mal los escritos bíblicos y violentando la razón se esfuerzan por ingerir lo que esos escritos nunca han querido decirles. Y fué así como llegamos a la risueña situación del siglo pasado, cuando los geólogos descubrieron que los depósitos terrestres de animales fósiles indicaban palmariamente la imposibilidad de que el mundo tuviera solamente los seis mil años de edad que le fueron asignados, y los no menos eminentes teólogos afirmaron con toda seriedad que Dios había enterrado a propósito esos fósiles para poner a prueba a los fieles.

Si nuestros teóricos de la pirámide no hubiesen leído mal, a su vez, la Biblia, podrían haber aceptado la fecha más antigua y estar quizá muy cerca de la verdad. Porque la sólida estructura de piedra de la pirámide pudo muy bien haber resistido los embates del tiempo durante un lapso de trescientos siglos; por su fortaleza y estabilidad, la pirámide seguirá en pie cuando todos los demás edificios del mundo se hayan reducido a polvo.

Las teorías de esta escuela han tenido una amplia difusión probablemente por las predicciones que elaboraron sus partidarios. Reuniendo en una curiosa mescolanza las manifestaciones de los profetas hebreos con las dimensiones de la gran pirámide, predijeron los estallidos de las guerras, las caídas de los gobiernos, la reconstitución de la iglesia cristiana y el retorno de Cristo; las calamidades económicas del mundo y la divina misión de los pueblos de habla inglesa; los catastróficos cataclismos de tierras y mares, etcétera, etcétera.

Recordemos, sin embargo, que el mismo Piazzi Smyth fijó el de 1881 como el año del milenio. Y que su escuela señaló el mes de mayo de 1928 como el más funesto de la historia; pero no pasó nada y nosotros seguimos existiendo. Transfirióse entonces el augurio al mes de septiembre de 1936, señalado también, según dicen, por esas portentosas dimensiones de la pirámide.

Ningún racionalista podrá aceptar con facilidad la aseveración de que la pirámide, que requirió para su construcción gastos y esfuerzos sin precedentes, no fué erigida para la generación de aquel entonces, ni para las generaciones inmediatas, ni siquiera para la posteridad egipcia, sino para los pueblos que habitarían en otros continentes casi cinco mil años después. Aun suponiendo que los creadores de la teoría hayan registrado correctamente al-

gunas de las proporciones matemáticas y de las características internas de la gran pirámide, se fueron por la tangente y se lanzaron en una zarabanda de predicciones que no tienen ninguna relación visible con aquellos datos. Esa teoría supone, en esencia, que Dios indujo a los egipcios primitivos a que dejaran escrito un mensaje de piedra destinado a nuestra época; pero Dios pudo habernos comunicado ese mensaje ahora, directamente, con la misma efectividad, mediante el recurso más sencillo y más seguro de emplear un profeta humano, en lugar de correr el riesgo de que el secreto mensaje de piedra no fuera advertido, como no lo fué durante todos los siglos anteriores, o de que fuera mal interpretado, como pudo haber ocurrido tan fácilmente en el actual.

Pero aunque esas peregrinas teorías sean inaceptables para nosotros, debemos respetar, no obstante, las intenciones sinceras de sus sostenedores, a quienes podríamos incluso agradecer por el interés público que han logrado despertar por el significado espiritual del extraordinario monumento.

El verdadero objetivo de la pirámide y el significado simbólico de la esfinge son dos de los más fascinantes e interesantes enigmas que Egipto propone tanto a sus habitantes como a sus visitantes; y son también los más difíciles de resolver.

* * *

¿Es decir, entonces que el rascacielos egipcio fué edificado simplemente para guardar la carne momificada de un faraón. como dicen los manuales y repiten a los turistas los dragomanes árabes vestidos de negro? ¿Esa enorme masa fué extraída de las vecinas canteras de piedra caliza de Tura y arrancada a las más lejanas canteras de granito de Syene, nada más que para depositar un cadáver fajado? ¿Casi dos millones y medio de metros cúbicos de piedra fueron transportados y elaborados fatigosamente bajo el ardiente sol africano para satisfacer el capricho de un rey? ¿Se emplearon dos millones trescientos mil bloques de piedra, de unas dos toneladas y media de peso cada uno, prolijamente unidos entre sí con cemento, para cubrir lo que se podría haber recubierto con unos pocos bloques? Y por último, ¿tenía razón el historiador hebreo Josefo cuando declaró que las pirámides eran "monumentos vastos y vanos"?

Conociendo el poder que tenían los faraones y las creencias en el más allá de los egipcios, podemos aceptar que haya sido así;

pero aunque es posible, no es probable. Aunque según la tradición cierto califa tenía, puesto en pie delante de una puerta del palacio, un cajón de momia de madera decorada que habría sido sacado de la pirámide, ningún historiador serio ha podido comprobar hasta ahora que en la gran pirámide se haya encontrado un ataúd, o un cuerpo, o elementos fúnebrarios. No se ven en ninguna de las paredes interiores esas larguísimas inscripciones jeroglíficas que se encuentran en todas las bóvedas fúnebres de Egipto; ni bajos relieves, ni pinturas representando escenas de la vida del difunto. Las paredes interiores de la pirámide son lisas, desprovistas de todos los adornos con que a los faraones les gustaba llenar las tumbas, libres de todos los ornamentos que sería dable encontrar si ese monumento fuera una de las tumbas más importantes del antiguo Egipto.

Lo que se considera probablemente como la prueba más concluyente de que la pirámide era la tumba de un monarca pagano es el cajón de granito rojo, vacío, sin tapa, que se encuentra en el suelo, en la cámara del rey. Ese cajón, dicen los egiptólogos, es evidentemente el sarcófago del rey; y con eso dan por concluida la cuestión.

¿Pero por qué no tiene ese sarcófago en sus costados los textos y las figuras religiosas acostumbrados? ¿Por qué no hay ni una sola palabra, ni una sola inscripción jeroglífica? Todos los demás sarcófagos conocidos llevan alguna leyenda o representación gráfica que indica para qué fueron usados. ¿Por qué no tiene nada de eso este cajón, si es el sarcófago de uno de los reyes más famosos de Egipto?

¿Para qué se instalaron conductos de aire, de más de sesenta metros de extensión, que comunican la bóveda fúnebre donde se encuentra el presunto sarcófago con el exterior? Las momias no necesitan aire fresco, y los obreros no tenían por qué volver a entrar en la cámara después de haberla techado. No he visto en ninguna parte de Egipto ninguna otra cámara, construida para servir de sepulcro a los muertos reales, que tuviera conductos de ventilación.

¿Por qué fué colocado ese supuesto ataúd en un recinto que se encuentra a cuarenta y cinco metros de altura, habiendo sido la norma habitual en Egipto la de cavar las bóvedas mortuorias en la roca por debajo del nivel del suelo? Y no sólo en Egipto; es costumbre generalizada en todo el mundo, siempre lo ha sido, la de

depositar a los muertos sobre o debajo de la tierra. "Polvo eres y al polvo retornarás", fué siempre el mensaje que la naturaleza transmitió al hombre.

¿Para qué se construyó ese elevado corredor de acceso a la cámara real, la gran galería, de más de nueve metros de altura, si una simple prolongación de la del pasaje ascendente, que sólo tiene algo más de un metro de altura, habría podido llenar las mismas funciones y costar mucho menos trabajo, porque su construcción sería mucho menos complicada que la de aquélla?

¿Para qué se construyó esa otra cámara al lado de la primera, la llamada cámara de la reina? Los faraones no eran sepultados junto a las reinas, y para una sola momia no hacen falta dos tumbas. Si la cámara de la reina tuviera las acostumbradas pinturas e inscripciones murales que se encuentran en los sepulcros egipcios, su existencia como antesala podría estar justificada; pero está tan desnuda y exenta de ornamentación como la cámara del rey. ¿Y para qué habrán dotado de respiraderos también a esa otra sala, aunque tuviesen las bocas tapadas cuando fueron descubiertos? ¿Para qué se habrán tomado la molestia los constructores de la pirámide de proveer de ventilación a esas dos supuestas tumbas? Vale la pena repetirlo: los muertos no respiran.

¡No! La razón, que busca la verdadera causa de todo ese gasto de tiempo, trabajo, material y dinero, al negarse a aceptar la tesis de la predicción y la teoría de la tumba, debe volverse a otro lado en procura de una nueva explicación.

* * *

Dediqué al misterio de las pirámides largas meditaciones, y pasé muchas horas vagando por las ruinas rocosas que las rodean, o recorriendo los oscuros corredores y los sombríos recintos de su interior. Muy a menudo me sentaba a cavilar sobre el problema, bajo el ardiente sol del mediodía, en las blancas piedras calcáreas al pie de la gran pirámide, o en las blandas arenas que se encuentran al este. Escalé la mampostería, hilada por hilada, buscando cuidadosamente alguna huella; examiné todas las grietas y estudié la disposición general de las tres construcciones. Penetré en los tenebrosos túneles de las pirámides segunda y tercera, raras veces visitadas, espantando robustos lagartos y enormes cucarachas. En pocas palabras, me dediqué con tanta intensidad a mis investigaciones, que llegué a conocer aquellas antiguas

construcciones, aquellos recuerdos de piedra de la primitiva raza de hombres que habitó en Egipto, tan bien como mi nuevo departamento de El Cairo.

Cuanto más detalles iba conociendo de su estructura, tanto más las admiraba, y a medida que iba entendiendo mejor sus originales planes, mejor comprendía su extraordinaria superioridad técnica.

Reclamaba y obtenía toda mi admiración la habilidad técnica que había requerido, para formar aquellos triangulares legados de la remota antigüedad en una época en que no se contaba con la ayuda del vapor ni de la electricidad, extraer los inmensos bloques de piedra de las canteras, transportarlos, izarlos y colocarlos en sus respectivos lugares. No había grúas de vapor, instaladas sobre rieles de acero, para alzar los bloques; vapor y acero eran desconocidos en aquel entonces.

Por cierto que si algún faraón hubiese querido dejar a la posteridad un sepulcro perdurable, no habría podido elegir una forma arquitectónica más duradera que la pirámide. La inmensa base, las caras inclinadas y el vértice agudo protegerían la tumba del viento, la arena y el tiempo mejor que cualquier otra forma estructural, en tanto que la sólida masa interior ofrecería la mayor resistencia posible a la violación humana.

Aunque ahora los impresionantes rascacielos neoyorquinos han dejado atrás a la pirámide, subsiste el hecho de que hasta hace poco era ésta la construcción más alta hecha por el hombre en toda la historia conocida de la humanidad; empujaba a todas las demás construcciones y constituía una maravilla para los antiguos y un enigma para los modernos.

Pronto descubrí, como ya lo habían hecho antes que yo todos los demás investigadores, que la estructura interna de la primera pirámide era mucho más complicada e infinitamente más interesante que la disposición interna de las otras dos; asimismo, su inmensa dimensión, comparada con el tamaño de las otras, proclamaba su mayor importancia. Por lo tanto, no tardé en concentrar toda mi atención en la primera, convencido, además, de que debía contener el verdadero secreto de las pirámides.

Llegué a conocer a la gran pirámide iluminada por todos los cambiantes matices de la maravillosa luz egipcia. A la madrugada, los primeros rayos solares le daban un color gris plata; a la puesta del sol se revestía con una coloración violeta pálido; y a la

misteriosa luz de la luna llena, todas las piedras, desde la base hasta el ápice, parecían envueltas en una fosforescencia azulada teñida de plata.

Pero la gran pirámide que vemos nosotros actualmente no es la que corrió el mundo de la antigüedad. Aquella estaba cubierta por los cuatro lados con un revestimiento de piedra caliza, blanca, suave, pulida, que reflejaba los fuertes rayos del sol oriental con un brillo intenso; su fulgor justificaba materialmente el nombre de "luz" que le daban los antiguos egipcios. Las bases y los costados de las piedras del revoque, perfectamente alisadas y ensambladas con la precisión de un mosaico, apenas dejaban ver las juntas cementadas. El asombroso y atraente triángulo de piedra relumbraba como un gigantesco espejo sobre la alfombra amarilla del desierto, y era visible a gran distancia. Hasta fines del siglo XII siguieron las blancas piedras en su lugar, ostentando en su pulida superficie los jeroglíficos que arrancaron a la pluma de Abdul Latif la siguiente pintoresca descripción:

"Las piedras están cubiertas con antiguos caracteres, ininteligibles actualmente. No conozco a nadie en Egipto que los entienda. Las inscripciones son tan numerosas que, si fueran copiadas, con las que ocupan la superficie de las dos pirámides se podrían llenar más de seis mil páginas."

Las caras antiguamente lisas de la pirámide están ahora cortadas en escalones, y no se ve ni una sola inscripción; de los millares de piedras del revestimiento sólo quedan algunas, aisladas, en la base de la pirámide. Es evidente, a juzgar por estos restos, que el material empleado para las piedras fué extraído de las colinas de Mokatan, situadas al sudeste de El Cairo. Dos años después de la visita de Abdul Latif, un gran terremoto que hizo estremecer a Egipto redujo a escombros la ciudad de El Cairo. Los árabes se lanzaron entonces sobre la gran pirámide en busca de material para reedificar la destruida ciudad; hicieron lo mismo que los turcos y los griegos, que habían transformado el noble Partenón en una cantera, llevándose las piedras para construir casas. Los árabes desprendieron ávidamente las blancas piedras, pulidas y biseladas, y se las llevaron a El Cairo. ¿Cuántas antiguas mansiones, mezquitas y fortalezas de la capital egipcia ocultan dentro de sus gruesos muros las inscripciones jeroglíficas que en un tiempo cubrían las cuatro caras de la gran pirámide? Una parte de la gallarda mez-

quita del sultán Hasán, considerada como la más bella de las trescientas mezquitas de El Cairo, fué construida con esas piedras.

La pirámide contiene suficiente material como para edificar una ciudad entera de regular tamaño, y los árabes se la habrían llevado íntegramente, si no fuera porque el trabajo de desencajar, aunque fuera uno solo de los enormes bloques que la componen, resultaba demasiado difícil, y el costo y la pérdida de tiempo demasiado desproporcionados a su valor. Pero esta lección la aprendieron sólo después de haber comenzado a desprender las primeras hiladas de mampostería del ápice, dejando de ese modo despuntada la pirámide.

Tampoco es la entrada que hoy usan los visitantes de la pirámide la misma que emplearon los antiguos egipcios. La entrada original fué durante varios siglos un misterio, un arcano guardado celosamente por la pirámide, hasta que un rey árabe, empeñado en descubrirla, gastó una fortuna y movilizó todo un ejército de obreros, y consiguió arrancarle a la obstinada masa de piedra el secreto de su clausurado acceso. Las cámaras y pasajes interiores de la gran pirámide burlaron a los gobernantes griegos y romanos, como habían burlado a los egipcios no iniciados; la existencia de una entrada seguía siendo afirmada por la leyenda, pero con la misma persistencia seguía ignorándose su ubicación.

Después de haber sido cerrada y sellada, los siglos fueron pasando apaciblemente por sus invioladas entrañas; hasta que su largo sueño fué interrumpido por los hombres que irrumpieron en su interior en busca de un quimérico tesoro. En el año 820 de nuestra era fué por fin descubierta la entrada, cuando el califa Al Mamún reunió en la pequeña meseta de Gizeh a sus mejores ingenieros, arquitectos, constructores y obreros, y les ordenó que abrieran la pirámide.

—¡Es imposible, oh rey! —dijo el principal de aquellos hombres.

—Es mi deseo que se abra —replicó el califa.

Tuvieron que trabajar sin planos ni plan, guiándose solamente por una vieja tradición que situaba la entrada en la cara norte. Eligieron, naturalmente, para la gran tentativa, un punto situado en el centro de la cara, y pusieron manos a la obra estimulados por la vigilante presencia del califa, que quería comprobar la verdad de las viejas leyendas según las cuales la pirámide encerraba fabulosos tesoros, escondidos por faraones olvidados. Al Mamún,

dicho sea de paso, era hijo del califa Harún Al Raschid, el famoso personaje de *Las Mil y Una Noches*.

Al Mamún no era un califa vulgar. Había hecho traducir al árabe los escritos de los filósofos griegos, recordaba continuamente a sus súbditos las virtudes del estudio, y él mismo se complacía en participar en las discusiones de los sabios de su país.

Su residencia imperial se hallaba en la famosa ciudad de Bagdad, y de allí se había trasladado a Egipto. Poco después de su intento de abrir la pirámide, regresó a Bagdad y allí terminó sus días.

Pero los constructores de la gran pirámide, previendo que algún día la codicia humana trataría de violar su obra, instalaron la entrada a un costado del centro y a una altura mucho mayor del sitio que razonablemente debiera ocupar una puerta. Los hombres de Al Mamún trabajaron durante varios meses sin hallar ni huellas de aberturas ni pasillos; lo único que veían era mampostería, sólida y maciza. Si se hubiesen limitado a emplear martillo y formón, no les habría alcanzado para llevar a cabo la empresa el tiempo que duró el reinado del califa. Pero tuvieron el ingenio de encender pequeñas hogueras junto a las piedras de la pirámide, y cuando las piedras se calentaban al rojo vivo, les echaban encima vinagre frío hasta que se rajaban. Todavía se pueden ver actualmente, chamuscadas y ennegrecidas, las partes que se salvaron, hace más de mil años, del incesante ataque de los formones. Dos herreros aguzaban continuamente los formones, que perdían el filo rápidamente en la dura roca, mientras las máquinas de madera secundaban los esfuerzos de los fatigados obreros que trataban de penetrar en la pirámide. A pesar de todos los esfuerzos, la entrada, los corredores y los recintos interiores seguían sin ser descubiertos.

El polvo y el calor del angosto boquete que iban abriendo en la pirámide sofocaban a los obreros; la dificultad de excavar aquella masa de mampostería, la más dura del mundo, con las herramientas primitivas de que disponían, los fatigaba más allá del límite de su resistencia, y el completo fracaso que obtenían como única recompensa a sus afanes los descorazonaba hasta la desesperación. Habían penetrado más de treinta metros en el espesor de la pirámide y estaban a punto de tirar las herramientas y negarse, en franca rebelión, a continuar aquella inútil labor, cuando llegó a sus oídos el ruido de una pesada piedra que caía,

desprendida de su sitio; el ruido procedía del interior, un poco más allá del punto al que habían llegado en la galería excavada.

El destino había tomado cartas en el asunto. Los hombres prosiguieron la tarea con renovado fervor y entusiasmo, y poco después irrumpían en el corredor de entrada original. La gran pirámide había sido reabierta.

Luego fué fácil recorrer el pasaje y llegar hasta la puerta, tan hábilmente disimulada que jamás habría sido descubierta desde el exterior. Después de tantos siglos, la puerta secreta ya no funcionaba; había quedado irremisiblemente atascada. Actualmente la puerta ya no está en la pirámide; desapareció en el pillaje general que tuvo lugar después del terremoto de El Cairo. Aquélla era precisamente la clase de puerta que los antiguos egipcios debían poner en la entrada del edificio más misterioso que erigieron. Se trataba, en realidad, de una laja movable que ajustaba herméticamente en el vano y presentaba exteriormente la misma terminación que el resto de la pirámide, pero con tanta perfección que era imposible distinguirla cuando estaba cerrada. Cuando se abría, giraba sobre sí misma en sentido longitudinal, dejando ver una abertura. Estaba equilibrada sobre un eje de rotación con el centro de gravedad en la mitad inferior y un juego de pesas de compensación. Se podía abrir únicamente dándole un poderoso empujón hacia adentro al extremo superior, y tirando en seguida con mucha fuerza el extremo inferior hacia afuera y luego hacia arriba. El visitante podía entonces entrar arrastrándose por debajo de la hoja de piedra, que en seguida volvía a su lugar, girando sobre su eje de suspensión, y ocultaba de nuevo la entrada.

* * *

Una vez dentro del primitivo pasaje de entrada, los hombres del califa descubrieron que su tarea no había concluido aún. El corredor resultó ser un callejón sin salida, cerrado por un enorme bloque de granito. No era posible que la puerta y el corredor hu-

biesen sido construídos para terminar en una pared. Trataron entonces de abrirse paso a través de la formidable barrera de granito; pero fracasaron. Las herramientas de que disponían no entraban en aquella piedra. Los constructores de la pirámide debieron buscar seguramente por todo Egipto la piedra más dura del país, antes de elegir aquella variedad.

Por fortuna para los invasores, las paredes laterales eran de piedra blanca, caliza, mucho más blanda y, por consiguiente, más fácil de romper. Abrieron un túnel al costado, paralelo al bloque de granito. Después de excavar más o menos un metro, llegaron al final del tapón de roca, y se encontraron en un nuevo pasadizo. Hizose entonces evidente que la entrada al segundo corredor había sido obstruída a propósito, en determinado momento, por aquella piedra gigantesca, cónica, que pesaba toneladas y calzaba herméticamente en el hueco de comunicación.

El primer corredor era descendente, el segundo ascendente, y ambos tenían la misma inclinación; más o menos unos veinticinco grados. Los funcionarios y obreros de Al Mamún treparon por este segundo pasaje, que tenía alrededor de un metro de altura y menos de un metro de ancho; la luz de las linternas iluminaba nada más que paredes desnudas. Llegaron finalmente a un punto en que el corredor continuaba en posición horizontal; era en realidad un empalme donde el pasaje se unía con otro corredor ascendente, elevado, siete veces más alto que el anterior, y con un angosto pozo descendente que se perdía en las profundidades de la pirámide.

Siguieron por el corredor horizontal. Encorvados, caminando con la cabeza inclinada hasta el suelo, los intrusos llegaron finalmente a un gran cuarto que, para su decepción, se hallaba completamente vacío. Las paredes estaban desnudas, sin inscripciones; un gran nicho, situado a la izquierda, era lo único que podía hacerles concebir la levisima esperanza de que hubiese un tesoro que recompensara sus esfuerzos. Para entrar en aquel nicho tuvieron que encaramarse primero sobre una plataforma; de ahí pasaron a un rústico pasadizo tan bajo que para recorrerlo les fué preciso arrastrarse sobre el suelo como víboras. Pero el pasadizo terminaba bruscamente en la sólida masa de mampostería, en el corazón de la pirámide, y aunque más tarde fué prolongado considerablemente, el único tesoro que pudieron hallar fué el de los bloques de piedra caliza.

Retrocediendo hasta la encrucijada de los pasajes, comenzaron a explorar el alto y extenso corredor ascendente, que posteriormente recibió el nombre de gran galería. Tenía un original techo en declive, formado de siete hiladas superpuestas. La inclinación del piso era igual a la del corredor que conducía a la galería. Los hombres comenzaron a trepar por aquel piso pulido, resbaloso, de cuarenta y cinco metros de extensión ininterrumpida, flanqueado de paredes de granito alisado y bordeado de largas hileras de piedra acanalada. Al final de la galería se encontraron de pronto con un escalón, alto, que les cortaba el camino. Subieron; el escalón se unía, al mismo nivel, con un pasadizo, bajo y estrecho, que desembocaba en una antecámara. Después de pasar, agachados, por debajo de un sólido rastrillo, se encontraron en una gran cámara, situada en el mismo centro de la pirámide, en un punto equidistante de todas sus caras. Era la sala que llamaron posteriormente la cámara del rey, lo mismo que denominaron al primer recinto la cámara de la reina. Pero esos nombres nunca fueron empleados por los antiguos egipcios.

Las paredes de la cámara del rey estaban hechas de bloques rectangulares de granito negro. El cielo raso lo formaban nueve vigas enormes del mismo material; según se sabe ahora, son las piedras más grandes de toda la pirámide: una sola de ellas pesa setenta toneladas. Cómo se las arreglaron los constructores para colocarlas en su sitio, sin contar con la ayuda de las modernas grúas eléctricas o de vapor, es un problema que los modernos arquitectos no han logrado resolver.

El califa y sus hombres sufrieron una nueva y profunda desilusión. Porque, aparte de un féretro de piedra; abierto, en la cámara del rey no había absolutamente nada. Y el féretro no contenía más que polvo.

Es imposible, pensaron los buscadores de tesoros, que los antiguos egipcios hayan construido sin ningún objeto una tumba tan prodigiosamente vacía como esta pirámide. Con febril ansiedad rompieron una parte del piso de piedra, abrieron un rincón del cuarto y perforaron en vano las sólidas paredes. Pero no pudieron vencer la sagacidad de aquellos hábiles constructores antiguos y tuvieron que retirarse al fin, frustrados, mortificados y descorazonados.

Todavía les quedaban otros dos sitios por explorar: la prolongación subterránea del corredor de entrada, y el pozo. La primera

era un estrecho túnel, por el que descendieron con rapidez; podían resbalar en él fácilmente, porque había sido abierto en declive en la roca en una extensión no menor de ciento seis metros. El túnel concluía en un cuarto toscamente abierto en la piedra; el cielo raso era tan bajo que se podía tocar con la mano, y el piso de roca, inconcluso, era tan escabroso que para recorrerlo había que ir subiendo y bajando por los desiguales promontorios. Lo llamaron el foso. No contenía más que escombros y polvo. En la pared opuesta a la entrada había otro pequeño pasadizo abierto en la roca, en el que tuvieron que entrar arrastrando el vientre, como serpientes, con la cara a pocos centímetros del suelo. Tampoco había nada en aquel túnel subterráneo; terminaba bruscamente en un sólido muro de piedra.

Quedaba el pozo, angosto, hondo y tenebroso. Era casi vertical y se podía explorar únicamente descendiendo a los hombres con sogas, uno por uno. A los dieciocho metros de profundidad encontraron un pequeño recinto, apenas un basto ensanchamiento del pozo, en cuyo piso se abría un hueco por el que continuaba descendiendo el pozo al parecer indefinidamente. Convencidos de que sólo era un pozo profundo, los exploradores abandonaron la tarea sin completar la investigación.

De todos modos, aquellos vastos tesoros que, en su imaginación, llenaban la pirámide, no existían.

Y así terminó la gran aventura del califa Al Mamún, el que reabrió la gran pirámide de Egipto. Los eruditos historiadores árabes del presente la relatan de muchas maneras distintas, pero los que hemos señalado son los hechos auténticos.

* * *

Después de que el hijo de Harún Al Raschid le abriera un agujero en la cara norte, la leyenda envolvió a la truncada pirámide en una atmósfera de supersticioso temor, en un ambiente de fantasmas espectrales, y los árabes la rehuyeron como a la lepra. Pasaron los siglos. Sólo unos pocos espíritus aventureros se atrevieron a explorar de nuevo su interior. Fuera de esas escasas excepciones, los oscuros corredores y las desnudas cámaras permanecieron sumidos serenamente en mayestático silencio. No volvieron a oírse dentro del viejo edificio martillazos de excavadores, hasta la segunda mitad del siglo XVIII. cuando impasibles europeos, positi-

vistas y libres de supersticiones, comenzaron a hollar de nuevo las arenas que rodean la pirámide.

Nathaniel Davison, un hombre emprendedor que era cónsul británico en Argel en la década 1760-70, se trasladó a Egipto en viaje de vacaciones. Contemplando pensativo la gran pirámide, recordó que los antiguos egipcios acostumbraban enterrar una cantidad de joyas junto con sus muertos ilustres. Recordó también que, en opinión de todo el mundo, las pirámides no eran más que gigantescas tumbas.

En la puerta de la cámara del rey descubrió un curioso eco que repetía varias veces sus gritos. Y sospechó, con razón, que detrás de las losas de granito de aquella sombría cámara debía de haber algún otro recinto. Era posible, más aún, muy probable, que en aquella otra cámara reposase una momia envuelta en tiras y acompañada de su acostumbrada colección de joyas.

Davison reunió un grupo de obreros y puso manos a la obra. El piso de la cámara del rey ya había sido excavado infructuosamente por Al Mamún, siglos atrás. El eco de la voz de Davison parecía venir desde arriba; dedicó por lo tanto su atención al cielo raso. Examinando cuidadosamente la ubicación de la cámara y de sus pasajes contiguos, advirtió que la mejor manera de llegar hasta cualquier recinto que hubiese por encima de la cámara era abriendo un agujero en la hilada superior de la pared este de la gran galería. Consiguió una escalera alta para examinar el sitio señalado, y comprobó con sorpresa que en aquel preciso lugar había una abertura.

Pasó por la abertura y se encontró en una cámara de seis metros de largo. Estaba situada exactamente encima de la cámara del rey. El techo era tan bajo que Davison tuvo que arrastrarse de rodillas para buscar el tesoro que lo había atraído. El cuarto estaba completamente vacío.

Davison regresó a Argel. Había ganado únicamente el problemático honor de que los arqueólogos que lo siguieron dieran su nombre a la nueva cámara que había descubierto.

En los primeros años del siglo XIX sucedió a Davison en la pirámide un curioso explorador, que era al mismo tiempo místico, soñador y arqueólogo. Era el capitán Caviglia, un italiano que dedicó tanto tiempo a la vieja construcción que se volvió, según

su propia expresión, "*tuot-à-fait pyramidal*".¹ Lord Lindsay lo encontró en un viaje que hizo a Egipto, y escribió lo siguiente, en una carta que envió a su casa:

"Caviglia me dijo que había profundizado tanto sus estudios de magia, magnetismo animal, etc., que casi lo matan. Los llevó, me dijo, hasta el mismo límite de lo que al hombre le está prohibido saber; y lo salvó únicamente la pureza de sus intenciones... Tiene ideas extrañas, sobrenaturales. Dice que sería muy peligroso difundirlas."

Mientras estaba entregado a sus investigaciones arqueológicas, Caviglia vivió, durante un tiempo, en la cámara de Davison, transformando aquel lúgubre rincón en una verdadera residencia.

Caviglia no se limitó a la gran pirámide. Hizo diversos descubrimientos en las pirámides segunda y tercera, exploró bóvedas sepulcrales en la región comprendida entre las pirámides y la esfinge, y exhumó varios interesantes sarcófagos y otras reliquias menores del antiguo Egipto.

En la época en que una bella joven se encontró inesperadamente coronada como reina de Inglaterra con el nombre de Victoria, el destino envió a Egipto a un gallardo oficial británico, un perfecto caballero inglés y un opulento protector del Museo Británico, reunidos los tres en la galana persona del coronel Howard Vyse. Este hombre contrató centenares de obreros y emprendió la serie de excavaciones más extensa de todas las que habían presenciado las tres pirámides y las zonas circunvecinas en los últimos mil años, o sea desde los días del califa Al Mamún. Aseguróse también los servicios de Caviglia, pero al poco tiempo chocaron el carácter sumamente irritable del italiano y el temperamento completamente convencional del inglés, y no tardaron en separarse.

El coronel Vyse costeó las excavaciones con 10.000 libras esterlinas de su peculio, pero regaló al Museo Británico los objetos materiales que obtuvo en su exploración. Cajones llenos de interesantes reliquias cruzaron los mares en dirección a Inglaterra. Su descubrimiento más interesante, sin embargo, quedó en Egipto. El coronel encontró en la gran pirámide otras cuatro habitaciones, situadas encima de la cámara de Davison; el hallazgo se hizo no sin cierta dificultad y con mucho riesgo; mientras excavaban un pequeño pasadizo ascendente en la sólida mampostería, los obre-

¹ Completamente piramidal. (N. del T.)

ros estuvieron expuestos a menudo a caerse desde una altura de nueve metros. Los cuartos que encontraron eran tan bajos de techo y tan cerrados como el primero. Y estaban igualmente vacíos, aunque polvorientos.

Después de estudiar el techo del último recinto, que estaba formado de vigas de piedra caliza unidas en triángulo, comprendieron el objeto que tenían aquellas cinco piezas bajas sobrepuestas; habían sido hechas para aliviar al techo de la cámara del rey de la enorme presión que debían ejercer necesariamente los miles de toneladas de maciza mampostería que había encima. Los cinco cuartos superpuestos hacían de amortiguadores. Y no sólo eso; en el caso, poco probable, pero posible, de que un terremoto resquebrajara el cuerpo de la pirámide, evitarían que la mampostería se precipitara en el interior de la cámara del rey. Actuarían en ese caso como paragolpes para recibir el desmoronamiento consecutivo al terremoto, impidiendo que la cámara del rey quedara aplastada por la enorme masa de piedras. Los milenios transcurridos han demostrado la excelencia y la genialidad de ese plan arquitectónico.

Entre las cosas curiosas descubiertas por Vyse figura una serie de jeroglíficos; la primera y única que se encontró en la pirámide después de haber sido arrancadas las piedras, llenas de inscripciones, que formaban el revestimiento externo. Eran las marcas puestas por los picapedreros en las rústicas superficies de las piedras que se emplearon para construir las cinco cámaras. Entre esas marcas se hallaban las cartelas, o escritura figurada de forma oval, de tres nombres reales: Kufu, Knem Kufu y Knem. No estaban grabadas sino dibujadas con pintura roja, como acostumbraban hacer los albañiles en el antiguo Egipto.

Los egiptólogos, que no conocían ningún rey egipcio llamado Knem, no supieron explicar la presencia de ese nombre en las piedras y se limitaron a aventurar conjeturas sobre su posible significado. Pero sabían perfectamente, en cambio, quién había sido Kufu, el faraón de la IV dinastía a quien los historiadores griegos adjudicaron el desafortunado nombre de Keops. El descubrimiento de Vyse dejó para los egiptólogos definitivamente establecida la fecha de construcción de la pirámide: fué erigida por Kufu y por nadie más.

Pero la momia de Kufu no fué encontrada en ningún rincón de la pirámide.

CAPÍTULO IV

UNA NOCHE DENTRO DE LA GRAN PIRÁMIDE

Los somnolientos gatos de El Cairo abrieron sus verdes ojos, bostezaron prodigiosamente y estiraron con gracia y hasta el máximo sus afelpadas manos. Caía el día, y con el crepúsculo comenzaban las actividades propias de su felina existencia: los coloquios amistosos, la búsqueda de alimentos en la basura, la caza de ratones, las peleas, las conquistas amorosas. Y también yo, al llegar el crepúsculo, me dispuse a comenzar una de las actividades más extrañas de mi vida, aunque la mía iba a ser silenciosa.

Me había propuesto pasar toda una noche dentro de la gran pirámide; permanecer doce horas en la cámara del rey, despierto y alerta, cuando las sombras estuviesen atravesando con su paso lento el continente africano. Y allí estaba, por fin, instalado en el refugio más raro que se haya construido jamás en el planeta.

No me había sido fácil alcanzar aquel momento. Yo había descubierto que aunque siempre accesible para el público, la gran pirámide no era de propiedad pública. Pertenecía al gobierno egipcio. Ya no se podía entrar en su interior y pasar la noche, sin más ni más, en cualquiera de sus cuartos, como no se puede entrar así como así en una casa ajena y pasar la noche en el mejor de sus dormitorios.

Para visitar la pirámide hay que sacar billete, un billete que cuesta cinco piastras, en el ministerio de antigüedades. Fuí, pues, al ministerio de antigüedades y con todo optimismo solicité permiso para pasar una noche dentro de la gran pirámide. Si hubiese pedido permiso para volar a la luna, la cara del funcionario que me atendió no habría demostrado mayor estupefacción.

Le di entonces una breve explicación para justificar mi pedido. La sorpresa cedió su lugar al regocijo; el hombre sonrió. Comprendí que me consideraba candidato seguro a ingresar en cierta institución de la que pocos quisieran ser inquilinos. Finalmente me dijo:

—Es la primera vez que me hacen un pedido semejante. Pero yo no tengo atribuciones para darle la autorización que solicita.

Me envió a ver a otro funcionario de mayor jerarquía del mismo departamento, en cuyo despacho se repitió la cómica escena anterior. Mi optimismo comenzaba a esfumarse.

—¡Imposible! —manifestó este segundo empleado, amablemente pero con firmeza, creyendo que tenía delante un loco manso—. Es insólito. Lamento...

Se encogió de hombros, sin terminar la frase. Luego se levantó de su asiento para despedirme de la oficina.

Fué entonces cuando mi experiencia de periodista, adormecida durante varios años pero no extinguida, entró belicosamente en acción. Comencé a discutir, repitiendo mi pedido con insistencia y de distintas maneras, y resistiéndome a abandonar la sala. Finalmente el hombre logró librarse de mi presencia diciéndome que el asunto no correspondía a la jurisdicción del departamento de antigüedades.

Pregunté entonces a qué jurisdicción correspondía. No estaba seguro el empleado, pero me aconsejó dirigirme a la policía.

Yo me daba cuenta de que mi pedido era, en el mejor de los casos, excéntrico, y en el peor de los casos, suficiente para clasificarme como insano. Pero no podía desistir. La decisión de llevar a cabo mi propósito se había convertido en obsesión.

En la jefatura de policía descubrí una sección de permisos. Por tercera vez rogué que me permitieran pasar una noche dentro de la pirámide. El oficial que me atendió, no sabiendo qué hacer conmigo, optó por enviarme al despacho de su jefe. Éste me pidió un poco de tiempo para considerar la cuestión. Cuando volví al día siguiente, ¡me indicó que me dirigiera al ministerio de antigüedades!

Volví a mi domicilio, desesperado de poder lograr mi deseo.

Pero "las dificultades suelen ser hechas para ser vencidas", dice el refrán cuya trivialidad no disminuye su imperecedera verdad. Mi paso siguiente fué pedir una entrevista con el comandante en jefe de la policía de El Cairo, el atento bajá El Lewa Russell. Salí

de su despacho con una orden escrita dirigida al comisario de la circunscripción donde se hallaba la pirámide, en la que el jefe le recomendaba que me diera toda la ayuda necesaria para mi propósito.

Por consiguiente, una tarde me presenté al comisario de la policía seccional de Mena, comandante Mackersey. Estampé mi firma en un libro que me indicaron, con lo que la policía se hacía responsable de mi seguridad hasta el día siguiente. Un agente recibió el encargo de acompañarme hasta la pirámide y de ordenar al guardia armado que estaba de facción ante el monumento que lo custodiara durante la noche.

—Corremos un gran riesgo dejándolo solo dentro de la pirámide, toda la noche —bromeó el comandante Mackersey, cuando nos despedimos—. ¿No irá usted a volarla?

—No, se lo prometo; y le prometo además que no me la voy a llevar.

—Vamos a tener que encerrarlo —añadió el policía—. Siempre cerramos con llave la verja de hierro de la entrada, al anochecer. Tendrá que estar prisionero durante doce horas.

—¡Magnífico! En estos momentos prefiero esa prisión a cualquier residencia.

* * *

Conduce a la pirámide un camino bordeado de árboles de *lebbek*. De tanto en tanto se ve alguna que otra casa a los costados. En su tramo final el camino va ascendiendo gradualmente hacia la meseta donde se encuentran las pirámides, y concluye en una empinada cuesta. Mientras iba viajando por la avenida, se me ocurrió pensar si alguna vez, en el transcurso de muchos siglos, alguno de los numerosos viajeros que recorrieron aquel mismo camino habría llevado una misión tan rara como la mía.

Subí la pequeña colina de la margen occidental del Nilo, donde la gran pirámide y su buena amiga la esfinge montaban su silenciosa guardia sobre el África del Norte.

El gigantesco monumento iba surgiendo delante de mí, mientras yo avanzaba sobre un piso de arena y piedras. Contemplé una vez más las caras triangulares, inclinadas, de aquella obra arquitectónica, la más antigua que conoce actualmente el mundo; seguí con la mirada esos enormes bloques cuya perspectiva los reduce de tamaño a medida que se van alejando de la base al ápice. La per-

fecta simplicidad de su construcción, la ausencia total de todo adorno, la exclusividad de la línea recta, sin una sola curva, son detalles que no desmerecen de ninguna forma la soberbia grandeza de la obra.

Entré en la silenciosa pirámide por el agujero que había abierto el califa Al Mamún y comencé mi exploración de la titánica estructura, no por primera vez, es cierto, pero sí por primera vez en una investigación tan extraña como aquella que me había llevado a Egipto. Después de avanzar un trecho llegué al final de la brecha horizontal del califa y pasé al corredor de la entrada original.

Luego, antorcha en mano, inclinado casi hasta tocar las rodillas con la cabeza, descendí por el otro pasaje largo, bajo, empinado y resbaloso, que era la continuación del primer corredor. Mi extraña posición era sumamente incómoda, y el declive del piso de piedra me obligaba a acelerar la velocidad del descenso.

Yo quería prolongar mi permanencia en la cámara del rey con un examen de la tégubre zona subterránea, cuyo acceso había sido interceptado en los tiempos modernos con una compuerta de hierro, para evitar que el público la visitara y saliera de allí semiasfixiado. Recordé de pronto el viejo adagio latino: "facilis descensus averni";¹ pero esta vez había una torva ironía en sus palabras. A la luz amarillenta de la antorcha alcanzaba a ver únicamente la roca en la que había sido cortado el piso. Al cabo de un largo rato logré divisar un pequeño hueco a la derecha, en el que entré inmediatamente aprovechando la oportunidad para enderezar el cuerpo y hacer una breve pausa. Descubrí que aquel nicho no era más que el punto terminal de aquel pozo casi vertical, el que fué llamado la cisterna, que bajaba desde el empalme del pasaje ascendente con la gran galería. Por espacio de dos mil años se creyó que en el fondo de aquel pozo había agua. Cuando Caviglia extrajo la masa de escombros acumulados, se descubrió que el fondo estaba completamente seco.

La desagradable abertura toscamente excavada en la sólida roca, que bostezaba por encima de mi cabeza, era más estrecha que el pasadizo por el que había llegado hasta allí. Encontré en los costados unos pequeños nichos paralelos entre sí, que servían de pedruzcos y asideros para la relativamente peligrosa ascensión.

¹ El descenso al infierno es fácil. (N. del T.)

Irregular y tortuoso, el conducto tenía una extensión considerable y desembocaba finalmente en una gran cámara, cortada toscamente a pico y de forma de un tazón; era la que se conoce ahora con el nombre de la gruta y señala el nivel de la meseta rocosa donde fué erigida la pirámide. La gruta fué construída ensanchando una fisura natural de la roca. La parte siguiente de la gruta fué evidentemente excavada en la mampostería, y no edificada con bloques de piedra, como todos los demás pasajes subterráneos. Esa sección del pozo era de mayor diámetro, y por lo tanto más difícil de trepar que la parte situada por debajo de la gruta.

Finalmente salí por la escabrosa e irregular abertura que era la boca del pozo, y me encontré en el extremo noroeste de la gran galería.

¿Cuándo y por qué fué abierto aquel pozo en el espesor de la pirámide? La pregunta surgió automáticamente, y cuando le daba vueltas en mi cabeza vislumbré de pronto la respuesta. Los antiguos egipcios que cerraron un capítulo en la historia de la pirámide clausurando con tres monstruosos tapones de granito la entrada a la gran galería y a las cámaras altas, tuvieron que crear una vía de escape para no quedar definitivamente encerrados en la pirámide.

Yo sabía, por mis propias investigaciones, que el pozo y la gruta habían sido excavados cuando se construyó la pirámide, pero que el pozo no llegaba a la sazón más que hasta la gruta. Durante millares de años no hubo ninguna comunicación directa entre los pasajes superiores y el pasadizo subterráneo.

Cuando la gran pirámide hubo cumplido su misterioso cometido, fué clausurada por los encargados responsables. La clausura había sido prevista por los constructores, que dejaron preparados los elementos necesarios, y hasta hicieron una contracción en el extremo inferior del corredor ascendente para depositar los tres tapones de granito.

Los últimos ocupantes de la pirámide ejecutaron la misión encomendada y procedieron a excavar la sección inferior de la cisterna para asegurarse una salida. Concluída la tarea y emprendida la retirada, no tuvieron más que obstruir el nuevo tramo del pozo en el punto donde se une con el corredor descendente de entrada, y recorrer luego, cuesta arriba, los noventa y dos metros de este último pasaje, para llegar a la puerta primitiva del monumento. De ese modo la llamada cisterna, que había sido construída ori-

ginalmente para bajar a la gruta, se convirtió al final en un medio para abandonar la bloqueada pirámide.

Volví, por la vía más directa, al largo túnel en declive que comunica las entrañas de la pirámide con el mundo exterior, para reanudar mi descenso a las profundidades de la rocosa meseta de Gizeh. En cierto momento se cruzó de pronto en mi camino una sombra ensanchada; retrocedí, sobresaltado, y advertí entonces que era mi propia sombra. En aquel lugar fantasmagórico se podía esperar cualquier cosa; las cosas más raras eran moneda corriente. Gateando y deslizándome salvé la distancia relativamente corta que me faltaba recorrer del pasaje descendente, y con gran alivio llegé al final de la cuesta y me encontré pisando terreno horizontal; pero estaba dentro de otro túnel, más reducido aún que el anterior. Avancé arrastrándome unos diez metros más y llegué hasta la entrada del recinto más extraño que haya visto jamás; el que llamaban el foso. Tenía quince metros de largo, de pared a pared.

Aquella cueva sombría, que se hallaba exactamente debajo del centro de la pirámide, daba la impresión de haber sido una obra abandonada apresuradamente a medio terminar; parecía una cámara cuya excavación hubiese sido interrumpida repentinamente. El techo estaba bien labrado, pero el piso subía y bajaba como el de una trinchera bombardeada. Los antiguos albañiles egipcios acostumbraban construir las bóvedas rocosas excavando de arriba abajo; de ese modo el piso quedaba para el final. La razón de que no hayan terminado aquel piso, aunque luego le dedicaron por lo menos toda una vida de trabajo a la superestructura que se levanta sobre la base rocosa, es una incógnita arqueológica que hasta ahora nadie ha podido develar. Pero, por otra parte, la misma pirámide es una incógnita similar.

Atravesé con la luz de mi antorcha la espesa oscuridad de la cueva, la enfoqué sobre el centro del piso. Me acerqué un poco más y atisé; había un agujero profundo, foso en el foso que los buscadores de tesoros, de cuyo paso era mudo testigo, habían abierto laboriosa e infructuosamente. Un murciélago pasó chillando por encima de mi cabeza, haciéndome sentir el desagradable contacto de sus alas, y revoloteó en la rarefacta atmósfera del cuarto. Noté que la luz de la antorcha había espantado, en el fondo del agujero, a otros tres murciélagos que dormían cabeza abajo prendidos de las rugosidades de la roca. Me aparté, des-

pertando dos más que dormían pendiendo del techo. Alarmados y aturdidos por la luz con que los perseguí despiadadamente, volaron chillando de un lado para otro, hasta que por último desaparecieron en las tinieblas del corredor de entrada.

Subiendo y bajando, atravesé el montañoso piso y llegué hasta el otro extremo del cuarto; en la pared había un pequeño túnel, suficientemente ancho como para que cupiera un cuerpo, pero tan bajo que sólo se podía entrar arrastrándose de cara al suelo, un suelo cubierto de la tierra acumulada durante miles de años. La expedición no era nada agradable, pero la realicé deseoso de conocer adónde conducía el túnel. Recorrí unos veinte metros y me encontré con que el túnel se interrumpía bruscamente. Al parecer, también aquí el pasadizo había quedado sin terminar.

Medio asfixiado, retrocedí a tientas y volví al sofocante foso; eché una última mirada en rededor e inicié mi viaje de retorno a las regiones superiores de la pirámide. Llegué al comienzo del pasaje que subía en una línea perfectamente recta atravesando ciento seis metros de roca maciza antes de continuar como corredor construido en la mampostería; me tendí en el suelo y miré por la abierta salida el cielo oscuro, como si lo observara con un gigantesco telescopio sin lentes. Allí estaba la estrella polar, bien visible; un parpadeante punto plateado suspendido en el espacio azul índigo. Comprobé la dirección con mi brújula-pulsera: señalaba exactamente el norte. Aquellos constructores primitivos no sólo habían hecho una obra maciza, sino también precisa.

Volví arrastrándome por el empinado pasaje y llegué finalmente al corredor horizontal que conduce a la cámara de la reina. Pocos pasos más y estaba bajo los dos arcos de su techo, que se juntan en el centro formando un caballete. Examiné los dos conductos de aire que parten hacia arriba de las paredes norte y sur, y constituyen una prueba evidente de que el cuarto no estaba destinado a ser una tumba sino una habitación. Cuando fueron descubiertos los conductos, en 1872, no perforaban las paredes de la cámara; terminaban unos doce centímetros más adentro. Este hecho desconcertó a muchos investigadores. Porque en tal caso no podían ser canales de ventilación, y debían de tener, por consiguiente, alguna otra explicación desconocida. Pero la mejor explicación de este hecho es que, en determinado momento y una vez que hubieron llenado su objetivo, los orificios de entrada fueron

obstruidos con bloques especiales de piedra, tal como se hizo con los pasajes superiores de la pirámide.

Los tubos de aire fueron encontrados por casualidad por Waynman Dixon, un ingeniero civil que se hallaba realizando unos trabajos cerca de la pirámide. Examinando, por pura curiosidad, las paredes de la cámara de la reina, advirtió que una de ellas, que sonaba a hueco en determinado lugar, parecía estar asimismo ligeramente resquebrajada. Hizo romper la pared en aquel punto, y a los doce centímetros de profundidad descubrió un pequeño conducto. Luego, con el mismo procedimiento, encontró el otro tubo en la pared opuesta. Ambos conductos atraviesan todo el cuerpo de la pirámide, lo que se comprobó más tarde mediante unas sondas de hierro, que recorrieron los tubos en una extensión de unos sesenta metros.

Volví al pasaje horizontal y caminé hasta donde se encuentra con la gran galería. Subí entonces lentamente los cuarenta y cinco metros de aquel empinado corredor flanqueado de voladizos. Mientras subía me sentí invadir por una ligera debilidad, consecuencia de un ayuno de tres días. Descansé finalmente unos segundos en el escalón de un metro de alto que señalaba el término de la galería y el punto exacto por donde pasaba el eje vertical de la pirámide. Di unos pocos pasos para atravesar la antecámara, me agaché para pasar por debajo del bloque de granito que pendía sostenido por paredes acanaladas y que obstruía la salida de este corredor horizontal, y llegué a la sala más importante de la pirámide, la famosa cámara del rey.

* * *

También aquí destruía la teoría de la tumba la presencia de dos tubos de aire, de unos cincuenta centímetros cuadrados cada uno. Aquí las bocas no fueron cerradas como en la cámara de la reina, sino rellenas completamente con piedras sueltas, que el coronel Vyse tuvo que sacar para averiguar la naturaleza de los conductos. Es muy probable que el relleno haya sido hecho al mismo tiempo que las demás operaciones con las cuales se quiso ocultar la disposición interna de la porción superior de la pirámide.

Proyecté la luz de mi linterna sobre las paredes desnudas y el cielo raso, notando una vez más la admirable exactitud con que se unían los enormes bloques de granito pulido; inicié luego un

lento recorrido por las paredes, examinando cuidadosamente todas las piedras, una por una. Los bloques se obtuvieron partiendo en dos las rocas rosadas de la lejana Asuán. Aquí y allá se notaban las cicatrices que los buscadores de tesoros, en su vana pesquisa, habían dejado en pisos y paredes. En el lado este del piso faltaba una parte del embaldosado de piedra, que había sido reemplazado con tierra apisonada, y en el extremo noroeste había un profundo agujero rectangular sin relleno alguno. La losa que había ocupado aquel espacio, un largo bloque de piedra rústica, se hallaba a un lado, contra la pared, probablemente abandonada por los primeros árabes. Paralelo a la losa, a pocos centímetros de distancia, se encontraba el sarcófago, un cajón parecido a un ataúd, de costados chatos y sin tapa; único objeto, aparte de la losa desencajada que se podía ver en aquel recinto pelado. Estaba colocado exactamente en dirección de norte a sur.

La losa podía servir de asiento; me senté, en efecto, en ella, a lo sastre, con las piernas replegadas, y me dispuse a pasar allí el resto de la noche.

A mi derecha había puesto el sombrero, la chaqueta y los zapatos; a la izquierda dejé la antorcha, encendida aún; un termo con té caliente, dos botellas de agua helada, un cuaderno y la Parker. Eché una última mirada al cuarto, un vistazo final al cofre de mármol que estaba a mi lado, y apagué la luz.

Junto a mí tenía preparada una poderosa linterna eléctrica, lista para ser encendida.

La súbita inmersión en la oscuridad total trajo consigo la incertidumbre sobre lo que habría de ocurrir en el transcurso de la noche. Lo único que podía hacer en aquella extraña situación era aguardar; aguardar...

Los minutos transcurrían lentamente mientras yo iba "sintiendo", también lentamente, que la cámara del rey poseía una atmósfera propia, muy poderosa; una atmósfera que sólo podía llamar "psíquica". Porque yo había hecho deliberadamente receptiva mi mente, pasiva mi sensibilidad y negativa mi actitud, para poder convertirme en un perfecto registro de todo acontecimiento ultrafísico que pudiera producirse. Yo no quería que ningún prejuicio o preconcepto personal interceptaran la recepción de lo que pudiera llegarme de alguna fuente inaccesible a los cinco sentidos físicos del hombre. Gradualmente fué disminuyendo el flujo de

mis pensamientos hasta que mi mente entró en un estado de semivacuidad.

Y la quietud que envolvió mi cerebro me hizo intensamente consciente de la quietud que había envuelto mi vida. El mundo, con su animación y su bullicio, era algo muy remoto, hasta casi inexistente. De las tinieblas no salía ningún ruido, ni un murmullo. El silencio es la verdadera soberanía real en el imperio de la pirámide, un silencio que comenzó en la antigüedad histórica y que no pueden quebrar los parloteos de los turistas, porque todas las noches se reintegra de nuevo con aterradora perfección.

Percibí la poderosa atmósfera de la habitación. Es perfectamente normal y corriente que las personas sensitivas perciban la atmósfera de las casas antiguas, y de una forma similar comenzó mi experiencia. A medida que pasaba el tiempo se iba intensificando la impresión de la inconmensurable antigüedad que me rodeaba, y llegué a sentir que el siglo XX se alejaba, desaparecía, deslizándose por debajo de mis pies. Pero, consecuente con la decisión que me había impuesto, lejos de resistir la sensación, dejé que se robusteciera.

La extraña impresión de que no estaba solo comenzó a envolverse insidiosamente. Sentí que, debajo de la capa de tinieblas absolutas, iba cobrando existencia algo animado, vivo. Era esa sensación vaga pero real la que, junto con la creciente convicción de que retornaba el pasado, me hacía consciente de una presencia "psíquica".

Sin embargo, esa sensación vaga y general de que una vida medrosa palpitaba en las sombras no desprendía aún nada definido, concreto. Trancurrieron las horas, y en contra de lo que había esperado, a medida que avanzaba la noche iba aumentando el frío. Los efectos de los tres días de ayuno que había cumplido para acrecentar mi sensibilidad, se manifestaban en forma de temblores cada vez más insistentes. El aire fresco se colaba por los angostos respiraderos de las paredes y atravesaba la débil barrera de mis ropas livianas. Mi carne helada tiritaba bajo la camisa. Me levanté y me puse la chaqueta, que pocas horas antes me había quitado a causa del intenso calor. Así es en el oriente, en ciertas épocas del año: calor tropical durante el día, y fuerte descenso de la temperatura durante la noche.

Hasta ahora no han sido descubiertas las bocas de los tubos de aire en el exterior de la pirámide, aunque se conoce su situación

aproximada. Algunos egiptólogos hasta dudaron de que los canales llegaran al exterior, pero el completo enfriamiento del aire que comprobé aquella noche deja definitivamente aclarado este punto.

Retomé mi asiento sobre la losa de piedra y me rendí de nuevo al abrumador silencio de muerte que reinaba en la cámara, y a las preponderantes tinieblas que la llenaban. Con el espíritu dócil proseguí mi espera y mi especulación. Sin razón aparente recordé que allá, al este, el canal de Suez seguía su curso, en línea recta, entre arenas y pantanos, y el majestuoso Nilo formaba la columna vertebral del país.

La extraña quietud sepulcral del cuarto y el féretro vacío que tenía a mi lado no contribuyeron, por cierto, a serenarme los nervios, en tanto que la interrupción de mi vigilancia provocó, al parecer, otra interrupción más. En efecto, al poco rato advertí que la sensación de una presencia viva, invisible, se había transformado en una certeza completa. Sí, había algo que vivía y palpaba a mi lado, aunque yo todavía no podía ver absolutamente nada. Al comprender, noté de pronto la imprudencia de mi situación. Yo estaba aislado; encerrado en un extraño recinto que se hallaba a más de sesenta metros de altura; rodeado de tinieblas impenetrables; prisionero en un edificio que se alzaba al borde de un desierto de centenares de kilómetros de extensión, un edificio que era probablemente el más viejo del mundo y que se hallaba rodeado por el dantesco y revuelto cementerio de una antigua metrópoli.

Para mí, que había buceado a fondo en lo psíquico, en los misterios del ocultismo y en la magia y la hechicería del oriente, el gran recinto de la cámara del rey se pobló de seres invisibles, de espíritus que custodiaban el viejo monumento. Esperaba oír en cualquier momento una voz espectral que saliese del predominante silencio. Yo daba las gracias a los constructores de la pirámide por haber instalado aquellos canales de ventilación que traían al vetusto cuarto una provisión, reducida pero constante, de aire fresco. Aire que recorría unos noventa metros de pirámide antes de llegar, pero que de todos modos era bienvenido. Yo soy un hombre habituado a la soledad; más aún, me agrada y deleita. Pero la soledad de aquel cuarto tenía algo de temerario y paoroso.

Las espesas tinieblas comenzaban a oprimirme la cabeza como

un yelmo de hierro. La sombra de un miedo indeseable se agitó en mi interior. La ahuyenté inmediatamente. Para permanecer en el corazón de aquel monumento del desierto no hacía falta valor físico, sino cierta fortaleza moral. No era de esperar que salieran culebras de grietas o hendeduras, ni que entraran merodeadores de medianoche, trepando por las empinadas caras de la pirámide. Las únicas señales de vida animal que había encontrado fueron las que dieron un ratón que hallé en el pasaje horizontal y que espantado por la luz de la antorcha, corrió desesperado de un lado para otro tratando inútilmente de encontrar un refugio en las lisas paredes de granito; dos lagartijas de color verde amarillento, increíblemente viejas, que descubrí colgadas del techo en la estrecha hendedura que parte del nicho en la cámara de la reina; y, finalmente, los murciélagos de la caverna subterránea. También es cierto que unos grillos me recibieron con sostenidos chirridos cuando llegué a la gran galería: pero no tardaron en callarse. Todo eso había quedado atrás; un silencio invencible se había apoderado de la pirámide, y la mantenía presa en su mudo cautiverio. No había nada de naturaleza física que pudiera hacerme daño; y sin embargo, volvió a asaltarme por segunda vez una vaga inquietud, la sensación de que ojos invisibles me observaban. Había un fantástico misterio, una irrealidad espectral en aquel sitio...

* * *

Hay vibraciones de fuerza, de sonido y de luz que están más allá de nuestro alcance normal de captación. Los oyentes radiofónicos escuchan las alegres canciones y los discursos serios que les llegan por el éter; pero no pueden captarlos si sus aparatos receptores no están debidamente sintonizados. Saliendo del estado de simple espera receptiva, pasé a un estado mental de potente reconcentración que enfocaba toda su atención en el esfuerzo de atravesar el negro silencio circundante. ¿Sería acaso imposible que lograra descubrir la presencia de fuerzas invisibles, si con la intensa concentración interior conseguía exaltar temporalmente mis facultades de aprehensión hasta límites anormales?

Lo que puedo decir es que cuando me "sintonicé" mediante un método de atención interiorizada que había aprendido mucho antes de aquella mi segunda visita a Egipto, supe que la cámara había sido invadida por fuerzas hostiles. Había en el ambiente algo que yo presentía malo, peligroso. Un temor impreciso agi-

tó mi corazón, e insistió en retornar una y otra vez, apenas lo alejaba. Continué con mi método de concentración interior, intensa y sobre un solo punto, y la sensación, siguiendo su tendencia habitual, se transformó en visión. En el cuarto sin sombras comenzaron a revolotear sombras de un lado para otro; poco a poco fueron tomando forma más definida, y de pronto aparecieron rostros malévolos muy cerca de mi propia cara. Imágenes siniestras surgieron con toda claridad ante los ojos de mi mente. Luego avanzó hacia mí una aparición tenebrosa, me miró fijamente con ojos aviesos y alzó las manos en ademán de amenaza, como si quisiera infundirme temor. Habían salido, al parecer, los vetustos espíritus de la vecina necrópolis, una necrópolis tan vieja que las momias se habían desmoronado dentro de sus sarcófagos de piedra; y las sombras que seguían aferradas a estos últimos hicieron su ingrata presentación en el lugar de mi vigilia. Volvieron a mi memoria todas las leyendas sobre los malignos fantasmas que pueblan los alrededores de las pirámides, con los mismos detalles desagradables con que me fueron relatadas por los árabes de una aldea próxima. Cuando le informé a un joven árabe amigo mío, habitante de aquella aldea, que me proponía pasar una noche dentro del viejo edificio, trató inmediatamente de disuadirme.

—Está repleto de fantasmas —me avisó—. Hay todo un ejército de espectros y genios.

Ahora veía que la advertencia no había sido ociosa. Figuras espectrales habían comenzado a introducirse y a rondar por la oscura estancia, y la indefinible sensación de inquietud que me había dominado poco antes recibió una completa y adecuada justificación. Yo sabía que, con la influencia de toda esa tensión, en el centro de aquel objeto inmóvil que era mi cuerpo, mi corazón latía a martillazos. El miedo a lo sobrenatural, que acecha en el fondo de todos los corazones humanos, volvió a herirme. El miedo, el espanto y el horror me mostraban, persistentemente y por turno, sus semblantes perversos. Involuntariamente apreté los puños con fuerza. Pero estaba resuelto a seguir adelante, y aunque las formas fantasmales que transitaban por el cuarto habían comenzado a despertarme un sentimiento de alarma, terminaron por incitarme a reunir todas mis reservas de valor y combatividad.

Aunque tenía los ojos cerrados, aquellas formas grises, vaporosas, deslizantes, entraban en mi visión, y siempre llevando con-

sigo un implacable antagonismo, una torva determinación de impedirme cumplir mi propósito.

Yo estaba rodeado de un círculo de seres hostiles. Podía haber puesto fin a todo aquello fácilmente, con sólo encender la luz de la linterna, o con saltar de mi asiento, salir corriendo de la cámara y recorrer un centenar de metros hasta la verja de entrada, donde el guardia armado me proporcionaría el alivio gregario de una presencia humana. Era una dura prueba que imponía una forma de tortura sutil; acosaba el alma y dejaba el cuerpo intacto. Pero algo en mi interior me intimidaba con igual inflexibilidad a que siguiera hasta el fin.

Llegó por fin el momento culminante. Rodeóme un tropel de monstruosos entes elementales, de malignos espantos del averno, de figuras de aspecto grotesco, insano, extraño y diabólico, que me provocaron una repulsión inconcebible. Viví unos instantes que no olvidaré jamás. Aquella escena increíble ha quedado vivamente fotografiada en mi memoria. Ese experimento no lo repetiré jamás; nunca volveré a alojarme de noche en la gran pirámide.

El final llegó de repente, con alarmante celeridad. Los malignos invasores espectrales desaparecieron en la oscuridad de la que habían emergido; volvieron al reino sombrío de los difuntos, llevando consigo su séquito de horrores perniciosos. Mis nervios destrozados experimentaron un enorme alivio, semejante al que siente un soldado cuando concluye bruscamente un furioso bombardeo.

No sé cuánto tiempo habría pasado, cuando de pronto advertí una nueva presencia en la sala, la de alguien que, amistoso y benévolo, se hallaba en la entrada de la cámara mirándome con ojos amables. Con su llegada la atmósfera del aposento cambió completamente; y cambió para mejorar. Un no sé qué de limpio y sano había entrado junto con él. Sobre mi excitada sensibilidad comenzó a actuar un nuevo elemento, sedante y lenitivo. El recién llegado se aproximó a mi asiento de piedra, y pude ver entonces que lo seguía otra figura. Ambos se detuvieron a mi lado y me contemplaron gravemente, con miradas cargadas de profético significado. Presentí que iba a vivir una hora memorable en mi existencia.

Aquellos dos seres que habían aparecido en mi visión formaban un cuadro inolvidable. Al punto vuelvo a ver con los ojos de la mente sus blancas vestiduras, sus pies calzados de sandalias, su

aspecto venerable, sus altas figuras. Por otra parte, llevaban las inconfundibles insignias de sus cargos: eran altos sacerdotes de un antiguo culto egipcio. Rodeábalos un halo luminoso, que de la manera más misteriosa alumbraba una parte de la habitación. Parecían, en verdad, más que hombres, por su brillante presencia de semidioses y la calma claustral de sus rostros.

Permanecieron inmóviles como estatuas, con las manos cruzadas sobre el pecho y contemplándome en silencio.

¿Estaría yo actuando en una cuarta dimensión, sumido conscientemente en alguna lejana época del pasado? ¿Habría regresado mi sentido del tiempo a la era primitiva de Egipto? No, imposible; porque pude percibir inmediatamente que aquellos espíritus me veían, y estaban a punto de dirigirme la palabra.

Sus altas figuras se inclinaron hacia adelante. Uno de ellos acercó su rostro al mío; sus ojos despedían llamaradas de fuego espiritual; me pareció que sus labios se movían; su voz resonó en mis oídos.

—¿Por qué viniste a este sitio —me preguntó—, a tratar de evocar las potencias secretas? ¿No te bastan las sendas de los mortales?

Yo no oí estas palabras con el oído físico; ninguna vibración perturbó, por cierto, el silencio del recinto. Me pareció oírlas, sin embargo, más o menos como podría haberlas oído un sordo, con el tímpano artificial de su aparato eléctrico, pero resonando en la parte *interior* del tímpano. La voz que me llegó podría, en realidad, describirla como una voz mental, ya que la oí dentro de la cabeza; pero daría la errónea impresión de que se trataba de un simple pensamiento. Nada más lejos de la realidad: no era un simple pensamiento: era *una voz*.

—¡No, no me bastan! —respondí.

—La agitación de las muchedumbres en las ciudades reconforta el corazón tembloroso del hombre —dijo él—. Vete; vuelve a reunirte con tus semejantes y pronto olvidarás el frívolo antojo que te trajo hasta aquí.

Pero yo volví a responder:

—¡No, no puede ser!

El espíritu hizo un nuevo esfuerzo.

—La senda del ensueño te alejará de los lindes de la razón. Algunos lo siguieron, y regresaron locos. Vuélvete ahora, que aun

estás a tiempo, y sigue el camino asignado a los pies de los mortales.

Pero yo sacudí la cabeza y murmuré:

—Debo seguir esta senda. Ahora ya no hay ninguna otra para mí.

El sacerdote dió entonces un paso adelante y volvió a inclinarse sobre mí. Vi su anciano rostro destacado en las tinieblas.

—Aquel que entra en contacto con nosotros —murmuró en mi oído—, pierde su vínculo con el mundo. ¿Puedes andar solo?

—No sé —respondí.

El sacerdote desapareció. Quedé solo con el otro espíritu, que hasta ese momento no había desempeñado más que el papel de un testigo silencioso.

Se aproximó hasta quedar frente al cofre de mármol. Su rostro era el rostro de un hombre muy viejo, viejísimo. No me aventuré a conjeturar su edad.

—Hijo mío —me explicó serenamente—, los poderosos amos de las potencias secretas te han tomado en sus manos. Esta noche serás conducido a la sala del saber. ¡Tiéndete sobre esa piedra! Antiguamente habrías tenido que hacerlo allí, sobre un lecho de cañas de papiro.

Señaló el sarcófago. No se me ocurrió hacer otra cosa que obedecer a mi visitante misterioso. Me acosté de espaldas sobre la losa.

Lo que sucedió inmediatamente después, todavía no lo veo muy claro. Fué como si inesperadamente me hubiesen dado una dosis de algún anestésico especial, de acción lenta, porque todos mis músculos se pusieron tensos, y en seguida comenzó a invadirme los miembros un letargo paralizante. Todo el cuerpo quedó rígido, entumecido. Comencé primeramente a sentir los pies fríos, cada vez más fríos: luego la frialdad fué subiendo, gradualmente, imperceptiblemente; llegó hasta las rodillas y prosiguió su avance. Era como si, al escalar una montaña, me hubiese hundido hasta la cintura en un montón de nieve. Mis miembros inferiores quedaron completamente baldados.

Pasé luego a un estado de semisomnolencia, y en mi mente se insinuó el misterioso presentimiento de que mi muerte estaba próxima. No me perturbó, sin embargo; hacía mucho tiempo que yo me había librado del viejo miedo a la muerte, y aceptaba filosóficamente su inevitabilidad.

Mientras la extraña sensación de frigidez seguía apoderándose

711
6

de mí, subiéndome por la temblorosa columna vertebral y domi-
nándome todo el cuerpo, yo sentí que mi conciencia se iba hun-
diendo hacia adentro, hacia un punto central de mi cerebro; mi
respiración, entretanto, se debilitaba cada vez más.

Cuando el frío me llegó al pecho y me paralizó completamente
el resto del cuerpo, sobrevino algo parecido a un ataque cardíaco;
pero pasó pronto, y comprendí que la crisis suprema no tardaría
mucho en llegar.

Si hubiese podido mover mis rígidas mandíbulas, habría cele-
brado con una carcajada el pensamiento que me asaltó en ese ins-
tante. Mañana, pensé, hallarán mi cadáver dentro de la gran pi-
rámide, y todo habrá terminado para mí.

Yo estaba seguro de que mis sensaciones se debían al tránsito
de mi espíritu de la vida física a las regiones de ultratumba.

Aunque yo sabía perfectamente que estaba pasando por las sen-
saciones del fallecimiento, ya no oponía ni la más mínima resis-
tencia.

Por último, mi conciencia reconcentrada quedó confinada en la
cabeza, y en mi cerebro hubo un furioso remolino final. Tuve la
sensación de que un tifón tropical me lanzaba hacia arriba por
un estrecho agujero; experimenté luego el temor momentáneo de
ser arrojado al espacio infinito; di un salto hacia lo desconocido,
y... ¡quedé libre!

Con ninguna otra palabra podría expresar el delicioso sentimien-
to que me saturó. Me había trastocado en un ser mental, en un
ente con pensamiento y sensaciones, pero sin el embarazoso obs-
táculo del pesado cuerpo carnal en el que había estado encerrado.
Había salido de mi envoltura terrenal suelto como un espectro,
como un muerto que sale de la tumba; pero sin entrar en ninguna
clase de inconsciencia. Por el contrario, mi sentido de la existen-
cia era mucho más vivo que antes. Y por encima de todo, aquel
éxodo, aquel traslado hacia otra dimensión más elevada, me ha-
bía liberado; yo me sentía en la cuarta dimensión en que había
penetrado; yo me sentía *libre*, dichosamente, lánguidamente libre.

Al principio me encontré tendido de espaldas, en la misma po-
sición horizontal que el cuerpo que acababa de desocupar, flotando
por encima de la losa de piedra. Tuve luego la sensación de que
una mano invisible, después de empujarme un poco hacia adelante,
me hacía girar longitudinalmente hasta dejarme en pie sobre mis

talones. Al final experimenté la curiosa sensación de estar al mismo tiempo de pie y flotando.

Miré el abandonado cuerpo de carne y huesos que yacía prostrado e inmóvil sobre la laja. El rostro inexpresivo estaba vuelto hacia arriba, con los ojos apenas entreabiertos; pero el brillo de las pupilas era suficiente para indicar que los párpados no estaban realmente cerrados. Los brazos estaban cruzados sobre el pecho, postura que yo no recordaba haber adoptado. ¿Alguien los había cruzado sin que yo me diera cuenta del movimiento? Las piernas y los pies, estirados y juntos, se tocaban. Aquél era mi cuerpo, aparentemente muerto, del cual yo me había retirado.

Advertí entonces que yo, el nuevo yo, despedía un hilo de suave luz plateada, que se proyectaba sobre el cataléptico ser de la laja. Me sorprendió descubrirlo, pero mayor fué mi sorpresa cuando noté que el misterioso cordón umbilical psíquico contribuía a iluminar el rincón donde yo me hallaba; sobre las paredes de piedra había una suave claridad semejante a la luz de la luna.

Yo no era más que un fantasma, un ente sin cuerpo alojado en el espacio. Comprendí, por fin, por qué los sabios egipcios de la antigüedad representaban en los jeroglíficos el alma humana con la figura simbólica de un pájaro. Yo había experimentado la sensación de que aumentaban mi estatura y mi volumen, de que me desplegaba, como si tuviese un par de alas. ¿Y no me había elevado en el aire, donde quedé flotando sobre mi cuerpo desechado, lo mismo que un pájaro que alza el vuelo y se queda planeando en círculo alrededor de un punto? ¿No tuve la impresión de que me había envuelto un gran vacío? Sí, el símbolo del pájaro era acertado.

Sí; yo me había elevado en el espacio, desprendiendo mi alma de su envoltura mortal, dividiéndome en dos partes gemelas, abandonando el mundo que conocí tanto tiempo. En el cuerpo duplicado que ahora habitaba, tenía la impresión de ser etéreo, de una liviandad extrema. Mirando la fría losa donde yacía mi cuerpo, surgió en mi mente una idea singular; fué una comprensión singular que me dominó y tomó forma en las siguientes palabras silenciosas:

“Este es el estado de la muerte. Ahora sé que soy un alma, que puedo existir separado de mi cuerpo. Siempre lo creeré, porque lo he comprobado.”

Esta noción se aferró a mí tenazmente, mientras yo permanecía suspendido en el aire por encima de mi desocupada residencia carnal. Yo había comprobado la supervivencia en una forma que me pareció más satisfactoria: ¡mediante la experiencia de morir y sobrevivir! Continué observando los yacentes restos que había abandonado. En cierto modo, me fascinaban. ¿Era aquello, ese cuerpo desechado, lo que yo había considerado durante tantos años que era yo? En ese momento veía con toda claridad que era solamente una masa de substancia carnosa, desprovista de inteligencia y de conciencia. Contemplando los ojos sin vista, insensibles, percibí en toda su fuerza la ironía de la situación. Mi cuerpo terrenal me había aprisionado, había retenido mi verdadero "yo"; pero ahora estaba libre. Yo había sido llevado de un lado para otro sobre la superficie del planeta por un organismo al que había confundido con mi verdadero ser central.

La fuerza de gravedad había desaparecido; yo flotaba literalmente en el aire, con la extraña sensación de estar medio suspendido y medio de pie.

De pronto apareció a mi lado el anciano sacerdote, grave e imperturbable. Alzó los ojos al cielo, mostrando su rostro noble, y con gesto reverente elevó esta oración:

—¡Oh, Amón! ¡Oh, Amón que estás en el cielo, vuelve tu rostro hacia el cuerpo muerto de tu hijo, y favorécelo en el mundo espiritual! —terminó.

Luego se volvió a mí y me dijo:

—Ahora aprendiste la gran lección. *El hombre, cuya alma nació de lo imperecedero, no puede morir.* Redacta esta verdad con las palabras que los hombres entienden. ¡Mira!

Saliendo del espacio, vi llegar primero el rostro semiolvidado de una mujer a cuyo sepelio asistí más de veinte años atrás; luego el semblante familiar de un hombre que había sido para mí más que un amigo y a quien vi por última vez, hacía doce años, reposando en su ataúd; y finalmente la dulce figura sonriente de una criatura conocida que había muerto de una caída accidental.

Los tres me miraron con expresión serena, y sus voces amigas volvieron a resonar una vez más junto a mí. Mantuve la más breve de las conversaciones con los llamados muertos, que no tardaron en desvanecerse y desaparecer.

—También ellos viven, como vives tú, como vive esta pirámide, que vió morir medio mundo y sigue viviendo —dijo el sumo sacerdote—. Has de saber, hijo mío, que en este antiguo santuario se encuentra la perdida historia de las primeras razas de la humanidad y de la alianza que hicieron con el creador por medio del primero de sus grandes profetas. Te diré también que antiguamente eran traídos a este lugar hombres escogidos para mostrarles la alianza mediante la cual podían tornar al seno de sus semejantes manteniendo vivo el gran secreto. Llévate contigo esta advertencia: cuando los hombres reniegan de su creador y miran con odio a sus semejantes, como los príncipes de Atlántida, en cuya época fué construída esta pirámide, son destruidos por el peso de su propia iniquidad, como fué destruído el pueblo de Atlántida.

”No fué el creador el que hundió a Atlántida, sino el egoísmo, la crueldad, la ceguera espiritual del pueblo que habitaba en esas islas condenadas. El creador ama a todos; pero la vida de los hombres está gobernada por leyes invisibles que él les impuso. Llévate, pues, esta advertencia contigo.”

Agitóse en mi interior un gran deseo de ver esa misteriosa alianza; el espíritu debió de leer mi pensamiento, porque se apresuró a decir:

—Todas las cosas a su debido tiempo. Todavía, no, hijo mío, todavía no.

Me sentí desilusionado.

El sacerdote me miró durante unos instantes.

—A ningún hombre de tu pueblo se le ha permitido hasta ahora que lo viera. Pero como tú eres un hombre versado en estas cosas, y has venido aquí trayendo comprensión y buena voluntad en tu corazón, es justo que recibas alguna satisfacción. ¡Ven conmigo!

Sucedió entonces algo extraño. Caí, al parecer, en una especie de semicoma, mi conciencia se borró momentáneamente, y cuando la recuperé advertí que había sido transportado a otro lugar. Estaba en un largo pasaje suavemente iluminado, aunque no se veían ni lámparas ni ventanas; supuse que la fuente luminosa debía de ser el halo que emanaba de mi compañero, combinado con la irradiación del cordón luminoso de éter vibrante que se extendía detrás de mí. Pero comprendí que esos focos no explicaban suficientemente la luz. Las paredes estaban construídas con piedras

refulgentes, de color terracota rosada, unidas con las juntas más delicadas. El piso, en cuesta descendente, tenía exactamente la misma inclinación que el pasaje de entrada a la pirámide. La mampostería estaba bien terminada. El pasaje era rectangular y bastante bajo, pero sin llegar a ser incómodo. No pude descubrir el origen de la misteriosa iluminación, aunque todo el interior relucía como si recibiera la luz de una lámpara.¹

El gran sacerdote me indicó que lo siguiera.

—No mires hacia atrás —me dijo—, ni vuelvas la cabeza.

Caminamos un breve trecho cuesta abajo, hasta que llegamos al final del pasaje, donde se abría la entrada de una gran cámara que tenía el aspecto de un templo. Yo sabía perfectamente que estaba dentro o debajo de la pirámide, pero nunca había visto ni aquel pasaje ni aquella cámara. Eran, evidentemente, secretos, y no habían podido ser descubiertos hasta entonces. No pude menos de sentirme enormemente excitado por aquel impresionante hallazgo; se apoderó de mí la tremenda curiosidad de averiguar dónde estaba la entrada. Finalmente se me hizo imperioso volver la cabeza y echar un rápido vistazo hacia atrás con la esperanza de ver la puerta secreta. Yo no había visto por dónde había entrado en aquel sitio, pero en el extremo opuesto del pasaje, donde debía haber una abertura, no vi más que bloques rectangulares aparentemente cementados entre sí. Estaba mirando una pared. Y entonces me arrebató velozmente una fuerza irresistible, toda la escena se borró y me encontré flotando de nuevo en el espacio. Oí las palabras: “Todavía no, todavía no”, como repetidas por un

¹ El doctor Abbate, bajá, vicepresidente del Instituto Egipcio, pasó una noche en el desierto, junto a las pirámides, en compañía de William Groff, miembro del mismo instituto. En el informe oficial que presentaron, decía el segundo de ellos: “A eso de las ocho de la noche, advertí una luz que rondaba lentamente la tercera pirámide, casi a la altura del ápice; era como una pequeña llama. La luz dió tres vueltas a la pirámide y desapareció. Vigilé atentamente esa pirámide durante una buena parte de la noche; a eso de las once volví a ver la misma luz, pero esta vez era de color azulado; subió lentamente, casi en línea recta; llegó hasta cierta altura, por encima de la cúspide del monumento, y desapareció.” Investigando entre los beduinos, Groff supo que esa misteriosa luz había sido observada anteriormente con cierta frecuencia, y que la tradición hablaba de su existencia desde hacía muchos siglos. Los árabes atribuían la luz a los espíritus guardianes de la pirámide, pero Groff trató de hallarle una explicación natural al fenómeno, sin conseguirlo.

eco, y pocos minutos más tarde divisé mi cuerpo inconsciente tendido sobre la piedra. La voz del gran sacerdote me llegó en un murmullo.

—Hijo mío —decía—; no tiene importancia que descubras o no la puerta. Dedícate a buscar en tu mente el pasaje secreto que te conducirá a la cámara escondida dentro de tu propia alma, y habrás encontrado algo realmente valioso. El misterio de la gran pirámide es el misterio de tu propia alma. Las cámaras secretas y los antiguos archivos de la historia están todos contenidos en tu propia naturaleza. Lo que enseña la pirámide es que el hombre debe volverse hacia su propio interior, debe aventurarse a penetrar en el centro desconocido de su ser para buscar su alma, como debe aventurarse a penetrar en las simas desconocidas de este templo a buscar su más profundo secreto. ¡Adiós!

Apoderóse de mi mente un torbellino en el que giré con rapidez; arrebatado por una fuerza que me atraía, me fuí deslizándose irremediabilmente hacia abajo, siempre hacia abajo. Presa de un pesado letargo, me pareció que volvía a fundirme dentro de mi cuerpo físico. Con un esfuerzo de voluntad, traté de mover los rígidos músculos, pero no pude y finalmente me desmayé...

Abrí los ojos sobresaltado; espesas tinieblas me rodeaban. Cuando pasó el entumecimiento, me apoderé de la linterna y encendí la luz. Estaba de nuevo en la cámara del rey; todavía me duraba la excitación, y era tanta y tan intensa que salté de la piedra gritando. El eco devolvió mi voz con acentos apagados; pero yo, en lugar de sentir el piso debajo de mis pies, me encontré cayendo en el espacio. Me pude salvar únicamente porque lancé ambas manos sobre la laja, y me quedé colgando de su borde. Comprendí entonces lo que había pasado. Al levantarme me había corrido involuntariamente hacia el otro extremo de la losa; mis piernas se columpiaban dentro del agujero excavado en el rincón noroeste del piso.

Me alcé hasta pisar de nuevo terreno firme, cogí la linterna y alumbré la esfera de mi reloj. El cristal se había quebrado en dos sitios al golpear mi mano contra la pared, cuando salí de un salto del agujero; pero la maquinaria seguía con su alegre tictac. Y entonces, cuando vi la hora que era, estuve a punto de lanzar una carcajada, pese a la solemnidad del lugar.

Porque era exactamente la melodramática hora de la media-

noche. ¡Ambas agujas señalaban el número doce, ni más ni menos!

Cuando, poco después de amanecer, el guardián armado quitó la llave a la verja de hierro, de la oscura entrada de la gran pirámide salió tambaleándose una figura, polvorienta, fatigada, ojerosa. Echó a andar por las grandes losas rectangulares de piedra y miró, parpadeando, el chato paisaje familiar que iluminaba el sol de la mañana. Lo primero que hizo fué respirar profundamente, varias veces. Luego alzó instintivamente el rostro hacia Ra, el sol, y le agradeció en silencio el bendito regalo de la luz que hacía a la humanidad.

CAPÍTULO V

UN MAGO EN EL CAIRO

La vida de El Cairo transcurre en dos mundos. Yendo hacia el este, a partir de la gran plaza central, la Ataba el Kadra, se entra en el antiguo mundo árabe; yendo hacia el oeste se vuelve al moderno mundo europeo. Vida extraña ésta, en la que, con la irresistible presión de los tiempos actuales, se encuentran cara a cara el oriente y el occidente, el medioevo y la edad moderna, la sucia policromía del este y la incolora pulcritud del oeste.

Fué allá, en El Cairo, donde encontramos en gran cantidad médiums y magos, adivinos y astrólogos, hechiceros y quirománticos, faquires y santos. Los había de todas las variedades, a pesar del desagrado y de las restricciones de un gobierno que, revelando su disgusto, había prohibido por ley la mayor parte de aquellas actividades y no vacilaba en aplicar la ley con bastante frecuencia. A pesar de mi simpatía hacia varios de los sujetos de que se trata, debo confesar que el gobierno tenía muchos motivos para imponer esas restricciones. Abundaban los curanderos, que estafaban a los crédulos; los charlatanes irresponsables, que eran escuchados con temeroso recogimiento; los clarividentes alucinados, que eran aceptados con el valor que ellos mismos se adjudicaban. Nunca se sabrá todo el daño que causaron los adivinadores del porvenir, cuyas profecías eran tomadas como guías para la acción; pero lo que se supo fué suficiente para hacer imperiosa la intervención de las autoridades. Había, sin embargo, varios individuos cuya personalidad me interesaba al margen de su profesión. Un hechicero que mató una gallina, delante de mis ojos, por medio de su magia y sus invocaciones; una negra sudanesa, médica-bruja, que

acertó al nombrar a la India como país de muy buena suerte para mí, y que hizo en seguida varias predicciones completamente exactas; un joven egipcio descendiente de sirios cristianos que creía firmemente que era una reencarnación del profeta Elías y hacía una vida de completo desdén al mundo, como cuadraba a su profética condición; una francesa del barrio europeo que, en estado de trance hipnótico, leía con toda facilidad frases impresas teniendo los ojos vendados; un viejo extravagante que vivía con sus adeptos en una gran casa contigua a una inmensa mezquita, y que estaba tan alejado de este mundo que se pasaba casi todo el tiempo hablando en voz alta con los espíritus; una mujer valiente y audaz que desafiando la prohibición del rey Ibn Saúd había tomado secretamente vistas cinematográficas de la santa Meca, pero que se dedicó luego a estudiar temas sacros con la dirección de maestros angelicales; un faquir, el famoso Tara bey, que como si no fuera nada se hacía clavar una daga en el cuello o en el pecho o asestar una puñalada justo debajo del corazón, y que salía de esas desagradables operaciones ileso y sin sangrar; y varios otros que me interesaron y que atrajeron mi atención. Me es imposible hablar de todos en el limitado espacio de que dispongo; pero al menos puedo dedicar a algunos de ellos la rápida mención de este párrafo.

Otro aspecto de la vida de El Cairo, el religioso, me atrajo también sobremanera, porque esa ciudad fué durante más de mil años el foco de la cultura musulmana. Tan poco conoce el occidental medio la gran religión del islam, tan deformadas son las nociones que tiene de ella, que me pareció conveniente dedicar todo un capítulo a describir el islam tal como yo lo conocí.

* * *

El hechicero que hizo aquella extraña proeza con la gallina deberá quedar anónimo en este relato, porque prometí a un alto funcionario del gobierno egipcio que no haría publicidad personal al individuo. No vamos a hablar aquí de las razones que fundamentaron el pedido, pero yo las acepté como buenas y, por consiguiente, el personaje quedará incógnito; tampoco publicaré las excelentes fotografías que tomé del brujo, de su casa y de su hazaña.

Lo descubrí una tarde calurosa, al cabo de rondar mucho y de hacer numerosas indagaciones. Después de caminar por una

calle principal pavimentada con viejas piedras, me interné en aquel antiguo barrio pintoresco, bullicioso, denso, de angostas callejuelas, que se encuentra entre la mezquita de El Azar y el tétrico cementerio de Bab el Wazir. Había llegado a la ciudad una recua de camellos. Los animales llevaban atadas unas pequeñas campanitas y la procesión pasaba produciendo un alegre tintineo. Seguí avanzando por las oscuras callejas, solo y a pie, tratando de encontrar la casa del mago.

Atravesé un complicado laberinto de callejuelas secundarias, tan angostas que se veía el cielo como una línea quebrada por entre los techos de las casas. Sin embargo, el sol dibujaba en las calles irregulares un pintoresco estudio de luces y sombras en fuerte contraste.

Encontré por fin la casa, después de tomar por una tortuosa callejuela cubierta con una gruesa capa de polvo blanco; el viento lo traía de las yermas colinas de Mokatán, situadas a poca distancia de allí, en los confines de la ciudad.

Era una casa grande, medieval, con un frente de piedras rectangulares alegremente coloreadas. La planta alta de la casa tenía varias ventanas, con pesadas persianas. Dos puertas dobles, gruesas, con tallas y molduras, se abrían hacia adentro y daban paso a un vestíbulo, pequeño pero de gran altura, en el que había un par de sillas y una mesita; pero ni rostro de personas. Atisé por otra puerta dentro de un cuarto contiguo; tampoco había nadie. Entré, por consiguiente, en un angosto corredor embaldosado con piedras, y pasé a un patio interior donde había amontonadas en desorden pilas de papeles y documentos; estaban tan cargadas de tierra que supuse que aquel patio debía de ser el depósito de los archivos más antiguos del mago. Desolado, vagué por allí durante unos cinco minutos, esperando que apareciera alguien; finalmente salí a la calle y volví a entrar con una vecina, que subió, sola, a la planta alta de la casa. Dos minutos después volvió a bajar acompañada de un joven de unos diecisiete años.

—¿Qué deseaba? —me preguntó este último, con voz suave y vacilante.

Cuando nombré al mago, el joven retrocedió sorprendido. Era evidente que no figuraban europeos en su clientela.

—¿A mi padre? —exclamó—. ¿Para qué quiere verlo, me puede decir?

Le expliqué mi propósito y le entregué una tarieta de pre-

sentación, escrita con lápiz. Cuando vió la firma, brilló en sus ojos una expresión de bienvenida.

—¡Pase! Tome asiento.

Me introdujo en el cuarto contiguo al vestíbulo, y me indicó con un ademán cordial un diván de sencillo género blanco.

Luego volvió a desaparecer en la planta alta de la casa, de la que regresó al rato. Escuché unos pasos lentos, arrastrados, y el muchacho entró en el cuarto seguido de un hombre corpulento, de unos sesenta años de edad, que al aparecer en la puerta saludó tocándose la frente.

Tenía la cabeza y los hombros envueltos en un chal blanco, del que se escapaba un rizo de cabello negro y lustroso; su rostro era de facciones anchas y de expresión amable; llevaba un abundante bigote y una barba escasa. Debía de tener ojos grandes, pero no levantaba la vista del suelo y se veía que comprimía conscientemente los párpados para que parecieran chicos. El hombre me instó a permanecer sentado y se acomodó a su vez en un amplio sillón.

* * *

Recorrí la habitación con la mirada; era alta y fresca, y contenía una extraña colección de objetos diversos. Las paredes estaban decoradas con paneles rectangulares en los que se veían inscripciones del *Corán*, pintadas con hermosos caracteres rojos sobre fondo amarillo. En un nicho de la pared descansaban dos nutrias pardas embalsamadas; los repechos de las ventanas rebosaban de documentos apilados que, a juzgar por la tierra que los sepultaba, no habían sido tocados desde hacía años; a mi lado, sobre una almohada, había un almanaque árabe impreso; y por todas partes se veían desparramados frascos vacíos de tinta.

Con unas cuantas palabras monosilábicas el mago me informó que se sentía muy honrado por mi visita y me rogó que tomara con él un ligero refrigerio antes de seguir adelante. Yo le agradecí, pero, conociendo las costumbres egipcias, le pedí que no se molestara en preparar café para mí, porque yo no acostumbraba beberlo. Sugirió entonces té persa, bebida deliciosa que acepté inmediatamente. Y mientras un solícito sirviente se trasladaba al mercado más próximo, traté de arrastrar al viejo hacia una conversación más comunicativa. Mis esfuerzos fracasaron; fuera de los monosílabos elementales dictados por la etiqueta egipcia, no quiso

decir nada sobre sí mismo. Invirtió, en cambio, los papeles y me sometió a un sutil interrogatorio. Yo respondí a sus preguntas abiertamente, con toda franqueza, de modo que cuando el criado sirvió los platitos con las típicas confituras egipcias, buñuelos de miel, bizcochos y bananas, y unos minúsculos vasitos de té persa, mi anfritrón ya estaba un poquito menos reservado. Y cuando averiguó que yo no quería investigar sus métodos para ridiculizarlos o para denunciar su probable charlatanería, se mostró verdaderamente complacido. Pero yo percibí que por debajo de su afable conducta conservaba una constante e inmovible cautela, como si no pudiera arriesgarse a permitirle la entrada en su vida a un extranjero curioso procedente de un país exótico.

Sin embargo, me sugirió que podría hacerme mi horóscopo si yo le daba mi nombre, el de mi padre y la fecha y el lugar de mi nacimiento. Yo traté de insinuarle que no había ido a verlo para eso, y que de todos modos la adivinación del porvenir producía a menudo tantas contradicciones entre los distintos adivinadores, que yo prefería seguir gozando de la dichosa ignorancia antes que tomarme la molestia de conciliar lo que parecía irremediablemente inconciliable. Pero el viejo no podía ser disuadido tan fácilmente; declaró que, aunque yo no lo quisiese, él tenía ahora bastante interés en mi persona como para empeñarse en querer calcular la configuración que presentaba el cielo cuando yo nací y redactar luego una interpretación que satisfaría su curiosidad y quizá también la mía. Cedió, finalmente, a sus instancias, y le di los datos que pedía.

Me pidió entonces que colocara la mano sobre una hoja de papel y trazó con un lápiz el contorno de la palma. Dentro del bosquejo así obtenido escribió unas palabras en árabe. Nunca supe con qué objeto lo había hecho.

Abordé a continuación el tema de la magia, pero el mago lo eludió con una respuesta evasiva. Me habían dicho que aquel hombre era probablemente el mago más grande de El Cairo, sea cual fuere el valor que se le quiera dar a la calificación.

Con mucha habilidad cambió el curso de la conversación y yo me vi obligado a emplear todo el tiempo en hablar de la vida europea.

—Vuelva dentro de cinco días —dijo finalmente, levantándose del sillón.

Volví con toda puntualidad. El dueño de casa me acogió con la

hospitalidad de costumbre, y cuando terminó el convite preliminar sacó unas hojas de papel de oficio cubiertas de escritura arábica en donde, me informó, se encontraba mi horóscopo redactado en verso. Me vi obligado a tomar lo que no había pedido, y a abonarlo con una suma que, después de varias negativas, fué aceptada.

Se produjo entonces un inesperado cambio en su actitud. El viejo me ofreció hacerme una exhibición de su magia.

—Deme su pañuelo —dijo, y cuando se lo hube dado me lo devolvió casi en seguida—. ¡Muy bien! Ahora rómpalo en dos.

Así lo hice. El mago tomó una de las dos mitades y escribió algo sobre ella, con una pluma mojada en un frasco de tinta que había sobre la mesa. Cuando terminó de escribir dobló el trozo de género y me lo devolvió, pidiéndome que lo pusiera en un cenicero de cobre que estaba a mi lado en el diván.

Aguardé el paso siguiente con cierto interés. El viejo tomó una hoja de papel y dibujó un gran triángulo; dentro del triángulo trazó unos signos misteriosos y varias letras arábigas. Me entregó el papel y me pidió que lo colocara sobre el medio pañuelo doblado. Obedecí. Hubo un intervalo de un par de minutos; el mago murmuró unas frases en una jergonza incomprensible, manteniendo los ojos fuertemente cerrados. De pronto los abrió.

Casi inmediatamente el pañuelo roto se inflamó dentro del cenicero. Para mi sorpresa, la llamarada saltó hacia arriba, bien alto, y luego se transformó en una espesa nube de humo que llenó completamente la sala. No se podía respirar; los ojos me ardían. Me levanté apresuradamente para salir del cuarto, pero el mago llegó antes que yo a la puerta; llamó al sirviente y le ordenó que abriera todas las ventanas para ventilar el ambiente.

Como no veía qué objeto podía tener toda aquella demostración, no me preocupé si se trataba de magia genuina o si era un número de buen ilusionismo practicado con productos químicos inflamables. Pero el viejo estaba evidentemente muy orgulloso de la proeza.

—¿Cómo hizo para pegarle fuego al pañuelo? —inquirí.

—Lo hice con la ayuda de mis genios —fué la explicación... , que no explicaba nada.

Lo dejé pasar. Aquélla era la explicación corriente en Egipto para todo lo que tenga algo de sobrenatural, por poco que sea.

—Vuelva dentro de tres días —me dijo el mago—, pero no se

olvide de traer un ave blanca. Percibo en usted algo que me agrada; por eso le voy a hacer un favor, completamente gratis. Traiga el ave blanca y haré con ella un acto de magia para poner un espíritu a su servicio. Recuerde, el ave no debe ser ni muy joven ni muy vieja, ni de ningún otro color.

Recordando a las brujas africanas que degüellan gallos blancos y derraman la sangre sobre la cabeza de los clientes, decliné el magnánimo ofrecimiento de mi anfitrión. El viejo insistió repetidamente, asegurándome en confidencia que con la operación de magia proyectada atraería la ayuda de un genio poderoso que trabajaría en mi beneficio. Pero yo seguí rehusando. Al final, sin embargo, me "arrinconó"; le dije que esas ceremonias me disgustaban y que prefería renunciar a sus presuntas ventajas. Inmediatamente me prometió que no habría derramamiento de sangre de ninguna clase, y con esta garantía, accedí.

* * *

Una vez más recorrí, levantando a mi paso pequeñas nubecillas de tierra, la estrecha calleja que llevaba a la antigua casa del viejo hechicero. Esta vez había partido de la feria de aves, situada a poca distancia de la plaza Ataba el Kadra, y llevaba bajo el brazo derecho una rolliza gallinita blanca. Sentía palpar en la mano el tibio pecho del ave y me preguntaba qué destino maligno le habría reservado el viejo.

Cuando llegué, el rostro del mago perdió su gravedad y se dilató en una ancha sonrisa. Expresó su satisfacción por mi obediencia. Me pidió que dejara la gallina en el centro de la alfombra y que pasara tres veces por encima de un incensario que había en un rincón. Lo hice; pasé tres veces sobre la nube de fragante humo y luego me senté en el diván a observar al hombre y al ave. El primero tomó una hoja de papel y dibujó un pequeño cuadrado, que luego subdividió en nueve cuadros menores. Dentro de cada uno de éstos puso un signo cabalístico o una letra árabe. Luego empezó a mascullar una especie de encantamiento místico, con la vista fija en la gallina; de tanto en tanto subrayaba sus murmullos estirando el brazo derecho y tendiendo el dedo índice en un ademán de mando. El pobre animal se asustó y huyó a un rincón del cuarto, refugiándose detrás de una silla. El mago me pidió entonces que la pusiera de nuevo en el centro de la sala. Yo no quería volver a tocarla, y así se lo dije. Su hijo, entonces,

que había entrado en la habitación, capturó a la gallina y la colocó en el sitio de donde se había fugado.

El ave comenzó a revolverse de nuevo, y ya había iniciado una nueva fuga hacia el rincón de la silla, cuando el mago le ordenó con voz firme que se volviera.

La gallina se detuvo inmediatamente.

Advertí entonces que todo el cuerpo del animal temblaba, de tal modo que las plumas se agitaban y sacudían.

El mago me pidió que pasara tres veces por encima del brasero, como había hecho antes. Cuando regresé al diván noté que la gallina ya no miraba al mago; había vuelto los ojos en mi dirección, y así los mantuvo hasta el fin.

Observé entonces algo extraordinario. La respiración del animalito se hizo pesada y trabajosa; respiraba boqueando penosamente; mantenía el pico siempre abierto, como si estuviera empuñada en una lucha constante por conseguir aire.

El mago puso el papel cabalístico en el suelo, junto al ave, y retrocedió lentamente hasta llegar a la puerta, que estaba abierta; allí se detuvo y comenzó a murmurar sus extraños encantamientos, mientras miraba fijamente a la gallina. Sus palabras incomprensibles, que canturreaba con enérgica voz de mando, fueron subiendo gradualmente de tono, a tiempo que la gallina iba declinando lentamente hasta quedar casi sin vida.

Finalmente el animal se debilitó hasta el punto de que las patas ya no pudieron sostenerlo y se doblaron, dejándolo caer sobre el piso; pero todavía le quedaban a la gallina fuerzas suficientes para mantener el cuerpo erguido. Dos minutos después también ese esfuerzo se le hizo imposible. Se inclinó hacia un costado y se desplomó. Y entonces el espíritu del ave se rebeló contra su destino: el animal hizo un tremendo esfuerzo para levantarse de nuevo, pero volvió a caer agotado. Pasaron otros dos minutos; la gallina hizo un movimiento convulsivo, sacudió espasmódicamente el cuerpo y agitó débilmente las alas. Después los movimientos fueron disminuyendo hasta cesar por completo. La carne se endureció, la cabeza se puso rígida; comprendí que el tibio animalito que había traído de la feria apenas media hora antes, era cadáver. Me levanté, mudo de asombro. Sentí que mi corazón desfallecía.

El viejo me pidió que pusiera mi pañuelo sobre la gallina muerta.

—La magia dió buen resultado —me dijo con acento impresionante—. En adelante el genio que destruyó la vida de esa gallina

como señal de que estaba dispuesto a servirlo, actuará en beneficio de usted. Cuando practico esta magia y el ave no muere, como ha sucedido otras veces, es porque el genio se niega a prestar su ayuda al interesado.

El misterioso dueño de casa había mantenido la mirada constantemente fija en el piso, detalle que observé en todo el transcurso de la ceremonia. Sus palabras siguientes dieron una explicación peculiar de ese hecho.

—Cuando pronuncio mis conjuros para evocar a los genios, y cuando expreso mis órdenes después de haberlos evocado, nunca los miro. Ésa es una de las reglas que deben ser cumplidas. Pero el sacrificio no concluyó aún. ¡Escuche! Debe usted envolver el ave y llevársela a su casa, donde la conservará envuelta hasta mañana. Cuando llegue la medianoche, arrojará el cuerpo al Nilo desde el puente de Kasr-el-Nil. En el momento de tirarlo, no se olvide de formular un deseo, y algún día el genio hará que su deseo se cumpla.

Mi pañuelo era muy chico para envolver enteramente el ave; miré en torno y encontré un ejemplar del *Al Arám* ("La Pirámide"), el popular periódico de El Cairo. Envolví con él el cuerpo semicubierto de la gallina. Cuando regresé a mi casa entregué el paquete a mi joven sirviente árabe, con instrucciones de que no lo abriera ni volviera a tocarlo hasta la noche siguiente. Pero la prohibición era innecesaria. Le informé, de pasada, que era un ave de sacrificio, muerta por un mago, y que no debía ser comida. El criado retrocedió, asustado; y después evitó todo lo posible acercarse al paquete.

Aquella noche cené en un restaurante con un par de amigos, uno norteamericano y el otro egipcio, y les conté la historia de la gallina y su mágico sacrificio. Ellos se manifestaron completamente seguros de que el ave no había sido muerta por medios mágicos, sino por cualquier otro medio. Yo por mi parte no abrí juicio, manteniéndome imparcial. Cuando les narré los detalles del acto, estallaron en carcajadas, y en todo el resto de la velada el tema de la gallina dominó en nuestra conversación. Debo confesar que las satíricas e ingeniosas ocurrencias de mis amigos, a costa del ausente mago, me arrancaron más de una sonrisa. De pronto, cuando estábamos en medio de la cena, se apagaron todas las luces del restaurante. Pese a los empeñosos esfuerzos del propietario, no pudo restablecerse la corriente eléctrica; finalmente envió a buscar

velas, y tuvimos que concluir de comer en una relativa penumbra.

Mi amigo el egipcio, escéptico convencido que se había educado en la Sorbona, perdió momentáneamente su brillante agudeza de ingenio y su frivolidad espiritual.

—¡Esto es cosa del mago! —dijo en son de queja, pero debajo de la humorada advertí una ligera aprensión.

Podría tratarse, por supuesto, de una interrupción accidental, ocasionada por algún cable fundido, pero se produjo en circunstancias que me recordaron otros dos episodios curiosos de características bastante parecidas. En el primero intervine personalmente; el segundo lo supe de labios de Robert Hitchens, el famoso novelista, que conoció a los principales personajes del hecho.

El primer caso ocurrió hace muchos años, cuando yo estaba investigando varios cultos que habían aparecido en Europa y América. Uno de ellos era encabezado por un hombre de dudosa reputación, un ex clérigo expulsado de la iglesia, pero que era muy preparado y tenía una poderosa personalidad. Mis investigaciones revelaron que el hombre poseía un gran poder hipnótico y que lo usaba con fines indignos, además de explotar a los crédulos para sacarles dinero. Fuera de poner sobre aviso a aquellas de sus víctimas a quienes yo conocía, me reservé mis descubrimientos, consecuente con mi convicción de que a todos los pillos les llega tarde o temprano su némesis. El hecho tuvo su culminación una noche cuando, accidentalmente al parecer, me encontré en la calle, a las veintidós, con la esposa de un hombre a quien yo conocía. La mujer se portaba de una manera tan extraña, que me detuve a conversar con ella, y con la estupefacción consiguiente me informé de que estaba *en route* para encontrarse con el cura degradado, con quien, añadió tranquilamente la mujer, iba a pasar la noche. La conduje hasta el farol más próximo, le alcé la cabeza y le examiné el blanco y las pupilas de los ojos. Lo que vi me indicó con suficiente claridad que estaba hipnotizada; me creí, por lo tanto, en el deber de deshipnotizarla inmediatamente y persuadirla de que regresara a su casa.

Al día siguiente visité a un amigo para consultarlo sobre el particular. Era un hindú, y precisamenté mi amigo el del segundo capítulo de mi libro *A Search in Secret India*.¹ Le comuniqué todos los detalles que había descubierto sobre las actividades del ex

¹ *La India Secreta*, Hachette, Buenos Aires, 1954.

EL EGIPTO SECRETO

clérigo y los estragos que causaba entre la gente de carácter débil; añadí que, en mi opinión, no se podía permitir que ese hombre peligroso prosiguiera sus expoliaciones. El hindú estuvo de acuerdo conmigo; más aún, se indignó profundamente y me propuso enviarle al individuo una fuerte maldición. Yo sabía que el hindú era versado en los métodos yoguis y en las artes de los faquires orientales, y que una maldición proferida por sus labios no sería una cosa cualquiera. Juzgando que sería una acción un poco excesiva, le dije que podía hacer lo que le pareciera, pero que yo había pensado en otro medio más indulgente, y era el de ordenar al individuo que desapareciera y no volviera jamás. El indio me dijo que le parecía una buena medida, pero que él por su parte emitiría la maldición; y así lo hizo.

Concluido su acto ritual, lo dejé inmediatamente para ir a mi vez a cumplir mi plan, y partí en busca de su víctima. Encontré al seudo profeta con un grupo numeroso de sus discípulos, en un pequeño salón donde reinaba en aquellos momentos una confusión indescriptible.

El salón había quedado sumido en completa oscuridad.

Todo el mundo corría, tropezando unos con otros, y tratando de llegar hasta la puerta; los caídos gemían y gruñían desde el suelo. Por encima del estrépito y del desorden oyóse la voz estridente del maestro, una voz cargada de miedo y desesperación.

—¡El diablo está aquí! —gritaba—. ¡Esto es cosa del diablo! Encendí un fósforo y lo vi caído sobre la tribuna, al parecer presa de un ataque de nervios.

Finalmente trajeron unas velas, y sus discípulos lo llevaron a un hotel próximo, donde trataron de revivirlo con su bebida favorita, el whisky. Entre tanto los otros me enteraron de lo que había pasado.

Estaban todos sentados tranquilamente escuchando la conferencia del jefe, cuando de pronto estallaron como bombas las lámparas eléctricas, lanzando trozos de vidrio en todas direcciones. El salón quedó inmediatamente a oscuras, y en medio de la penumbra y el caos resultante oyeron al maestro desplomarse pesadamente sobre el piso de la tribuna, profiriendo gritos de miedo.

Lo seguí al hotel, escribí un breve mensaje y lo puse en un sobre, que cerré. Entregué la carta al principal de sus desilusionados partidarios y le pedí que se la diera al maestro en cuanto éste estuviera en condiciones de leer.

El sobre contenía un ultimátum. El hombre debía abandonar la ciudad en el término de veinticuatro horas y no volver jamás, so pena de poner al departamento de policía sobre su pista.

Se fué. Doce meses después supe que había muerto en una oscura aldea campesina.

Veamos ahora el detalle curioso de esta historia:

¡El salón de conferencias había quedado sumido en la oscuridad en el preciso instante en que el acto de emitir la maldición de mi amigo el hindú llegaba al punto culminante de su ritual!

· Mi segunda anécdota se refiere al desventurado lord Carnavon, el que financió las excavaciones que condujeron a la apertura de la tumba de Tutankamón. Todo el mundo conoce la historia de ese asombroso descubrimiento, y recuerda que el infortunado par inglés contrajo rápidamente una septicemia poco después de la apertura. Saben también algunos que los antiguos egipcios dejaron una maldición para los violadores de la tumba. La celeridad con que se desarrollaba el mal motivó que lord Carnavon fuera enviado a El Cairo para recibir la mejor atención que pudiera ofrecerle la ciudad.

El paciente fué alojado en el Continental Savoy, uno de los hoteles más grandes de El Cairo. Una noche, no mucho tiempo después de su llegada, un corto circuito en el hotel y se apagaron todas las luces. La casa quedó a oscuras durante casi una hora. Cuando volvieron a encenderse las luces, la enfermera de Carnavon lo encontró muerto en su cama.

Pero volvamos a la gallina.

Al día siguiente, a medianoche, un hombre exploraba furtivamente el puente de Kasr-el-Nil, esperando una oportunidad favorable para deshacerse de un ave sacrificada. La tarea no era tan fácil como parecía. Porque el puente está en el mismo corazón del barrio europeo de El Cairo: a un lado hay un gran cuartel militar inglés, y al otro lado está la espaciosa y bien custodiada jefatura central del alto comisionado británico. El hecho de arrojar a las oscuras aguas del río, desde esa altura y a esa hora, un paquete de aspecto misterioso, haría sospechar a cualquier observador racional una sola cosa: que un asesino trataba de librarse de una parte de su víctima, un trozo del tronco o de los miembros. Llegó, sin embargo, el momento esperado; el paquete fué lanzado por encima del puente. Cuando se hundió en las aguas con un suave

gorgoteo, el visitante nocturno suspiró aliviado y se alejó apresuradamente.

Mi sirviente árabe ensalzó a Alá por mi feliz regreso. Estaba tan contento como un gatito que caza su primer ratón.

* * *

En posteriores visitas traté de conseguir que mi mago me explicara más detalladamente sus hazañas, para saber si no eran, al fin de cuentas, simples pruebas de ilusionismo. Pero el viejo hablaba muy poco sobre el tema y caía en largos lapsos de silencio, como si estuviera enfrascado en algún otro mundo; tal vez el mundo de sus genios. Me di cuenta de que no sería menuda tarea la de lograr que soltara su cautelosa lengua. El hijo me había informado, después de varias preguntas, que el padre nunca le comunicaba sus secretos a nadie y que él mismo, el hijo, le había pedido que le enseñara la profesión; pero el padre se había negado, diciendo que era una profesión difícil y peligrosa. Como ejemplo típico de algo que ocurría a menudo, el padre le había contado a su hijo el caso de un mago que había evocado un genio y después no pudo ahuyentarlo, con el resultado de que el genio se volvió contra el mago y le infirió graves heridas. El muchacho fue enviado a estudiar la relativamente inofensiva carrera de las leyes.

No se me escapa la razón de que el viejo no revelara sus secretos, auténticos o falsos; es precisamente ese misterio lo que le daba poder y reputación. Resolví no insistir más. Era muy natural que no quisiera difundir lo que constituía la base de su fama y su fortuna.

Pero si no puedo vencer su reticencia, pensé, tomando asiento una vez más en su polvorienta sala, quizá pueda convencerlo de que me explique las teorías generales que fundamentan sus secretos; quizá pueda averiguar en la fuente informativa de este reputado experto, qué significa todo eso de los genios de que tanto se habla en Egipto. Y mientras hablaba con él, oía, a través de la cerrada ventana, el tamborileo rítmico, constante, de un tantán. En una casa de la vecindad, un jeque, médico brujo de segunda clase, trataba de expulsar del cuerpo de un enfermo, por medio de tambores y hechicerías, el presunto genio que se había posesionado de él y que era el causante de su mal.

—Ustedes no creen en nuestra antigua magia —intercaló mi

anfitrión en mis reflexiones—, simplemente porque emplea fuerzas que no comprenden; las fuerzas de los genios.

Guardé silencio. A mí no me era muy difícil comprender su actitud oriental; de lo contrario no me habría interesado tanto el oriente.

Los genios estaban en todas partes. Si un hombre estaba enfermo, o lo perseguía la mala suerte o la desgracia, era porque su cuerpo o su vida habían sido invadidos por un genio maligno; si era afortunado o poderoso, se debía a la intervención de un genio bueno.

—¿Qué son esos genios? —pregunté finalmente.

Aquel día el viejo estaba más comunicativo.

—Esos seres invisibles existen —me explicó—, aunque los hombres de nuestra época han perdido casi completamente la facultad de verlos. Lo mismo que existen animales en el mundo de la materia, existen en el otro mundo criaturas espirituales que no son humanas, que nunca fueron espíritus de seres humanos mortales, sino que nacen directamente en el mundo espiritual. De esa clase son los genios. Pero no los confunda con las almas de los animales; son de otro carácter completamente distinto. Algunos de ellos son casi tan inteligentes como los hombres sagaces, otros tienen la santidad del bien, y muchos otros, en cambio, son verdaderos “hijos del demonio”. En realidad, los habitantes del mundo espiritual pueden ser divididos en tres clases principales: los genios, los humanos y los ángeles. Los ángeles son en su mayoría buenos y nunca vivieron en la tierra. Los genios son buenos o malos, y probablemente nunca vivieron en la tierra. Los humanos son, naturalmente, los hombres y mujeres que han vivido en la tierra y abandonaron los cuerpos después de muertos.

”Le diré, también, que del mismo modo que los animales se aprovechan para servir al hombre en la tierra, del mismo modo que el perro, el caballo y el camello son criados para someterlos a la voluntad del hombre, también hay ciertas clases de genios que pueden ponerse al servicio del hombre, ya sea en el mundo visible o en el invisible. Es claro que sólo a los genios de ciertos órdenes se les puede imponer la sumisión a un amo humano. La magia antigua consistía, en su mayor parte —como la de los pocos magos verdaderos que existen actualmente—, en saber de que modo se puede obtener el servicio de esos genios. En pocas palabras, una forma de espiritualismo.”

—¿Qué métodos se usan para lograr ese dominio?

—Primero hay que aprender cómo se llaman, antes de poder darles órdenes. Después hay que escribir en un papel un encantamiento que contenga el nombre del genio, un pasaje del *Corán* y una combinación de números dispuestos dentro de un diagrama, que generalmente es un cuadrado doble, pero que puede ser también, a veces, un triángulo. En tercer lugar, hay que recurrir a la ayuda de inciensos y perfumes quemados, que varían en su composición según sea el genio que se quiere evocar. Cuarto, hay que pronunciar ciertas invocaciones o "palabras de poder". Y por último, hay que poseer el poder que se adquiere con la iniciación por medio del maestro de cada cual.

Hizo una pausa de un minuto, y luego continuó.

—Pero para alcanzar esa maestría hay que pasar por un aprendizaje difícil y peligroso. La magia siempre ha sido, y debe seguir siéndolo, el arte de una minoría. Yo puedo decir cuál es nuestro credo, como lo estoy haciendo ahora, pero en cuanto a los secretos prácticos de verdadero valor, me comprometí con mi maestro a no revelarlos jamás, salvo a un alumno aceptado, y después de muchos años de entrenamiento. Haríamos un gran daño a la humanidad si descubriéramos nuestros secretos a todo el mundo, porque entonces los perversos podrían emplearlos para atacar a los demás en provecho propio, y nosotros, por nuestra parte, perderíamos la posición de poder de que siempre hemos gozado. Y le diré que hasta ahora no he querido aceptar ni un solo alumno. Tendré que hacerlo finalmente, porque por las leyes que gobiernan nuestra fraternidad estoy obligado a iniciar a alguno antes de morir, para que este saber se siga conservando en el seno del género humano. Pero como conozco la fecha exacta de mi muerte, cumpliré mi obligación a su debido tiempo.

El viejo hizo otra pausa. Yo estaba muy satisfecho de haber logrado arrancarlo tan maravillosamente de su reticencia. Pero no sabía si podría hacerlo hablar mucho más. Le di otro motivo, esta vez con la forma de una pregunta sobre su propia iniciación.

—Le voy a contar una parte de mi historia —respondió—. Yo nací hace sesenta años en la ciudad de Suag, en la provincia de Girga. Mi padre era un famoso mago y astrólogo profesional. Su arte siempre me atrajo mucho; más aún, me fascinaba. Mi padre advirtió mi inclinación y me dijo que me iniciaría y me educaría para que siguiera su misma profesión. Poseía una cantidad de an-

tiguos manuscritos árabes y libros raros sobre las artes de la magia, que me dió para que los leyera y estudiara. No bien me inicié, a la edad de dieciocho años, vine a El Cairo e ingresé en la Universidad de El Azar. Me dediqué a los estudios literarios y religiosos, pero sin revelar ninguno de mis secretos. Había traído conmigo varios de los manuscritos de mi padre y continué estudiándolos en mi casa. Una de las cosas que aprendí es que hay diferentes clases de naturalezas humanas, y adquirí tanta práctica que supe determinar a simple vista el carácter y los deseos de cada hombre.

"Salí de la Universidad a los veintiocho años y viví solo, practicando siempre hasta que llegué a sentirme suficientemente fuerte como para poder dominar completamente a mis genios. Adopté entonces la profesión y me hice conocer. El que no conquista esa fuerza, es preferible que abandone la carrera. Mis hijos me rogaron que les permitiera estudiar mi ciencia, pero yo los encaminé hacia otras disciplinas, porque vi que les faltaba el valor necesario para llegar a ser buenos magos.

"También practico la astrología. Muchos personajes egipcios de alta jerarquía han recurrido a mí y vienen a menudo a verme para que les adivine el porvenir. Me han pedido consejo príncipes, ministros, bajás u opulentos comerciantes. Me consultó un ministro de la corte de Abisinia, y el año pasado me visitó la hija del emperador de Abisinia. Una vez el sultán de Marruecos me envió un mensajero especial con ciertas cartas.

"Cierta vez entraron en mi casa, por la noche, cuatro ladrones, y trataron de matarme y robarme: los ahuyenté con un simple bastón. Al día siguiente, usando mi magia, descubrí cómo se llamaban. Hecho esto, reuní las pruebas suficientes para hacerlos arrestar; fueron sentenciados a cinco años de prisión.

"Hace poco me llamaron de una casa embrujada, donde seres invisibles tiraban y esparcían por la noche las sillas, las alfombras y las ollas de la cocina. Encendí un incensario y murmuré mi invocación a los espíritus. Al cabo de quince minutos aparecieron varios genios. Eran ellos los causantes de aquel trastorno; les ordené que se retiraran y dejaran tranquila la casa. Después de eso los espíritus desaparecieron y el embrujo terminó."

* * *

El viejo golpeó las manos y apareció un sirviente trayendo un plato con jalea blanca, pasteles y vasitos de té persa.

—¿Se pueden hacer esos genios visibles para una persona corriente? —pregunté, cuando nos hubimos sentado a la mesa.

—Sí, se puede, después de muchas preparaciones y grandes esfuerzos. Al final de las preparaciones hay que encender incienso y cantar lentamente las invocaciones; aparece entonces el genio en el humo, estando la sala a oscuras, y habla en voz alta. Ese aspecto de la magia ya no lo toco más, porque me estoy poniendo demasiado viejo para el tremendo esfuerzo que requiere.

Medité una vez más sobre aquel extraño personaje que pretendía estar en contacto con esas quiméricas creaciones. El hombre era, por cierto, bastante aterrador. Y, sin embargo, también sabía ser humano. Porque cuando su nietita, una niñita de seis años graciosamente vestida, entró corriendo inesperadamente en la sala, el mago se inclinó y la besó con cariño y hasta condescendió a jugar con ella durante unos instantes.

Reanudé mi indagación.

—Esos peligros a que usted se refirió antes, ¿existen realmente?

—Sí. Los que adquieren ascendiente sobre los genios corren muchos riesgos. Los genios no son simples títeres; son seres que tienen inteligencia y voluntad propias: siempre es posible, por lo tanto, que se rebelen contra el hombre que los esclaviza. Aunque obedecen en todo a sus amos y los sirven voluntariamente, si el mago pierde su autodomínio y se vuelve pusilánime, o si abusa de su poder y lo pone al servicio de malas causas, o si le falla el valor en el momento culminante, hay siempre la posibilidad de que alguno de sus genios lo rechace y repela, ocasionando trastornos imprevistos, accidentes y hasta la misma muerte. Con la ayuda de esos espíritus se pueden realizar las cosas más maravillosas, pero si han sido imperfectamente dominados por el mago y se rebelan, son capaces de atacarlo sin piedad.

—¿Usted cree que los antiguos egipcios conocían esos genios?

—Por supuesto, ese conocimiento era la parte principal del poder que tenían los sacerdotes. Los genios eran usados para custodiar las tumbas y los tesoros más importantes; los invocaban en las ceremonias de los templos; y también eran empleados con los fines más perversos.

Le narré el episodio de la noche que había pasado en la cámara del rey de la gran pirámide, y mi visión de los dos espíritus sacerdotales y del pasaje secreto.

—Dentro de la pirámide y en conexión con la esfinge hay un

orden particular de genios —comentó mi anfitrión—. Fueron capturados por antiguos altos sacerdotes egipcios y aprisionados en esos sitios para custodiar ciertos secretos. Defienden los lugares secretos de la intrusión lanzando un hechizo sobre sus probables descubridores. Sí, yo también creo que en la gran pirámide hay pasajes y cámaras secretos y archivos históricos ocultos. Fuí una vez con ánimo de investigar, pero como los guardianes no permiten bajar a los corredores subterráneos, tuve que retirarme decepcionado. Los genios que cuidan los secretos de la pirámide y de la esfinge pueden ser conquistados, pero para eso es esencial conocer sus formas particulares, la manera de invocarlos, sus nombres y sus signos escritos. Desgraciadamente, esa información se extinguió con los antiguos egipcios.

Planteé luego la cuestión de los presuntos poderes de los magos. El viejo convino en que eran limitados.

—Desde luego, no pretendemos que podemos hacer cualquier cosa. Podemos hacer ciertas cosas y nada más. Alá es el único que sabe y domina todo. Nosotros lo único que podemos hacer es practicar lo mejor posible nuestro arte; pero la última palabra la tiene Alá.

Salí de la casa y eché a andar por la calle polvorienta, iluminada por la clara luz perlada del cielo egipcio. Llevaba en el bolsillo una enorme ágata de color castaño rojizo, pulida y en forma de huevo, que el mago me había dado como recuerdo y que, según me dijo, había pertenecido a un faraón. Mientras acariciaba con los dedos la suave superficie de la piedra, pensaba en el hombre que acababa de dejar y en los invisibles servidores que, según él, estaban a sus órdenes para cumplir sus deseos. Era evidente para mí que aquél era un terreno peligroso, situado en los mismos confines de la brujería, la hechicería y la magia negra.

¿Serían aquellos genios nada más que antiguas invenciones sin fundamento? No; no era difícil aceptar la teoría de que las regiones ocultas de la naturaleza estaban habitadas por otros seres distintos del hombre; se podía llegar a esta conclusión mediante un simple razonamiento analógico. También era muy posible que dentro de la jerarquía de esos seres unos fueran tenebrosamente malignos y otros pacíficamente benefactores. Ahora, que pudieran hacer todo lo que el mago pretendía, ya era otra cosa. La prolongada acción del sol egipcio pudo haber afectado el cerebro del viejo; no podría decirlo.

En la India, un yogui devolvió misteriosamente la vida a un pájaro muerto, delante de mis ojos; aunque la restauración fué solamente momentánea. Aquí, en Egipto, presencié otro experimento igualmente sorprendente, pero a la inversa.

No tomé nota de lo que me dijo el mago, porque hay hombres que se cohiben ante las anotaciones, y yo sabía por mi experiencia psicológica que mi entrevistado era uno de ellos. Registré sus palabras en mi memoria y las transferí al papel estando solo. ¡Y qué extrañas me parecieron cuando las redactaba! Quise investigar la magia nativa en sus diversas formas. Éste fué el primer resultado curioso que obtuve.

CAPÍTULO VI

LOS MILAGROS DEL HIPNOTISMO

A veces solemos encontrar las cosas donde menos las esperamos. Durante mi estada en el barrio europeo de El Cairo encontré allí mismo otra extraña manifestación de esas fuerzas que llamamos sobrenaturales, pero que algún día la ciencia explicará tan ampliamente que dejaremos de considerarlas como tales.

Descubrí una joven y notable pareja domiciliada en una calle que conducía directamente a los cuarteles de la guarnición británica. El Cairo es una colmena tan cosmopolita que en una misma casa de departamentos viven frecuentemente inquilinos de media docena de nacionalidades diferentes. En ese barrio predominan los franceses, y hacía muchos años que la pareja estaba en Egipto. El marido era monsieur Edouard Ades, a la esposa la llamaban madame Marguerite. El marido estaba dotado de cierto poder hipnótico, siendo la mujer la sujeto, excepcionalmente apta, de sus experimentos. Después de unos cuantos años de práctica y aprendizaje adquirieron cierto grado de competencia en el poder que tenían de demostrar las extraordinarias posibilidades vírgenes ocultas en el cuerpo y la mente de la humanidad. Yo los sometí a diversas pruebas, y aunque la mayor parte de los experimentos que hicimos careció de todo carácter sensacional y podía interesar únicamente a los investigadores científicos, hubo, sin embargo, dos o tres proezas capaces de turbar a cualquier materialista obstinado que no haya explorado nunca ese terreno.

La primera de esas proezas, que voy a describir, fué fiscalizada, y hasta la esposa, ligeramente escéptica, de un prominente funcionario británico, a quien invité a presenciar el experimento, se vió

obligada a reconocer que parecía ser una demostración perfectamente legítima y que ninguna teoría de ilusionismo podría explicarla.

Nos reunimos los cuatro en el estudio, sencillamente amueblado, de monsieur Ades; era éste un hombre hermoso, de unos treinta años de edad, de espesa cabellera negra, ondulada, frente alta e inteligente; ojos de mirada firme y penetrante, y nariz recta de perfil griego; hablaba con la animación característica de su raza. De elocuencia desusada, era capaz de mantener una conversación torrencial durante horas, dejando salir de la boca montones de palabras apresuradas que se atropellaban entre sí. Toda su persona daba una impresión de fuerza y de vigor.

Madame Marguerite, por su parte, reunía todo lo que se le puede pedir a un buen sujeto hipnótico. Era amable, sensitiva, tranquila, reservada y meditabunda. De baja estatura, ligeramente rolliza, tenía unos ojos notablemente grandes, suaves y soñadores. Caminaba con movimientos lentos, letárgicos.

Tomó asiento en una silla, y el marido, junto a ella, comenzó la demostración. Aplicó el pulgar derecho en el entrecejo de su esposa y lo mentuvo allí, apretado, durante un par de minutos, mientras le observaba detenidamente el rostro. Eso fué todo lo que hizo; ni pases con las manos ni ninguno de los otros recursos que habitualmente integran la técnica de los hipnotizadores.

—Al principio, cuando hipnotizaba a madame Marguerite, y hace de eso muchos años —explicó, hablando rápidamente en francés—, usaba un método complicado y tenía que aguardar un tiempo considerable a que pasara al primer grado del estado de trance. Pero hemos trabajado juntos tantas veces, que ahora puedo prescindir de todas las demás preparaciones e hipnotizarla casi instantáneamente, aunque ningún otro hipnotizador podría lograr con ella el mismo resultado. ¡Miren! Ya está hipnotizada.

La mujer se había puesto rígida; tenía los ojos cerrados y parecía haber perdido contacto con todo lo que la rodeaba. Pedí permiso para examinarla y, levantándole los párpados, vi en los ojos los signos habituales de la insensibilidad: los globos oculares habían girado hacia arriba y estaban fijos en esa posición preternatural. Era la prueba científica de que había entrado en el primer grado del trance hipnótico.

Comenzamos con actos sencillos, modestos. Ades ordenó a su esposa que mirara a través del cuarto a la pared opuesta.

—¡Qué escena terrible! —sugirió—. Mira ese pobre hombre, qué dolores sufre. ¡Qué pena que sucedan estas cosas, qué pena!

Madame Marguerite miró donde le indicaban, y en su rostro comenzó a pintarse un gesto de aflicción. Al rato comenzó a llorar. Unos minutos después las lágrimas le corrían copiosamente por las mejillas.

De pronto el hipnotizador le ordenó que viera una alegre procesión en el otro extremo de la habitación, y que lo celebrara con risas. En contados segundos desapareció la congoja de la mujer y sonrió, e instantes después rió abiertamente, con una risa cordial y espontánea.

En esa forma fué sucesivamente una criatura de tres años, un soldado y un hombre con una rodilla dislocada; siempre respondiendo perfectamente a las sugerencias orales del hipnotizador y al parecer identificándose completamente con cada nuevo personaje.

Luego, y obedeciendo a la indicación de Ades, tapé los ojos de la mujer aplicándole firmemente sobre las cejas, párpados y mejillas unas tiras engomadas que había llevado conmigo. De tal forma a la mujer le sería materialmente imposible abrir los ojos. Pero, para hacer más perfectas las condiciones del experimento, le até sobre los ojos y la cabeza una gruesa venda de terciopelo rojo: la garantía era ahora doble.

Ades me pidió que le murmurara al oído, a él, algunas indicaciones para que las cumpliera la mujer.

—Levante la mano derecha —le susurré.

El hipnotizador volvió a su lado, colocó su mano derecha a pocos centímetros de la mano de ella, y luego la levantó en el aire. En seguida ordenó a la mujer que imitara su ademán.

Aunque madame Marguerite tenía los ojos tan completamente obstruídos que le era imposible ver nada, alzó inmediatamente el brazo derecho.

El operador se aproximó a la señora que yo había invitado y le pidió que le indicara otro movimiento.

—Cruce los dedos de ambas manos —murmuró ella.

El hombre se volvió hacia la mujer vendada con los dedos cruzados, y ella lo imitó inmediatamente y sin vacilar.

* * *

Llegamos ahora al experimento más interesante. Ades puso a la sujeto en el segundo grado del trance hipnótico, tocándole la frente y transmitiéndole la sugestión verbal. En ese estado entran en impresionante actividad las fuerzas latentes del inconsciente.

El operador ordenó a la mujer que se sentara junto al escritorio. Ella obedeció inmediatamente. Con aquel pesado vendaje rojo que le cubría la cara, tenía un aspecto extraño.

Ades nos pidió que eligiéramos al azar un pasaje de cualquier libro. Elegimos una obra científica francesa, la abrimos al acaso en la página cincuenta y tres, marcamos un párrafo y pusimos el libro en el escritorio junto a la sujeto.

Madame Marguerite tomó un lápiz mientras Ades ponía en el escritorio una hoja de papel.

—Busca en el libro el párrafo elegido —ordenó el operador con voz firme—. Lo leerás sin dificultad; luego escribirás lo leído en el papel que tienes delante. ¡Comienza!

*Bouteliers le Hazard scientifique
 est ici beaucoup malheur des cotes
 des étonnantes trop jolis
 que des l'acte de cause qui
 tendent à concierre of l'après leur
 institution sur un nombre limité*

15	15	7	7
89	89	90	90
0	90	1312	1312
13	1303	1322	1409
103	<hr style="width: 100%;"/>	<hr style="width: 100%;"/>	<hr style="width: 100%;"/>
	13207		
	13207		

LA ESCRITURA DE MADAME MARGUERITE, MIENTRAS SE HALLA CON LOS OJOS VENDADOS.

La mujer hipnotizada mantuvo el lápiz en el aire un instante, mientras miraba a través del vendaje las páginas impresas del libro; luego comenzó a escribir lenta y deliberadamente. Después de escribir tres o cuatro palabras, se volvió al libro e inclinó la cabeza como si tuviera los ojos abiertos y pudiera leer claramente. Pero nosotros sabíamos que con las precauciones tomadas le era imposible ver nada.

La mujer continuó leyendo y escribiendo alternativamente, proceso que nosotros seguimos con una excitación a duras penas contenida. Ades, que permaneció silencioso durante el transcurso de la operación, nos aseguró que la mujer copiaba exactamente todas las palabras del párrafo.

Yo le pedí que ordenara a la sujeto subrayar ciertas palabras: la segunda de la segunda línea y la tercera de la tercera línea. La orden fué dada y vimos a la hipnotizada subrayar lentamente dos palabras.

Finalmente terminó de copiar el pasaje y nosotros nos acercamos ansiosos al escritorio a inspeccionar lo que había escrito, comparándolo palabra por palabra con el original impreso. Decía así el párrafo del libro:

Toutefois le danger scientifique est ici beaucoup moins du côté des statisticiens trop zélés que du côté de ceux qui tendent à conclure d'après leur intuition sur un nombre limité..."¹

Compárese con la reproducción de la hoja escrita por Marguerite, y se verá que había copiado el párrafo con sorprendente exactitud y que había subrayado correctamente las dos palabras indicadas. Un solo error cometió: puso "statistiques"² en lugar de "statisticiens". Equivocación curiosa pero comprensible.

Marguerite no terminó de copiar el párrafo porque consideramos que ya había escrito lo suficiente para demostrar su rara facultad.

Otro experimento interesante fué el de hacerle escribir el mismo pasaje con la mano izquierda. La mujer no es ambidextra, pero en estado hipnótico cumplió el encargo con toda facilidad.

A continuación monsieur Ades le dictó unas cantidades, que nosotros le habíamos indicado previamente, para que las sumara. En el grabado de la página 105 podrá verse que se equivocó en

¹ Sin embargo, el peligro científico es aquí mucho menor de parte de los estadísticos demasiado celosos que de los que tienden a sacar conclusiones por intuición sobre un número limitado... (N. del T.)

² Estadísticas. (N. del T.)

la última cantidad de la primera suma, es decir en el número 13.013; tuvo que empezar de nuevo. A pesar de que seguía con los ojos vendados, hizo dos sumas exactas, colocando correctamente en columna los números correspondientes.

El siguiente experimento permitió apreciar todas las inmensas posibilidades latentes que poseemos en nuestro ser. La señora a quien yo había invitado a presenciar la sesión le tomó una mano a la sujeto y concentró intensamente sus pensamientos en la imagen mental de su esposo. Poco después Marguerite describió el carácter, las habilidades, el temperamento y hasta el aspecto físico del ausente. Lo más extraordinario de todo fué su declaración de que el hombre era un funcionario del gobierno.

—¡Exacto! —exclamó la señora, sorprendida ante aquella notable lectura de sus pensamientos.

Sin embargo, en otra ocasión la señora de Ades quiso aventurarse a explorar mi porvenir, estando en el mismo grado de trance hipnótico; el resultado fué completamente desastroso. Yo me rebelé interiormente contra la falsedad de algunas de sus predicciones, y pocos meses después quedó demostrado categóricamente su error. En cambio, cuando trató de descifrar mi carácter, mis objetivos, mis aspiraciones y ambiciones, lo consiguió con bastante exactitud. Es evidente, por lo tanto, que la adivinación del porvenir, aquí como en otras partes, es una práctica dudosa, aunque se puede anticipar la orientación general de los acontecimientos, derivados, como consecuencia necesaria, del carácter de cada cual.

Para el experimento final la sujeto fué llevada a la tercera etapa de hipnotización, estado más profundo que hace ciertas partes del cuerpo insensibles al dolor, y que permite al hipnotizador incluso fiscalizar los órganos que funcionan involuntariamente.

Ades frotó la palma izquierda de su mujer con un trozo de algodón, y tomó una aguja que nos hizo previamente examinar. Luego clavó la aguja en la parte carnosa de la mano hasta que salió por el otro lado algo más de un centímetro. Marguerite no sintió aparentemente ningún dolor; por el contrario, cuando Ades le sugirió que frente a ella había un cómico contando chistes, comenzó a sacudirse de risa. Pocos minutos después el operador extrajo la aguja. No se vió una sola gota de sangre, ni en la piel ni en la misma aguja. Únicamente un punto negro indicaba en la palma de la mano el sitio donde la había atravesado la aguja.

Interrogué a monsieur Ades sobre el hipnotismo.

Ades era un hombre culto, con título universitario, y en un tiempo había ocupado una cátedra de psicología en un colegio. Por esta razón le gustaba que lo llamaran profesor Edouard; vanidad natural e inofensiva. Yo le daba generalmente ese título.

Cuando le pedí que me diera una explicación de sus demostraciones, fijó sobre mí su penetrante mirada y exclamó:

—¡Monsier, voy a ser completamente franco con usted! Nosotros, en realidad, no sabemos nada de las fuerzas misteriosas que producen el fenómeno del hipnotismo. Conocemos, sin embargo, la técnica que lo provoca y sabemos en qué condiciones puede dar buen o mal resultado.

”Nosotros hemos descubierto que en todas las personas reside cierta clase de fuerza que podemos llamar influencia magnética, y que en ciertas personas, como yo, por ejemplo, esa influencia adquiere un desarrollo tan vigoroso que puede ser usada para afectar a los demás de la extraordinaria manera que usted ha visto. Pero para que pueda actuar, se requieren sujetos naturalmente receptivos, individuos que rinden su voluntad con la menor resistencia. Cuando yo descubrí que poseía ese poder, me dediqué a robustecerlo, hasta llegar al extremo que usted ha podido apreciar esta tarde. Pero hemos tenido que experimentar continuamente, mi esposa y yo, para poder ejecutar esos actos. Al principio me llevaba mucho tiempo sumirla en estado hipnótico; los esfuerzos continuados y la experiencia me han permitido finalmente reducir aquel tiempo a unos pocos minutos.

“¿Qué sucede cuando se encuentra en esa condición? Se convierte en una especie de sonámbula, y no despierta, no sale del semitrance, ni aunque se dispare a su lado un pistoletazo. Los doctores Preyes y Berger, que realizaron estudios especiales del sonambulismo, descubrieron que los sonámbulos pueden ver perfectamente bien con los ojos cerrados. Esta misteriosa capacidad prueba que la conciencia puede ser dividida, y que realmente existe lo que los psicólogos llaman el inconsciente. A juzgar por nuestras demostraciones, el inconsciente es clarividente y no está sujeto a las limitaciones de la materia. Puede hacer con el cuerpo lo que una persona considera imposible en estado consciente. Esto demuestra que nuestras ideas sobre las limitaciones son falsas, y que todos somos capaces de hacer mucho más de lo que creemos. El

hipnotismo libera al sujeto de las trabas que le imponen esos conceptos.”

—¿Cómo explica usted que su señora pueda leer un libro con los ojos vendados?

—Yo me concreto a decir que no debemos poner límites al poder del inconsciente, y que la clarividencia parece ser una de sus facultades naturales. En otras palabras, el inconsciente es capaz de ver, oír y sentir, y esa capacidad no depende, para funcionar, de los órganos físicos, como los ojos y los oídos.¹ El estado hipnótico aparta la atención del sujeto de los órganos físicos, y en realidad de todo el cuerpo, y la concentra íntegramente en el inconsciente, cuyas misteriosas facultades entran a actuar. Pero eso es casi todo lo que puedo decirle al respecto. Yo sólo puedo proporcionar las condiciones necesarias, y luego observar la actividad de esas facultades.

—He visto que usted no hace pases con las manos. ¿Los considera innecesarios?

—Creo que a otros hipnotizadores podrán serles muy necesarios —respondió energicamente el hombre—, pero yo puedo prescindir de ellos. Yo me baso únicamente en mi fuerza de voluntad y en las sugerencias orales que transmito al sujeto. Mi experiencia me dice que el verdadero secreto del hipnotismo está en esos dos métodos, especialmente en la sugestión, inducida serena y autoritariamente, y que los pases magnéticos los necesitan únicamente

¹ Los yoguis de la India me dieron una explicación muy parecida del fenómeno. Sostienen ellos que el hombre posee un “cuerpo del alma”, invisible, con siete centros nerviosos, situados en una región próxima al sistema cerebrospinal y al cerebro superior, y que esos centros invisibles son los verdaderos agentes fiscalizadores de nuestros sentidos físicos. El primer centro, que gobierna el olfato, lo sitúan en la región sacra; el segundo, que dirige el sentido del gusto, se halla en el bazo; el tercero se encuentra al nivel del ombligo y corresponde a la vista; y así sucesivamente. De acuerdo con su teoría, los objetos externos que impresionan los sentidos son en realidad percibidos por el “cuerpo del alma”, agente interno cuya cooperación es esencial para el buen funcionamiento de todos los sentidos físicos del hombre. Estos últimos no son más que instrumentos, y sin aquella cooperación no pueden cumplir sus funciones. En otras palabras, la vista, el oído, etc., son fundamentalmente facultades mentales, y sólo complementariamente facultades físicas. Pretenden los yoguis que mediante la fiscalización *consciente* de la atención, con una profunda concentración, pueden llegar a hacer voluntariamente, sin hipnotizar, todos los actos que realizan los sujetos hipnotizados.

aquellos que no se sienten con suficiente experiencia como para prescindir de ellos.

El Cairo alberga todos los años, y durante cierto tiempo, a un hombre de quien puede decirse que es el faquir más famoso del Egipto moderno: el ilustre Tara bey. Sus proezas han provocado muchas controversias apasionadas; muchos críticos se han empeñado en perforar su reputación como él se perfora el cuerpo con flechas y cuchillos; pese a todo lo cual muchas personas distinguidas encontraron sus hechos convincentes, o cuando menos interesantes. Los reyes Fuad, de Egipto; Carol, de Rumania, y Víctor Manuel, de Italia, entre otros, lo honraron con sus invitaciones, y el signor Benito Mussolini lo recibió varias veces en el palacio Chigi. Por otra parte, lejos de eludir las investigaciones, Tara bey siempre les salió al encuentro. A mí, que he visto realizar varias de sus proezas a más de cinco faquires desconocidos en distintas partes de la India y de África, no me resulta difícil aceptarlas como posibles; y como, además, conozco al hombre, sé también que posee realmente los poderes de que blasona. Lo único que no puedo suscribir es la actividad a que se entrega cuando, como lo hace desgraciadamente ahora, condesciende a satisfacer el capricho popular que reclama fantasías y adivinación del porvenir. Sin embargo, quizá la culpa no sea de él.

—El mundo me obligó a comercializar mis poderes —me confesó tristemente un día, mientras tomábamos el té—; tengo que ser artista, en lugar de ser el hombre de ciencia que yo quise ser.

No obstante, yo lo admiro mucho, porque es el primer faquir oriental dotado de poderes extraordinarios que se ha negado a revestirlos con un ropaje de verbosidad embaucadora o de incongruencias religiosas. Él quiere que la verdad sobre los milagros de los faquires aparezca desprovista de todos los disparates con que ha sido adornada tradicionalmente. Tara bey encara sus realizaciones y los principios que las fundamentan con una actitud moderna, renovadora y sana; una actitud que es única en esa clase de seres humanos llamados faquires, de mentalidad medieval, reaccionarios, irracionales y amantes de lo misterioso. En pocas palabras, trata de reemplazar la superstición por la ciencia.

Antes de poder entender adecuadamente sus proezas, es preciso entender al hombre, y para eso nada mejor que conocer su vida.

Yo la relataré aquí tal como él me la contó. Pero antes voy a presentarlo.

No esperemos encontrar la figura descarnada, extenuada, de un asceta. Imaginémonos, en cambio, un hombre de aspecto distinguido, cabello negro, cutis aceitinado, rostro serio y apacible, que lleva barba y se cubre a veces con un albornoz árabe y otras veces con un sencillo sombrero europeo, blando, de fieltro. Es de estatura ligeramente inferior a la mediana. Usa indistintamente ropas árabes o trajes europeos de buen corte, y se siente igualmente cómodo con las dos cosas. Sus bellos ojos, de mirada penetrante, ofrecen un interés excepcional, por sus iris claros que se destacan notablemente y confieren misterio y profundidad a las negras pupilas. Sus modales son siempre amables y suaves; tiene la cortesía y la urbanidad habituales en los egipcios de las clases altas. Habla en voz tan baja y con tanta humildad que nadie creería estar en presencia de un hombre que posee y domina varias de las fuerzas más misteriosas de la naturaleza. Se comporta con serena tranquilidad y tiene ese aire de autodomínio que se observa siempre en los faquires adelantados. Fuma muchos cigarrillos en el día.

—Nací en 1897, en Tanta, la activa población del delta del Nilo que contiene la tumba del famoso faquir del siglo XIII, el jeque Ayid Amad el Badawi, tumba que es visitada por peregrinos llegados de todos los rincones del oriente. Mi madre falleció al darme a luz; mi padre era de la secta de los coptos, los cristianos de Egipto. Mi padre conocía perfectamente las doctrinas de los faquires, y tenía muchos amigos faquires; yo me eduqué, por lo tanto, en un ambiente favorable a mis futuras actividades. A edad muy temprana fui iniciado en los ejercicios y las prácticas tradicionales de los faquires, siendo mi propio padre uno de mis maestros. Niño aún, las perturbaciones internas de mi patria nos obligaron a cambiar de residencia; mi padre, yo y un maestro nos fuimos a Turquía, y nos instalamos en Constantinopla. Allí recibí una buena educación moderna; cursé la carrera de medicina y obtuve el título de doctor. Esa educación fue para mí muy valiosa, psicológicamente, porque me permitió someter mis experiencias psíquicas al análisis científico. Abrí una clínica en Grecia, que dirigí durante poco tiempo; fue allí donde emprendí la realización de la hazaña que, para mí, es la más prodigiosa de todas las que pueden cumplir los faquires: la resurrección. Me hice enterrar

por un lapso no menor de veintocho días; permití que me descendieran al mismo abismo de la muerte, del que regresé al vencimiento de aquel plazo vivo e ileso. El metropolitano y otros dignatarios cristianos me hacían oposición y trataron de impedir mi proeza, porque creían ver en ella, y en las doctrinas que confirmaba, una amenaza a su religión. Sin embargo las autoridades gubernamentales me defendieron y respondieron que, siendo médico, yo tenía derecho a ser enterrado si así lo quería. No fué ésa la única ocasión en que mi preparación científica y mi título de doctor en medicina contribuyeron a allanarme el camino.

"Visité Bulgaria, Servia e Italia. En este último país permití que los hombres de ciencia más notables investigaran mis hazañas. Me pusieron en un ataúd de plomo, cubriéndome completamente con arena; clavaron la tapa y me descendieron al fondo de una piscina de natación. Media hora más tarde intervino la policía e interrumpió la demostración. Pero hasta ese momento, por supuesto, había tenido buen éxito. Fuí luego a Francia, y allí no sólo me permitieron repetir el mismo experimento sino también prolongarlo. Permanecí encerrado en el féretro, bajo el agua, durante veinticuatro horas, con el cuerpo en estado de catalepsia. La policía y otras personas hicieron guardia continuamente para evitar toda superchería. Aquí tengo dos fotografías que fueron tomadas durante la demostración. En la primera puede verse mi cuerpo, en estado de trance, cuando es extraído del agua, veinticuatro horas después. Yo tuve la satisfacción de proponer y sobrellevar esa prueba debido a que muchos críticos pretendían desenmascarar las experiencias de los faquires indios que eran enterrados vivos, esas experiencias que usted describe en su libro sobre la India. Decían los críticos que los faquires hacían instalar de antemano tubos secretos subterráneos, de ventilación, y que de ese modo podían respirar. Esto lo hacen, sin duda alguna, los seudofaquires, que son simples prestidigitadores o ilusionistas; pero es completamente innecesario para los que han aprendido los auténticos secretos de nuestro arte y saben poner el cuerpo en trance a voluntad. Es por esta razón que preparé una prueba bajo el agua, que por su transparencia permite observar todos los detalles. Los médicos que presenciaron la proeza demostraron mucho interés, y con justificada razón trataron de comprobar su autenticidad por todos

los medios. Pero como se basaba en leyes naturales yo no tenía nada que temer.

"Aunque me gustan las comodidades de la vida europea, tengo también cariño a mi patria, y por eso he adoptado como norma dividir mi vida entre Egipto y Europa. Aprecio a los europeos y muchos de ellos me estiman y me reciben cordialmente. La reina de España me telegrafió una vez invitándome a que fuera a su país, y me envió una escolta oficial para acompañarme. Mis hazañas no me envanecen. El pasado se proyecta ahora ante mis ojos como un film maravilloso. Un verdadero faquir está por encima de la vanidad y la codicia; vive una existencia interna, despojada de aspiraciones mundanas excesivas. Usted conoce a los faquires del oriente, y creo que estará de acuerdo conmigo en que mi caso es probablemente único, porque a los demás faquires, cuando son auténticos, no les interesa visitar Europa y son demasiado orgullosos para someterse a investigaciones críticas; creen, en realidad, que es inútil exhibirles a ustedes sus hazañas, porque los europeos las atribuyen a charlatanería, o a prestidigitación, o a cualquier cosa, menos a las verdaderas causas. Y lo que es mucho más importante, los otros faquires no poseen mis conocimientos de lenguas europeas (yo hablo el italiano y el francés), y no recuerdo uno solo que haya seguido estudios universitarios de medicina y otras ciencias y que haya aceptado la educación moderna en su verdadero valor. Como usted habrá observado, por lo general desprecian la educación moderna y la consideran un estorbo. Yo, por supuesto, no estoy de acuerdo con ellos."

* * *

Reuní un pequeño grupo de médicos y otros profesionales a quienes había interesado en aquellos temas heterodoxos, y tuvimos el honor de presenciar toda una serie de demostraciones pasmosas, aunque horripilantes, que Tara bey realizó con sorprendente facilidad y rapidez.

El faquir se había quitado la ropa europea y se había puesto una larga túnica blanca. En la cabeza llevaba un albornoz árabe, atado con un cordón doble, azul y oro. Sobre el pecho, colgada del cuello en una cadena, se veía una estrella de oro cincelado, de cinco puntas; era el emblema de la orden en que había sido iniciado. Una faja dorada le rodeaba la cintura. El hombre se situó, con los brazos cruzados sobre el pecho, en medio de los

distintos objetos y materiales que usaría en sus demostraciones y que aparecían distribuidos en el piso del cuarto. Había una mesa cargada de puñales, pinchos, cuchillos, agujas, broquetas y trozos de vidrio; otra mesa con una tabla llena de clavos largos y puntiagudos; una piedra, grande y pesada, una balanza y un gran martillo; una gallina blanca y un conejo gris, ambos con las patas atadas y depositados dentro de un canasto; dos hojas de guadaña, pulidas y relucientes; un par de caballetes, un ataúd largo, un cajón, más largo aún y más grande; una pila de arena roja y un par de palas; varias toallas, algodón y otros artículos diversos. Un incensario llenaba la sala de un suave perfume. Dos jóvenes empleados del faquir aguardaban para actuar como ayudantes. Tara bey se adelantó, pero continuó en completo silencio. A la suave luz de las lámparas eléctricas presentaba un aspecto muy distinguido.

Todos los objetos fueron cuidadosamente examinados, para asegurarnos de su autenticidad y eliminar toda sospecha de superchería, al menos en lo que a aquellos materiales se refería.

El faquir se tocó con los dedos la parte posterior del cuello, y se oprimió luego firmemente la cabeza, un poco más arriba de la nuca; con la otra mano se oprimió las sienes. Luego aspiró bruscamente aire con la boca, al tiempo que sacudía la nuez. Un minuto más tarde cerró los ojos, lanzando un grito repentino, peculiar; estaba en trance, estado que culminó bruscamente en catalepsia. Quedó tan rígido que habría caído al suelo como un cuerpo muerto si no lo hubiesen recogido en sus brazos los ayudantes.

El faquir estaba tieso como un tronco.

Los ayudantes procedieron a desnudarlo hasta la cintura, para realizar el primer experimento.

Uno de ellos fijó en los caballetes las dos hojas de guadaña, con el filo hacia arriba. Tara bey fué luego colocado en las hojas, de tal modo que una hoja le sostenía los hombros y la otra los tobillos. Estando en esa posición, uno de los médicos le tomó el pulso, comprobando sorprendido la cantidad anormalmente alta de 130 pulsaciones.

A continuación fué pesada la piedra, un trozo cúbico de granito macizo; pesaba noventa kilos. Los ayudantes la pusieron en el vientre desnudo de Tara; uno de ellos tomó el martillo de herrero y asestó golpe tras golpe en la piedra. El cuerpo del faquir

siguió tan tenso y rígido como si fuera de hierro, sin ceder un solo centímetro a la tremenda combinación del peso y los golpes. Finalmente el trozo de roca se partió en dos mitades que cayeron estruendosamente al suelo. Los ayudantes levantaron el cuerpo de Tara, lo pusieron en pie y lo sostuvieron. El faquir, aparentemente, no se había enterado de lo sucedido ni había sufrido ningún dolor. Los médicos lo examinaron con interés y vieron que el filo de las hojas no le había dejado ni la menor señal en la piel. La piedra, sin embargo, le había marcado una extensa mancha roja en todo el abdomen.

Por el efecto que le había hecho la violenta prueba, bien pudo haber estado acostado en un lecho de rosas. Lo cual me recordó a ciertos yoguis de órdenes inferiores que había conocido en Benarés, que se sentaban y dormían en clavos puntiagudos; y de los cuales me había apartado con repugnancia en vez de haberme sentido edificado.

El faquir fué luego colocado sobre la tabla tachonada con largos clavos afilados cuyas puntas sobresalían hacia arriba; uno de los ayudante saltó al cuerpo y se quedó con un pie en el pecho y el otro en el abdomen. Cuando fué retirado el faquir, los médicos lo examinaron la espalda desnuda sin encontrar la menor huella de pinchazos. Tenía en ese momento 132 pulsaciones.

Los ayudantes lo pusieron en pie.

Comenzaron a temblarle los párpados; luego abrió lentamente los ojos. Ya despierto, revolvió durante un par de minutos los globos oculares. Parecía como si saliese de un sueño que lo hubiese llevado muy lejos. Por espacio de media hora mantuvo los ojos misteriosamente fijos. Poco a poco fué volviendo a la vida. Hizo un esfuerzo violento para aspirar, abriendo tanto la boca que pudimos verle la lengua doblada hacia atrás, entrando en la garganta. Después de aspirar, se introdujo un dedo en la boca y se bajó la lengua hasta ponerla en su posición normal.

Ya había salido completamente del estado cataleptico en el que tan rápidamente se sumiera a sí mismo.

Descansó unos minutos, y se sometió a nuevas pruebas, para que pudiéramos comprobar que tenía realmente la carne insensible al dolor.

Pidió a los médicos que le atravesaran las mejillas con un par de pinchos; inmediatamente uno de ellos le clavó un pincho en cada carrillo, de tal modo que las puntas le salieron por la boca.

Los médicos saben que en el cuerpo humano hay ciertos sitios que, por estar entre dos músculos o entre dos nervios, pueden ser atravesados sin perjuicio. Por consiguiente, tuvieron buen cuidado de elegir en la cara del faquir puntos realmente peligrosos. Luego le insertaron gruesas broquetas en las mejillas. Tara estaba bien despierto y sabía perfectamente lo que le hacían, pero no parecía sentir el menor dolor.

Otra prueba más impresionante aún fué la que realizó a continuación otro médico, a quien el faquir le permitió que le hundiera en la garganta, delante de la laringe, una larga daga, cuya punta reapareció después de haber atravesado unos dos centímetros de carne. Varios de los médicos presentes, que eran naturalmente escépticos, y con razón, se ocuparon en observar atentamente las pupilas del faquir, para ver si se contraían o se dilataban. De tal forma se podría verificar la presencia de drogas en el organismo, que el experimentador hubiese ingerido secretamente antes de iniciar las demostraciones para hacerse insensible al dolor. Pero los ojos tenían un aspecto completamente normal. Cuando le retiraron de la cara todas aquellas armas, no apareció ni una sola gota de sangre en la piel. Este hecho les pareció tan asombroso a los médicos, que varios de ellos insistieron en cortarle la cara al faquir con trozos de vidrio y clavarle agujas en el cuello; también aquellas operaciones fueron incruentas. Le hincaron entonces flechas y pinchos en los hombros y el pecho, con el mismo resultado.

Para demostrar otra de las misteriosas facultades que poseía, Tara bey se hizo hundir un cuchillo grande y afilado en el pecho; la herida, retirado el cuchillo, no sangró. Uno de los médicos expresó su deseo de ver salir sangre, para comprobar que el faquir había sido realmente herido. Éste inmediatamente hizo brotar el líquido rojo, hasta que le inundó todo el pecho; era un espectáculo horrible. Satisfecho el doctor, el egipcio detuvo la sangre con sólo el poder de su voluntad, proeza que dejó estupefactos a los presentes. Diez minutos más tarde la herida estaba perfectamente curada.

Uno de los asistentes trajo una antorcha encendida y la pasó por la pierna izquierda del faquir, hasta la mitad del muslo. Oímos crujir ligeramente la piel y la carne, pero la cara del experimentador se mantuvo serena, inmóvil, completamente impassible.

Otro médico, que no se había convencido aún, y seguía creyen-

do que Tara bey había tomado secretamente alguna poderosa droga, auscultó el corazón del egipcio mientras le aplicaban la llamante antorcha. No comprobó ninguna modificación en los latidos. Si el faquir estuviese sufriendo algún dolor y lo disimulase, o aun si lo dominase mediante una voluntad extraordinariamente poderosa, los latidos del corazón habrían aumentado notablemente, el rostro habría palidecido, y otras señales habrían denunciado el secreto padecimiento. Además, si hubiese ingerido una droga como la cafeína, la respiración no habría sido normal como lo era por cierto en aquel momento.

Entre otros experimentos que se realizaron posteriormente, figuraban el de atravesar con largas flechas la carne del pecho, por encima del corazón, y el de clavárselas en los brazos de parte a parte.

* * *

Exhibió luego un dominio de los animales que a veces presentan también los yoguis indios. A pedido de Tara bey, yo había llevado un conejo y una gallina, y los había puesto en una canasta, en una de sus mesas de trabajo. El faquir volvió hacia ellos su atención.

Tomó el conejo y le puso las patas posteriores en el cuello. El animal resistió dos o tres veces, pero el faquir le oprimió un centro nervioso en la nuca y le hizo uno o dos pases sobre la cabeza con la mano. Después de eso el conejo quedó tendido de espaldas, inmóvil como un muerto, en la posición en que el faquir lo había puesto. Tenía los ojos abiertos y pudimos ver que, pese a la rigidez del cuerpo, los globos oculares se movían de tanto en tanto de un lado para el otro, revelando que estaba bien despierto, aunque impotente. Para comprobarlo, uno de nosotros se aproximó al conejo y le tocó un ojo con un dedo; el animal cerró inmediatamente el ojo y volvió a abrirlo en seguida, demostrando que tenía conocimiento de lo que ocurría, pero que no podía ejercer su voluntad.

Tara bey le dió un ligero golpecito en la nuca, y el animalito lanzó un grito, pegó un salto nuevo sobre sus cuatro patas y echó a correr gozoso alrededor de la mesa. Estaba completamente ileso; su penosa experiencia no le había producido ningún daño.

El faquir repitió luego el mismo experimento con la gallina, que respondió tan obedientemente como el conejo. Tara bey podía

ponerla y dejarla en cualquier posición que quisiese, y por todo el tiempo que quisiese.

En aquel momento nos informó que su cuerpo ya no era insensible al dolor, porque la insensibilidad se mantiene hasta unos veinte o veinticinco minutos después de la primera caída en trance. En otras palabras, había vuelto a la normalidad completa.

—Si ahora me clavan un cuchillo, repentinamente y sin previo aviso, con toda seguridad que gritaría de dolor —confesó.

Por último llegamos a la proeza más notable de la velada, que no era otra que la de ser enterrado vivo. Esta extraordinaria hazaña fué realizada con una fiscalización que no admitía la menor duda sobre su autenticidad.

Tara bey nos dijo que fijaría de antemano la hora exacta, el minuto, en que saldría del trance en que se iba a sumir. Nos pidió, por consiguiente, que no lo tuviéramos enterrado más que una hora y media, porque predeterminaría que su despertar se produjera cinco minutos después de aquel plazo.

El ataúd fué colocado en el centro de la sala, pero antes examinamos cuidadosamente el piso, que, como suelen serlo los pisos egipcios, estaba embaldosado con mosaicos; debajo del piso no había más que un cielo raso, el del departamento inferior; porque estábamos en una de esas modernas casas de departamentos que están surgiendo en todo el barrio europeo de El Cairo. La posibilidad de que hubiese trampas en el piso fué prontamente desechada, pero para suprimir toda duda extendimos una alfombra común sobre el piso; el féretro fué colocado en la alfombra.

Tara bey empleó su procedimiento habitual para ponerse en estado de aut catalepsia. Se oprimió con los dedos las arterias de la nuca y los centros nerviosos de las sienas. Enrolló la lengua hacia atrás y aspiró aire bruscamente. En el término de unos pocos minutos quedó cataléptico. Detúvose la respiración, se interrumpió la circulación sanguínea y todo el cuerpo quedó baldado. Cayó hacia atrás, en los brazos de sus ayudantes, y mientras éstos lo sostenían, los médicos lo examinaban para comprobar que no había ni latidos del corazón ni respiración.

Luego los ayudantes le rellenaron con algodón las orejas, la boca y las fosas nasales, y depositaron el cuerpo, rígido como una estatua, en el ataúd. Difícil sería decir qué diferencia había entre Tara bey y un muerto cualquiera. En aquel "cadáver viviente", de rostro ceniciento, no había, por cierto, la menor señal de vida.

Los ayudantes echaron mano a las palas y llenaron rápidamente el féretro con la suave arena roja, hasta cubrir completamente el cuerpo. Luego le pusieron la tapa y la clavarón.

En seguida trajeron el otro cajón de madera y lo pusieron en la alfombra, junto al féretro; alzaron el féretro, lo colocaron dentro del cajón y rellenaron el cajón con arena, hasta el borde.

Nos quedamos aguardando una hora y media, mientras Tara bey yacía inmóvil dentro de su temporaria tumba de arena. Habíamos examinado todos los elementos que se usaron en la demostración; fiscalizamos cuidadosamente todas sus etapas, una por una. Si el egipcio sobrevivía a la prueba, estaríamos obligados a rendir tributo a sus extraordinarias facultades.

Finalmente se cumplió el término señalado y, fieles a nuestra promesa, hicimos sacar la arena del cajón, extraer el ataúd y quitarle la tapa. Allí estaba el faquir, duro como un cadáver; la piel tenía el color gris opaco propio de los difuntos. Era, en todos conceptos, un hombre muerto.

Lo sacaron; la rigidez decayó y pudo ser instalado en una silla. Pocos minutos después comenzaron a aparecer los primeros signos de que volvía la vida. Los párpados se agitaron; luego empezó a manifestarse el ritmo de una leve respiración y, gradualmente, se fué reanimando todo el cuerpo.

A los doce minutos de haber sido extraído del féretro se había recuperado y nos hablaba de su extraña experiencia.

—Mi sueño era tan profundo —nos dijo—, que no sé nada de lo que ustedes me hicieron. Lo único que recuerdo es que cerré los ojos en este cuarto y que, mediante el misterioso proceso de la postsugestión, desperté en el momento exacto que me había fijado.

Así concluyó nuestra asombrosa reunión con aquel asombroso hombrecillo, capaz de hacer milagros en un abrir y cerrar de ojos.

Me fuí de allí con la impresión de que la tambaleante figura del materialismo sería puesta ante el piquete de ejecución en el transcurso de este siglo. No fué mucho lo que hizo para explicar los misterios de la mente.

Los hombres de ciencia pesimistas predicen que nuestra tierra terminará por ser un planeta helado en el vacío. Quizá. Pero el fin del hombre no puede ser tan desesperante como el del mundo que lo alberga, *porque él es más que cuerpo.*

CAPÍTULO VII

ENTREVISTA CON EL FAQUIR MÁS FAMOSO DE EGIPTO

Una tarde, mientras fumaba uno de sus cigarrillos egipcios delicadamente perfumados, Tara bey me explicó las teorías y los principios en que se basaban sus notables demostraciones. Estábamos en un lujoso departamento en ese barrio progresista que heredó El Cairo de Europa. El faquir me había prometido decirme muchas cosas, por lo que yo aguardaba sus revelaciones con anticipada emoción; y mis preguntas obtuvieron, por cierto, varias respuestas muy ilustrativas.

Es siempre interesante, y a veces provechoso, recibir las explicaciones de los hechos anormales y extraordinarios de aquellos mismos que los han realizado, y no de profesores de preparación libresca que sólo pueden ofrecer interpretaciones teóricas.

—Debemos comenzar por reconocer la existencia en nosotros de esas grandes posibilidades que todos poseemos —empezó diciendo Tara—; mientras no lo hagamos, tendremos que permanecer atados de pies y manos por las limitaciones innecesarias que nos impiden explotar nuestros maravillosos poderes psíquicos y materiales. Los que presencian esos fenómenos que yo produzco, creen que se trata de una especie de ilusionismo o que es algo enteramente sobrenatural. Ambas suposiciones son erróneas. Esas personas no alcanzan a advertir que son cosas perfectamente científicas y que obedecen a las leyes de la misma naturaleza. Es cierto que yo empleo leyes psíquicas que son poco comprendidas, pero no por eso dejan de ser leyes. Nada de lo que yo hago es arbitrario, sobrenatural o contrario a las mencionadas leyes. En cuanto a los

que se imaginan que yo soy una especie de ilusionista de teatro, un prestidigitador, no puedo menos que compadecerme de su estrechez mental, de su incapacidad para concebir otras posibilidades humanas más altas que la limitada experiencia que les ha tocado en suerte.

Registré taquigráficamente la última frase y levanté la vista sorprendiendo en el rostro del faquir esa expresión pensativa que suele entristecer sus ojos místicos cuando alude a sus críticos. Da la impresión de que preferiría conquistar amigos y no enemigos. encontrar comprensión y no incurrir en malentendidos.

—Crean que cuando me atravieso los carrillos con pinchos o broquetas si no me valgo de alguna hábil estratagema es que estoy anestesiado; y si no es ninguna de esas dos cosas será entonces que resisto el dolor con un esfuerzo de voluntad. Pero si fuera así, ¿por qué no queda ninguna señal en mi cuerpo de tantas graves heridas y tantos tajos y cortes que me infiero? Lo que pasa es que esas personas no logran apartarse de sus maneras habituales de pensar; no pueden concebir la posibilidad de que sean verídicas mis explicaciones. Que se claven ellos cuchillos y broquetas en la garganta y en la cara; apreciarán bien pronto la diferencia. Podrán repetirse insistentemente que no lo sienten, y harán todo lo posible por no sentirlo, pero lo sentirán, sin duda alguna.

Hizo una pausa, después de esta indignada observación.

—Pero usted quiere conocer mis explicaciones. Los dos secretos (aunque secreto no es el término correcto, pero puede servir), los dos secretos que me permiten realizar mis hazañas, son, primero, la presión sobre ciertos centros nerviosos del cuerpo; segundo, la capacidad para entrar en coma cataléptico. Cualquiera que tenga condiciones y que se someta al prolongado aprendizaje que yo he seguido para dominar y saber emplear adecuadamente esos dos secretos, puede realizar las mismas proezas. Sin esos recursos yo no resistiría el dolor de las pruebas; no pretendo poseer tanto valor. Yo no estoy hecho como los faquires hindúes que usted ha visto, que se torturan con voluptuosidad y soportan voluntariamente terribles sufrimientos dictados por sus doctrinas de ascetismo. Yo me aparté de esas doctrinas bárbaras y condeno categóricamente las prácticas exageradas a que se entregan los ascetas. Lo único que comparto con ellos es, en la parte doctrinaria, la vida espiritual interior, y en la parte práctica, la ingurgitación de la lengua y el paso al estado de catalepsia.

Hablaba con una franqueza que, conociendo la manera de pensar de los faquires orientales, no dejó de sorprenderme. No obstante, le pregunté:

—¿Me podría explicar con más amplitud el primer secreto?

—Sí —respondió amablemente—. En pocas palabras, no necesito decirle que los nervios son los conductores del dolor, pero debo señalarle que al oprimir con los dedos ciertos centros nerviosos, para desviar la sangre del cerebro, esos centros quedan anestesiados. Entiéndase bien, yo no estoy sugiriendo de ningún modo que cualquiera puede hacerlo; sin el largo y apropiado aprendizaje, esos experimentos pueden ser temerarios y peligrosos. Cuando se combina esa presión con la concentración del pensamiento en la pérdida del conocimiento y un relajamiento total de músculos y nervios, y cuando todo eso es seguido por la completa ingurgitación de la lengua y una brusca aspiración de aire, sobreviene indefectiblemente un rígido coma cataléptico. Y luego, por espacio de unos veinticinco minutos, la carne entra automáticamente en una absoluta insensibilidad al dolor, por intenso y atroz que sea.

—¿Cuáles son los nervios sobre los cuales ejerce presión?

—Las grandes arterias carótidas que irrigan el cerebro, los centros hipnóticos de las sienas y los nervios neumogástricos. Pero, como ya he dicho, no se puede jugar con estas cosas. El que trate de oprimirse las carótidas, por ejemplo, y consiga impedir que llegue la sangre al cerebro, muy probablemente oirá un zumbido dentro de la cabeza producido por la sangre al retirarse por la nuca, se desplomará de espaldas e inevitablemente perderá el conocimiento. Yo puedo hacerlo sin riesgo porque he sido adiestrado por expertos desde que era una criatura.

—¿Y la absorción de la lengua...?

—¡Ah!, eso usted lo habrá visto hacer a los yoguis, en la India. Cuando yo tenía cuatro meses de edad comenzó mi padre a enrollarme la lengua hacia atrás, con los dedos. Esta práctica producía una especie de ataque convulsivo; cuando el ataque se hacía demasiado violento, era prueba de que el ejercicio había sido excesivo y había que suspenderlo por un tiempo. Actualmente me puedo tragar la lengua con toda facilidad; aunque a veces me resulta difícil volverla a su posición natural y tengo que ayudarme con los dedos. Los hindúes suelen realizar ejercicios de estiramiento de la lengua, para poder ejecutar la difícil proeza de encorvarla hacia atrás y obstruir la tráquea, con lo que impiden la entrada

de insectos peligrosos,¹ o hasta de microbios, mientras el cuerpo yace indefenso bajo tierra.

* * *

—Suponiendo que se produzca el coma, ¿qué sucede después?

—Antes de entrar en ese estado, fijo siempre de antemano el momento de mi despertar. Cuando llega ese momento, despierto. Muchas personas emplean esa forma de autosugestión de manera muy sencilla, cuando se acuestan a dormir con la idea de levantarse a determinada hora a comenzar el trabajo del día siguiente. Esto prueba que el inconsciente no duerme nunca; sólo la conciencia pasa por esa suspensión de actividad, lo que explica también por qué ejecutan a menudo los sonámbulos actos perfectamente inteligentes y después no recuerdan nada de lo que hicieron.

”Volviendo a nuestro tema. La iniciación del trance cataléptico promueve la cesación de dos funciones de vital importancia: la respiración y la circulación de la sangre. Todo el mundo dirá, bien lo sabemos, que si eso sucede sobreviene inevitablemente la muerte; pero no necesito discutir ese punto con usted porque usted ya ha dado testimonio público de haber visto en la India que sucede todo lo contrario. Los únicos que pueden detener la respiración y la circulación y seguir viviendo, son los faquires. Me limitaré a decir que mientras estoy en coma cataléptico cesa totalmente todo movimiento circulatorio. En realidad, queda suspendido todo el ritmo de mi vida. Esta catalepsia, es muy importante recalcarlo, no es la misma que a veces se logra provocar en otras personas en los experimentos hipnóticos, porque en esos casos la circulación sanguínea suele intensificarse. ¿Por qué? Porque los métodos son completamente diferentes y sin ninguna relación entre sí. Verá usted bien claro la diferencia si recuerda que el hipnotismo emplea únicamente la sugestión, en tanto que yo uso medios puramente fisiológicos, es decir, la presión de los nervios y la ingurgitación de la lengua. Otra diferencia es que mi insen-

¹ Recuerdo ahora lo que me había dicho en cierta ocasión Brama (el yogui indio de quien hablo en mi libro *La India Secreta*), y que había aprendido sus habilidades siguiendo una escuela similar a la de Tara bey; ningún yogui, me explicó, aceptaría ser enterrado vivo por un período fijo en un terreno en el que abunden esos bichitos destructores llamados hormigas blancas, porque son capaces de carcomer el ataúd de madera y devorar el cuerpo.

sibilidad al dolor no dura más que veinticinco minutos después de haber salido del segundo grado de trance. En el caso de los sujetos hipnotizados no hay duración fija. El estado hipnótico inducido por sugestión vuelve frecuentemente el cuerpo del sujeto insensible al dolor, es cierto; pero continuar insensible al dolor después del trance, como en mi caso, ya es otra cosa completamente distinta. Pero la diferencia más importante es, después de todo, la de que yo entro en trance por mi propia y exclusiva voluntad; en cambio, ¿qué hipnotizador puede hipnotizarse a sí mismo?

—Es extraordinario que su cuerpo no tenga cicatrices, después de las innumerables heridas que usted debe de haber recibido en el transcurso de su carrera. ¿Cómo explica eso, doctor?

—Para conseguir ese resultado hago dos cosas. Primero acelero temporariamente la circulación de la sangre. Usted recuerda que durante los experimentos de la otra noche había subido, según comprobaron los médicos, a ciento treinta pulsaciones. Mi corazón acelera su ritmo pero sin exceso; la rapidez no me fatiga. Esa velocidad del torrente circulatorio ayuda naturalmente a curar las heridas con asombrosa prontitud. Recuerde que yo lo hago a voluntad. En segundo lugar, elevo el calor de la sangre a temperatura febril, con lo que se destruyen todos los microbios que puedan haberse introducido en las heridas; es decir, que las heridas se desinfectan. Mis heridas nunca supuran y siempre curan completamente en el término de unos pocos minutos o, en los casos más serios, a lo sumo en unas horas.

Abordé a continuación el tema de su más grande hazaña, la de ser enterrado vivo.

El faquir tiró la colilla que estaba fumando y encendió en seguida otro cigarrillo.

—No necesito decirle que antiguamente —respondió—, hace miles de años, en Egipto y en la India esa experiencia era muy común. En aquellos tiempos estaba todavía en sus comienzos el materialismo universal que prevalece actualmente; todos creían en el alma y, por consiguiente, esas demostraciones como las que yo he hecho encontraban la más amplia comprensión. Todos creían, como creemos actualmente los faquires, que el alma es la guía misteriosa de la vida del cuerpo y de la conciencia. Creemos que el alma puede vivir separada del cuerpo; que si los átomos químicos que componen el cuerpo vuelven a la tierra en forma de carbón, potasio,

hidrógeno, oxígeno, etc., el alma, que es su fuerza vital, retorna a su origen. la fuerza desconocida, que es eterna. No necesito decirle que el peligro del materialismo moderno estriba en que suministra falsos hábitos del pensamiento que privan al hombre de esa fuerza incalculable que es el poder del alma. Esto en cuanto a la teoría.

”Abreviando, le diré que en el trance cataléptico más profundo queda suspendida toda la vida física, pero los destellos invisibles del alma continúan, sin embargo, funcionando. Para demostrarlo hace falta un aprendizaje extenso y severo, que suele comenzar a temprana edad. Ya le dije anteriormente que mi padre había comenzado a adiestrarme cuando yo tenía nada más que cuatro meses de edad. Ahora, si quiero, puedo hacerme enterrar por espacio de varios días, y salir de mi entierro ileso.

—Hay una objeción que oponen siempre los escépticos —murmuré—. Preguntan cómo es posible vivir bajo tierra sin respirar.

—Tomemos un ejemplo sencillo. Los pescadores de perlas del este de África pueden permanecer bajo el agua sin respirar durante ocho o nueve minutos. Es, si no me equivoco, el más alto record registrado por seres humanos normales. Volvamos ahora al reino animal. La rana es de respiración rápida, y sin embargo puede estar bajo el agua sin respirar hasta cuatro horas. ¿Cómo lo hace? Si la examinamos, veremos que tiene el cuerpo rígido. En realidad, está en estado cataléptico. Observaremos también que tiene los ojos cerrados, pero no con los párpados, sino con una piel protectora especial que los resguarda de los peligros de un contacto prolongado con el agua. Veamos ahora la tortuga; vive perfectamente en el aire, pero también puede pasar varias horas bajo el agua. Pero si se le quita el aire y se la obliga a permanecer bajo el agua contra su voluntad, se asfixia y muere. ¿Por qué? Porque no tuvo tiempo para preparar su experiencia subacuática. Los cocodrilos, que también poseen la facultad de vivir en ambos elementos, vegetan sin respirar durante ciertos meses de vitalidad disminuída. La ciencia no explica muy bien cómo pueden vivir esos seres sin oxígeno. Hay ciertas clases de murciélagos que se pasan el invierno suspendidos, sin respirar.

”La clave de esos hechos incomprensibles es que esos animales entran en un estado de catalepsia especial. Y si los animales son capaces de hacerlo, ¿por qué no podrán hacerlo los seres humanos, que, después de todo, tienen cuerpo de animal? Aplicando esa

clave, también los seres humanos pueden obtener los mismos resultados. Eso lo hemos comprobado nosotros los faquires. Si yo no hubiese estado en trance cataléptico cuando fui sepultado vivo, me habría asfixiado en el término de diez minutos. Sin duda alguna, hay circunstancias en las cuales podemos vivir sin respirar."

* * *

Lo observé mientras despedía el humo gris de su fragante cigarrillo, y luego le pregunté:

—Si, como usted dice, durante el lapso en que permanece enterado el alma se separa del cuerpo, ¿entra en el más allá? ¿Y qué nos puede decir de sus experiencias en esa esfera?

—Desgraciadamente, no puedo decirle casi nada. No quiero pasar como un hombre que conoce los secretos del más allá. Aunque hemos despertado los maravillosos poderes del inconsciente hasta cierto punto, quedan todavía misteriosas profundidades que no hemos podido penetrar. Lo malo es que cuando nosotros, los faquires, escapamos del cuerpo, pasamos a una condición similar a la de los sonámbulos, es decir, que aunque existamos no tenemos conciencia de nuestra existencia; y cuando regresamos a la vida corpórea no podemos recordar nada de nuestra aventura aparentemente sobrenatural. Es posible que hayamos explorado el mundo de los espíritus, pero como no recordamos nuestras experiencias no podemos decir nada de esas regiones. Nuestro sopor es tan profundo que se parece al estado vegetativo de esos animales de que le hablé, cuando invernan.

Era realmente lamentable. Que un hombre que había "muerto" no una sino muchas veces, como Tara bey, no pudiera traernos una información más concreta, era decididamente decepcionante. El que después de la tumba sólo hubiere un vacío completo, una inconsciencia total, era, aunque parezca paradójica, una viva desilusión. Le comunicué el desencanto que me producía ese resultado negativo.

El faquir se encogió de hombros.

—Tenemos que respetar los hechos tal como se presentan —respondió—. Sin embargo, yo creo que volví a reunir mi alma, como en la muerte verdadera, con el alma universal, con la fuerza desconocida. En este sentido, creo que somos inmortales.

No me pareció posible que la fuerza universal —o Dios, si se prefiere— fuera un estado infinito de completa inconsciencia, porque no podía concebir que la mente de un ser consciente —el hombre—

proviniese de un ser inconsciente —Dios— Pero no suscitó la cuestión porque me llevaría a una discusión teológica, y allí estábamos tratando de hechos científicos. De todas maneras, respeté la franca explicación del doctor Tara, seguro como estaba de que había descrito sus experiencias exactamente tal como habían ocurrido.

Me contó un extraño caso de entierro. En 1899 fué enterrado vivo un conocido faquir, en Tanta, la ciudad natal de Tara bey. El faquir había establecido que despertaría el 17 de mayo de 1925. A la fecha señalada fué desenterrado; estaba vivo; la carne estaba en perfectas condiciones y tenía todos los órganos sanos; pero había perdido el habla. Seis meses más tarde falleció.

Pregunté al doctor Tara bey por qué había muerto tan pronto aquel hombre.

—Por el desgaste que sufrió el cuerpo estando enterrado —me contestó—. Los entierros prolongados acortan la vida de los faquires. En cambio, los entierros breves, de uno a tres días, por ejemplo, producen un maravilloso efecto vigorizador y curativo. Esto fué descubierto hace siglos por los derviches egipcios. En aquel entonces los derviches estaban encargados de aplicar el castigo a cierta clase de criminales que, en lugar de ser condenados a muerte, eran sentenciados a sufrir largos períodos de entierro, después de haber sido preparados adecuadamente sus cuerpos por los mencionados sacerdotes. El tiempo que debían permanecer sepultados variaba con la naturaleza del crimen cometido. Descubrióse que aunque el castigo acortaba la vida a los reos, por otra parte mientras yacían enterrados en la arena caliente se curaban maravillosamente de sus enfermedades de cualquier clase. En mi opinión, los períodos breves de entierro proporcionan todos los beneficios del reposo prolongado y de los ayunos. La cura por el ayuno, tan popular en los tiempos presentes, permite que entre a actuar la naturaleza y sane al cuerpo de sus males. Un entierro de un par de días equivale a igual plazo de ayuno, con el beneficio complementario del reposo absoluto de que gozan todas las funciones corporales, reposo que aprecian muy bien nuestros órganos fatigados. El profundo letargo de un entierro de corta duración pone en funciones potentes fuerzas curativas, probando de ese modo el dominio del alma sobre la materia y la impresionante inteligencia que reside en nuestro inconsciente.

—¿Pero no ofrece peligro el ser sepultado vivo?

Tara bey hizo con las manos un ademán afirmativo.

—Por supuesto que sí, pero con las debidas precauciones el peligro puede ser evitado. Es preciso proceder con sumo cuidado, porque es cuestión de vida o muerte. Hubo un joven faquir llamado Said que encontró la muerte de esa forma. Era un joven que prometía; tenía dieciocho años y había resuelto dedicarse por entero a la profesión de faquir. Fué instruído en el proceso de la autocatalepsia que usted me ha visto ejecutar. Un día decidió realizar la valerosa hazaña de permanecer enterrado vivo por un término no menor de seis años. Así lo hizo, depositándose su cuerpo en una tumba especial. Para fiscalizar la hazaña y prestarle ayuda en caso necesario, unos musulmanes devotos abrían la tumba una vez por año, durante la sagrada fiesta de Ramadán; examinaban el cuerpo y rezaban. Los dos primeros años hallaron el cuerpo en perfecto estado de conservación, pero cuando lo abrieron la tercera vez descubrieron, con la consiguiente consternación, que habían entrado gusanos en el ataúd y destruído una parte del cuerpo.

—¿Cómo explica eso, doctor?

El faquir desvió los ojos hacia la ventana. Seguí su mirada y vi que la había fijado en el Nilo, el maravilloso río que había alimentado y mantenido millones de personas durante miles de años, el río que había acogido al Egipto en sus amables brazos paternales. Tara bey volvió de nuevo la cabeza.

—Tengo dos teorías. La primera es que las preparaciones previas al entierro no habían sido adecuadas. El faquir que se va a someter a una inhumación tan prolongada debe hacerse cubrir completamente el cuerpo con cera, como si fuesen a tomarle un molde de cera de todo el cuerpo. Luego tiene que ser colocado en un féretro cerrado del que se haya extraído toda partícula de polvo, como si hubiese sido limpiado con un aspirador eléctrico. El pobre Said no tomó estas precauciones. En mi opinión, el agujero del cajón fué hecho por una serpiente, de una especie de serpientes pequeñas pero fuertes que existe en Egipto; luego se introdujo en el interior del féretro, subió al cuerpo y entrando por las fosas nasales llegó hasta el cerebro. La herida producida de ese modo en el cuerpo de Said permitió la entrada de oxígeno. Yo atribuyo una parte de la eficacia del estado cataléptico al hecho de que priva al cuerpo de oxígeno. Mientras no llegue oxígeno al cuerpo en trance, no podrán tocarlo ni microbios ni gusanos. Al entrar el oxígeno en el cuerpo de Said, éste perdió, hasta cierto

punto, la defensa de la catalepsia contra los gusanos, que invadieron el cajón y se instalaron en el cuerpo, y en primer término en los órganos internos, viviendo de la carne.

El doctor Tara había pintado un pavoroso cuadro de los peligros que esperan al faquir que no concluye satisfactoriamente su voluntaria inhumación. Yo comenzaba a comprender por qué los antiguos egipcios, queriendo preservar a los reyes, aristócratas y sacerdotes muertos, no sólo embalsamaban y momificaban los cadáveres, sino que además los encerraban en gruesos sarcófagos de piedra, de granito, casi indestructibles e imposibles de atravesar.

—Con esto comprenderá usted por qué es preciso calificar de tonterías a las críticas que afirman que, cuando realizo la hazaña de hacerme enterrar, recibo el aire por tubos secretos. Una vez, siendo algo más joven, me hice enterrar por una hora en un jardín abierto, y el público bailó sobre mi tumba. Sin embargo, mi objeto no es pasmar a la gente, como hacen los ilusionistas teatrales, sino hacer ver las grandes fuerzas, poco conocidas y menos aún comprendidas, que tenemos dentro de nosotros.

”A veces fracasé en algunas de mis demostraciones, pero siempre he tenido la franqueza suficiente de reconocerlo. Pero, gracias a mi extensa preparación y mi larga experiencia, esos fracasos son raros.

* * *

—¿Sería posible, doctor, practicarle una operación interna, sin anestesia, mientras usted se encuentra en el coma cataléptico? —pregunté.

—Yo creo que es perfectamente posible, pero nunca lo he comprobado. Una vez me sugirió un médico que las heridas producidas por las dagas y los pinchos debían de ser superficiales, y me preguntó si podría soportar una operación sin dolor. Le respondí que así lo creía, y que estaba dispuesto a someterme a la prueba, siempre que no se tratara de una operación peligrosa. Pero no pudimos llevar a cabo nuestro propósito porque el médico manifestó que las leyes del país prohibían las intervenciones quirúrgicas que no fuesen necesarias por razones de enfermedad, y yo no estaba enfermo.

Habíamos abarcado todo lo relativo a sus experiencias especiales; a continuación quise tocar el tema de su actitud general hacia todo aquello. Sus puntos de vista independientes lo distinguían

de tal manera entre los faquires del oriente, que traté de aclararlos más completamente. Cuando me oyó plantear el punto, sonrió y sin dejarme terminar la frase, replicó, haciendo un ligero ademán con la mano:

—Me gustaría ver todo esto establecido sobre bases científicas, desprovisto de todas las falsas sugerencias y autosugerencias, en su mayor parte religiosas o supersticiosas, con las que han estado siempre inextricablemente entrelazadas. He visto el daño que le hicieron a la causa de la verdad. Yo me aparté enteramente de las tradiciones de los faquires. Nuestra ciencia es una cosa, la religión otra: hay que separarlas. No es que yo no crea en la religión; lejos de ello. La miro con respeto y como algo necesario para la vida del hombre, porque le da fuerza moral. Pero, como usted habrá notado en la India, la tendencia del hombre a atribuir a Dios o a los espíritus o los ángeles lo que procede exclusivamente de sus propios poderes anímicos, del inconsciente, es tan fuerte que considero necesario una ruptura completa con esa inclinación para depurar nuestras doctrinas de la superstición y explicarlas científicamente. Muchos faquires son víctimas de sus propias autosugerencias, y otros de las sugerencias que les aportan sus tradiciones. Podrán producir hazañas auténticas, pero falsas explicaciones teóricas. Ahí tiene los derviches bailarines; giran vertiginosamente hasta entrar en estado hipnótico y luego se cortan con dagas y cuchillos sin sentir dolor. Prolongan la hazaña con complicadas ceremonias rituales y numerosas oraciones, en mi opinión completamente innecesarias y que constituyen simplemente una forma de crear autosugestión para llegar a un estado al que yo puedo arribar rápidamente y sin rezos, con sólo interpretar las leyes naturales correspondientes. Estoy convencido de que los faquires han usado a menudo sus maravillosas proezas para impresionar a la gente, y después imponerles sus creencias religiosas. Para impresionar con más fuerza, adoptaban una actitud de misterio. Todo eso es inútil actualmente, gracias a los grandes progresos alcanzados por la ciencia y la educación. Esos traficantes de misterios harían mejor en estudiar la ciencia y explicar sus proezas científicamente.

El doctor Tara bey tenía razón. La era del abracadabra pasó a la historia. Los misterios y la mistificación pertenecen a otras épocas más sombrías que la nuestra. En estos tiempos ilustrados es menester decir la verdad directamente y no con los métodos

tortuosos y fraudulentos de la fábula y la ficción, el símbolo y el símil, la insinuación disimulada y los susurros aterradoros.

—Pero, ¿y los faquires que pretenden haber entrado en éxtasis religioso?

—Quizá hayan pasado por esas experiencias, no lo niego, pero pertenecen a la esfera de la religión, que está fuera de mis investigaciones experimentales. Yo tengo bastante con trabajar en el campo que he elegido. Ya es mucho poder demostrar que el inconsciente, el alma, sobrevive y retorna después que el cuerpo ha pasado por un estado equivalente a la muerte. Eso sólo es suficientemente instructivo. ¿Quién puede poner en duda la realidad del alma después de esa experiencia? Me basta con poder demostrar los maravillosos poderes del alma, la que sostiene mi cuerpo cuando me destrozan encima una gran piedra sin producirme el menor rasguño. Un amigo mío, un atleta, creyó que podía imitar mi proeza: salió de la prueba con el espinazo roto. Mi amigo había desarrollado el cuerpo pero había olvidado desarrollar los poderes del inconsciente. La esperanza que ofrece a la humanidad el fomento de esos poderes es tan sublime, que a veces pienso en la posibilidad de que originen una nueva edad de oro. La ciencia no puede seguir considerando las maravillas del inconsciente como producto de una imaginación enfermiza; tiene que estudiarlas seria y sinceramente, rindiendo de ese modo tributo a la fuerza desconocida que, siendo increada, ha creado sin embargo al universo.

La eterna esfinge de la mente humana incita nuestras pesquisas y estimula nuestras investigaciones. No temaríos. El hombre, que se eleva del protoplasma al paraíso, es un viejo enigma destinado a ser resuelto por las indagaciones modernas. El siglo XX verificará ampliamente esta predicción.

CAPÍTULO VIII

¡EN NOMBRE DE ALÁ, EL COMPASIVO, EL MISERICORDIOSO!

Caí de rodillas frente a un noble pilar de la mezquita y dejé que las alas de mi corazón alzaran vuelo silenciosamente en reverente devoción al poder supremo que los demás hombres del templo llamaban Alá, poder al que nunca le pude asignar un nombre, pero que había acordado llamar Alá, como ellos, durante mi estada en Egipto. Yo sabía que todos nos referíamos a lo mismo, al ser supremo que nos mantiene a todos en la palma de sus manos invisibles, y podía por lo tanto aceptarlo con cualquier nombre tanto como con ninguno.

No sé cuánto tiempo pasó antes de que alguien empezara a leer, salmodiando con voz apenas audible, una antigua y austera página del *Corán*, el libro sagrado de Alá. Y mientras se desgranaba el amable murmullo arábigo levanté la cabeza y observé a los que, obedeciendo la orden del profeta, se habían reunido al caer la tarde para recordar durante breves instantes el origen divino al que debemos la vida y el ser. Junto a mí estaba un viejo vestido con una larga túnica de seda blanca con rayas azules. Su cutis de color nogal pálido daba un fondo excelente a una fila de espléndidos dientes blancos. Mientras susurraba las oraciones se inclinaba hasta tocar con la frente la suave alfombra roja, y volvía a enderezarse, repitiendo de nuevo y constantemente, la misma operación. Luego colocó la palma de las manos sobre los muslos, continuó sus murmullos, y poco después volvió a tocar el suelo con la frente.

Vi entrar a otro viejo que invocó la misericordia de Alá y que

no tardó en elevar sus preces con los acostumbrados movimientos de vaivén. Parecía sumamente pobre; llevaba una túnica andrajosa color gris oscuro, que había sido blanca en un tiempo, y que amenazaba caerse convertida en un montón de trapos.

El rostro, lleno de arrugas y cicatrices, revelaba el cansancio de la lucha que la vida y Alá le habían impuesto; pero allí, en aquel venerable edificio dedicado a la tranquila devoción que olvida al mundo, atenta la mente a las oraciones del atardecer, desaparecieron algunas de sus arrugas, extendiéndose lentamente sobre su rostro una suave paz. Era fácil leer en su expresión sus sentimientos. Parecía decir:

“¡Oh, Alá, el victorioso, el perdonador! Tú has ordenado, en verdad, que la vida de tu siervo sea dura, pero sin duda tú sabes lo que mejor le conviene. Celebro volver a prosternarme ante ti y elevar a ti mis preces. Ya lo dijo tu profeta, que la paz sea con él: “No temáis, ni penéis ni os acongojéis; regocijaos en cambio con la esperanza del paraíso que os ha sido prometido”. ¡Loado sea Alá, por lo tanto, el rey todopoderoso, el que es la verdad!”

Aqué! era un hombre que tenía el valor de confiar la vida, ciegamente si se quiere, a las manos todopoderosas de Alá; y, evidentemente, no lo lamentaba. Aceptaba todo lo que venía, lo bueno junto con lo malo, con la venerable frase: “¡Insalá!” (“¡Si Dios lo quiere...!”).

Miré hacia otro lado y divisé a un piadoso musulmán, que parecía un comerciante recién llegado de su puesto de la feria. Se colocó en la actitud prescrita, con el rostro vuelto hacia el este, las piernas ligeramente separadas y las manos a los costados de la cara, tocándole las orejas, y con voz sonora pronunció el saludo:

—¡Dios es muy grande!

En seguida dejó caer las manos hasta la cintura y susurró un instante el capítulo inicial del *Corán*. Luego deslizó las manos hasta las rodillas, inclinando un poco el cuerpo y separando los dedos, y dijo:

—¡Que Dios oiga al que lo alaba!

Y así continuó, acompañando sus rezos con movimientos de cabeza, dejándose caer de tanto en tanto al suelo en las posturas prescritas hace mil crecientos años para los musulmanes ortodoxos. Al final, miró hacia atrás por encima del hombro derecho, y dijo, como si se dirigiera al resto de la congregación:

—La paz sea con vosotros, y la misericordia de Dios.

Luego repitió la misma bendición hacia el lado izquierdo. Permaneció un instante en cuclillas y luego se levantó y salió tranquilamente de la mezquita. Había descargado el alma de su amor a Alá, y ya podía ir a reunirse en paz con sus mercancías.

Había varios otros, todos hombres, que ensimismados en sus absorbentes oraciones, no parecían advertir nada de lo que pasaba alrededor de ellos. Los ojos y los pensamientos deben estar fijos en Alá, dijo Mahoma, el profeta, y su precepto era obedecido al pie de la letra, con una loable escrupulosidad. Aquellos fieles habían ido a la mezquita, no para examinar a sus correligionarios ni para ser examinados; Alá era el único objetivo de su visita, y a él se entregaban con un fervor inolvidable para el extranjero que los observaba con simpatía.

Egipcios de largas túnicas se colocaban, o se inclinaban o se prosternaban junto con comerciantes vestidos a la europea y cubiertos con turbantes; los pobres rendían homenaje a Alá al lado de los ricos; y los eruditos, llena la cabeza de la sabiduría de mil volúmenes, no desdeñaban situarse detrás de los vagabundos analfabetos. El profundo respeto de todos ellos, su total concentración, no podían menos que impresionar al espectador. Así era la democracia que Mahoma había establecido dentro de aquellos viejos muros rojos, blancos y dorados y bajo los puntiagudos arcos sarracenos de la hermosa mezquita.

Porque las mezquitas de El Cairo encierran una emocionante belleza que me afectaba irremediabilmente cada vez que me detenía en alguna de ellas. ¿Quién puede contemplar desde la base hasta el capitel, las ciento y pico de exquisitas columnas de mármol blanco que forman las arcadas del edificio y volver luego la mirada hacia los nobles arcos de la cúpula ornamentada en castaño y oro sin entregarse a una admiración sin reservas? ¿Quién puede fijar la vista en los geométricos arabescos que adornan las piedras del arco principal sin experimentar un verdadero placer?

Me levanté para irme, muy a mi pesar. Mis pies calzados con zapatillas avanzaron con pasos lentos, mientras yo observaba de nuevo la colorida escena. Allí estaban el estrado, alfombrado y rodeado de una barandilla, desde donde un hombre de blanca barba nos había cantado los versículos del *Corán*; el sagrado nicho oratorio, flanqueado por dos delgadas columnas; el púlpito de madera delicadamente tallada, cuya puerta de nogal con incrustaciones de marfil llevaba una antigua inscripción; todos ellos por-

tando el sello de ese arte con que los árabes enriquecieron al mundo. Los frisos de las paredes reproducían, en relucientes letras doradas, frases del *Corán*, constituyendo otro elemento decorativo los elegantes caracteres árabes de las inscripciones. La parte inferior de las paredes estaba revestida de mármoles multicolores. Todo era espacioso, como si los constructores no hubiesen escatimado terreno para la casa donde los hombres se reunirían para rendir culto a Alá.

Crucé el piso embaldosado de mosaicos y llegué al vasto patio; rectángulo de mármol de sesenta metros de ancho, sin techo, que se ofrecía a los vientos del cielo. Lo rodeaban cuatro anchas columnatas, cerradas a su vez por altos muros almenados; quedaba de ese modo aislado del mundo exterior tan efectivamente que aquél podía haber sido uno de los patios paradisíacos del *Corán*, en lugar de ser un patio emplazado en el turbulento El Cairo. Blandas esteras aparecían extendidas de pilar a pilar y en ellas se veían, recostados o en cuclillas, pequeños grupos de hombres de rostro grave; piadosos hombres de estudio, tal vez, con sus turbantes, o pobres ciudadanos con mucho tiempo y pocas cosas que hacer. Algunos oraban, otros leían; algunos dormían y otros permanecían simplemente ociosos. Inquietos gorriones volaban gorjeando por entre las redondas columnas, y se llenaban de excitación cuando los eruditos dejaban sus estudios y sacaban sus comidas.

En el centro del patio se alzaba una fuente de mármol, decorada, cubierta con un techo de forma de cúpula que era sostenido por columnas redondas con incrustaciones multicolores de esmalte; altas palmeras erguían sus copas formando alrededor de la fuente un abrigo circular. El inmenso rectángulo del patio formaba un atrayente cuadro de simplicidad, belleza y tranquilidad. Allí reinaba soberana la paz, tanto como Alá. Se oían, desde luego, los trinos y los gorjeos de los pajarillos que anidaban bajo los techos arqueados y entre los capiteles labrados de los pilares: pero su continua música sedante constituía un magnífico fondo del mismo silencio. Cerca de la fuente había una pequeña tina con agua fresca, en la que los alados cantores se posaban, se arreglaban las plumas y satisfacían la sed. Se lanzaban a la superficie del agua chapoteando con las alas, hacían sus abluciones como verdaderos creyentes que eran, y alzaban el vuelo para reanudar su hereditaria ocupación de coristas.

El brillante sol de la mañana proyectaba grandes sombras en el patio abierto; los ociosos me miraron, con una interrogación momentánea en los ojos, que prontamente desecharon como indigna de un esfuerzo mental, y prosiguieron en su ocupación de plácida holgazanería. Aquella escena era la misma que debió de presenciar algún triunfante cruzado, de casco y armadura, cuando centenares de años atrás desmontó en su fogoso caballo para entrar en la vieja mezquita. El Cairo cambia aceleradamente, pero sus numerosas mezquitas continúan en pie, como tantas otras torres fortificadas contra las cuales los soldados del modernismo se lanzan en vano. Y quizá sea bueno que existan esos sitios actualmente, para que la generación presurosa y acosada de nuestros días conozca la tranquilidad de que se gozaba en otras épocas, cuando los hombres no eran tan inteligentes como ahora. Debajo de las palmeras umbrías o de las cubiertas arcadas, podían rememorar la protección de Dios o entregarse al deleite de los ensueños; era aquél, de todos modos, un agradable lugar para contemplar en perspectiva las actividades de la ciudad y para hacer el inventario de la vida en su justo valor. Gusté sutilmente la antigua paz de aquel sitio.

A la entrada del espacioso claustro me quité las zapatillas; está prohibido pisar con los pies calzados con botas, o zapatos el sagrado suelo de una mezquita, dejándole encima la ingrata suciedad de la calle. Entregué las zapatillas a un sirviente de la mezquita que surgió de una habitación oscura, descendí un tramo de escalones de piedra desgastados por centenares de pies piadosos, y me encontré una vez más en la callejuela estrecha y llena de gente.

* * *

Caminé unos pasos y me volví a observar la fachada y la ubicación de aquel viejo edificio consagrado al culto de Alá. Era una lástima que una parte del extenso frente quedara oculta por una fila de casas viejas, pero la vista se compensaba con los minaretes sobresalientes, la gran bóveda, las cúpulas relucientes, las altas ventanas enrejadas y, finalmente, las enormes y complicadas verjas de entrada.

Los minaretes tenían no menos de ocho lados cada uno, y tres balcones, y se elevaban por encima de las bases rectangulares de la mezquita como se elevaban dentro del templo los pensamientos y las aspiraciones. Parecían largos dedos rosados señalando el

firmamento. Las cúpulas tenían las cimas planas, y, comparadas con la inmensa bóveda central coloreada, parecían gigantescos turbantes blancos. Refulgían al sol con tanta intensidad que me hicieron arder los ojos. Los remates almenados de los muros formaban un cuadrado perfecto. Las altas paredes de color amarillo y rojo aislaban a la mezquita de nuestro mundo mercantil.

Bajé la mirada. En la calle, a ambos lados de la entrada, los vendedores de confituras, de pastelillos turcos, exhibían sus artículos en minúsculas mesitas improvisadas, o en paños tendidos directamente en la acera. Los puesteros aguardaban pacientemente a los clientes ocasionales con una expresión de plácida satisfacción. Junto a la escalera se veían varios mendigos, en cuclillas; dos o tres fieles, que entraban ó salían de la mezquita, se habían detenido a cambiar unas palabras. Un vendedor de limonada, vestido con la chillona túnica carmesí, rayada, propia de su oficio, y provisto de un enorme recipiente de bronce con una fila de vasos, me dedicó una mirada burlona y se alejó. Un viejo pintoresco y patriarcal, con una desmesurada barba blanca, pasó montado en un burrito gris. La multitud habitual de las calles transitaba de un lado para otro. El calor de la tarde estremecía el aire, mientras el sol pendía en medio de una gloriosa bóveda azul.

En el sagrado recinto de la mezquita reinaba una paz centenaria; fuera de él, la agitación de la muchedumbre bulliciosa y apresurada dedicada a sus negocios. Así se desenvolvían los dos aspectos de la vida, que Alá cobijaba bajo sus amplias alas.

* * *

Cruzaba una tarde, a la hora de la puesta del sol, la plaza de Ismailia, cuando advertí que un cochero, dejando su coche vacío en la parada, saltó la verja de hierro, baja, pintada de verde, de un pequeño jardincito municipal. Una vez al otro lado, se prosternó, de cara a la Meca, y rezó durante unos seis o siete minutos, olvidando completamente todo lo demás. No miraba ni a derecha ni a izquierda, sumido en sus preces y dominado evidentemente por sus sentimientos. Aquel hermoso acto me conmovió profundamente, tanto por su efecto artístico como por la lealtad espiritual que revelaba. Un agente de policía, de servicio en la plaza, lo observó con indiferencia y pasó por alto la violación del jardincillo reservado.

Otra noche, a eso de las veintidós, fuí caminando con el objeto de dar un tranquilo paseo, hasta una calle retirada que corría

paralela a la ribera del Nilo. Junto a un solitario farol del alumbrado vi a un joven barrendero municipal que, con su escoba de abedul, se hallaba recostado contra el poste de hierro, haciendo evidentemente una breve pausa en su fatigosa tarea. El cielo nocturno parecía una cúpula de lapislázuli y el joven cantaba alegremente unas frases que, con ojos miopes, leía en un ruinoso librito a la luz del farol. Cantaba con tanto fervor y estaba tan extasiado en las palabras que no advirtió mi llegada. Los ojos le relucían con el fuego de su gozosa devoción a Alá. Me tomé la libertad de echarle un vistazo al libro: era un ejemplar del *Corán*, forrado en papel. El muchacho tenía las ropas sucias y raídas, porque el suyo era un trabajo muy mal pagado; pero en su rostro se dibujaba la felicidad. No fué necesario que yo le augurara el saludo habitual: "La paz sea contigo"; él ya la había encontrado.

Otra noche cambié mi menú habitual cenando en un restaurante de la Sharia Muhammed Ali al que no concurren los europeos. Estaba en el corazón de la ciudad vieja y conservaba las antiguas costumbres. Llegué a conocer y respetar al dueño de la casa, un hombre de carácter delicado e innata cortesía que no le salía del bolsillo sino del corazón. El mozo que me atendió puso los platos en la mesa e inmediatamente se retiró a un rincón y tomó algo que había allí apoyado contra la pared. Lo trataba con tanta ternura como si fuera su más preciado tesoro. Resultó ser nada más que una estera descolorida, que desenrolló y extendió en el piso en dirección al este, hacia la Meca; hecho esto, se dejó caer en su dura e incómoda superficie. Durante los diez minutos siguientes cumplió todas las prostraciones de los devotos, rezando al mismo tiempo las oraciones en voz baja pero clara. Sus pensamientos estaban en esos momentos saturados de Alá. Había en el restaurante otros siete u ocho parroquianos, y un solo mozo más. Era la hora en que podía esperarse una numerosa afluencia de clientes de un momento a otro. Pero el anciano propietario aprobó con el gesto la conducta de su empleado, y no sólo con el gesto sino también con un vigoroso movimiento afirmativo de cabeza que hizo bailar las borlas de su rojo tarbush. Nunca abandonaba su pequeña tarima cerrada, atalaya desde la cual vigilaba el panorama doméstico como un sultán podría vigilar el interior de su palacio. Nunca atendía personalmente las mesas ni aceptaba dinero directamente. Era un potentado oriental que daba órdenes para que otros las cumplieran. En cuanto a los clientes, aceptabar

la situación como buenos musulmanes, perfectamente conformes y dispuestos a adaptarse a las conveniencias del mozo. Cuando éste se hubo repetido, enfática y fervorosamente —asegurándolo de paso a la concurrencia—, que “no hay más Dios que el único Dios” y que “la victoria es de Dios”, volvió a entrar en contacto con los presentes, recordó que después de todo no era más que un mozo, enrolló la estera y la volvió a poner en su lugar. Miró en torno, con una expresión de amable satisfacción; su mirada encontró la mía, el hombre sonrió y se aproximó a recibir mi pedido. Y cuando me fuí del restaurante se despidió con un sencillo: “que Dios lo proteja”.

Se puede comprender la religión del islam únicamente cuando se manifiesta de esa manera, en la acción y en la práctica. Recordé un viaje que realicé en tren desde El Cairo hasta el puerto de Suez; al llegar a una estación saqué la cabeza por la ventanilla para averiguar dónde estábamos y vi a un obrero humildemente vestido, integrante de una cuadrilla que trabajaba en la línea, que se apartaba del grupo con un salmo del *Corán* en los labios, y se doblaba hasta tocar el suelo con la frente. Se puso a rezar sobre la tierra arenosa a unos pocos centímetros de los rieles de acero. Su trabajo era importante porque le daba de comer; pero no tan importante que le hiciera olvidar sus deberes para con Alá. Estudié sus facciones; tenía el rostro de un hombre que vive iluminado por la luz de la conciencia; de un hombre que, simple obrero como era, había logrado conquistar cierta paz interior.

Entré una vez a mediodía en uno de esos cafés que abundan en El Cairo, a tomar té con pasteles egipcios. Mientras revolví el terrón de azúcar para ayudarlo a disolverse en la agradable infusión parda, el dueño del café se tiró al suelo y comenzó a rezar las plegarias del mediodía. Era una oración silenciosa, murmurada por el hombre para sí mismo; o mejor dicho, para Alá. No pude menos que admirar el fervor que demostraba, y no pude menos que respetar la sabiduría del profeta Mahoma por la habilidad con que supo enseñar a sus partidarios a mezclar la vida de la devoción religiosa con la vida de los negocios. No pude menos que comparar el valor práctico del islam con el valor menos aparente de las religiones del lejano oriente que yo conocía muy bien y que tratan a menudo de separar en divisiones herméticas la vida mundana de la espiritual.

Éstos no son más que cuatro casos de muchos; cuatro casos

que me revelaron lo que significa el islam para los pobres y los humildes, para los analfabetos y los incultos, y para las clases llamadas ignorantes ¿Qué significa para las clases media y superior? Por lo que yo pude advertir, observan la fe con menor firmeza, porque la embestida de la educación científica occidental debilitó las bases de la religión aquí y allá como en todos los países orientales que tocó. No critico, anoto simplemente el hecho como un fenómeno inevitable, porque creo firmemente que la fe y la ciencia son ambas necesarias en la vida. Los musulmanes de mentalidad más liberal están llegando ahora a la misma conclusión. Comprenden que tarde o temprano el islam deberá sucumbir al espíritu moderno del siglo XX, pero no creen que para eso sea necesario beber el veneno de un materialismo completamente negador del espíritu. Con todo, las clases superiores de Egipto se mantienen con más firmeza en su religión que las clases superiores de Europa y América. La voluntad de creer reside en los mismos glóbulos sanguíneos del oriental, y no puede librarse de ella por más que lo intente.

Pero voy a relatar lo que vi en la oficina de un amigo, como ejemplo típico de lo que he visto tanto en oficinas como en residencias particulares. Tuve ocasión de visitar a mi amigo, que era un hombre muy ocupado, inspector general del gobierno, poco antes del mediodía, y tomamos el inevitable vaso de té persa mientras él atendía sus asuntos.

El despacho de su excelencia Kaled Hasanein bey era completamente moderno y, salvo un gran cuadro con un texto árabe del *Corán*, no se diferenciaba mucho de cualquier oficina europea. Su excelencia trabajaba en un escritorio con tapa de cristal, usaba continuamente el teléfono y guardaba los documentos en archivos de cierre automático.

Cerca de las doce llegó otro visitante, uno de los inspectores del departamento, y pocos minutos más tarde me preguntó su excelencia:

—¿Tiene inconveniente en que rece ahora mis oraciones?

Por supuesto, le aseguré que no. Fueron desenrolladas unas alfombras, los dos hombres se descalzaron y se postraron en la forma usual. Permanecieron rezando doce minutos, mientras los empleados seguían trabajando; entraban mensajeros, dejaban algún papel y se retiraban completamente indiferentes. Los dos hombres oraban como si estuvieran completamente solos, e ignorando

por completo mi presencia. Terminadas las plegarias, se levantaron, volvieron al escritorio de tapa de cristal y prosiguieron discutiendo sus asuntos.

El hecho me impresionó intensamente, porque nunca había visto nada semejante en ninguna oficina occidental. En ninguna parte de Europa ni de América se podía ver nada igual. Allí, a mediodía, la gente saldría apresuradamente para ir a almorzar; en Egipto, aquellos dos hombres oraron primero y luego pensaron en comer.

Si nosotros los occidentales somos realmente creyentes, pensé, deberíamos ver en este incidente un ejemplo para ser seguido y un reproche para ser escuchado. ¿Pero podemos nosotros ir tan lejos en nuestra fe? Lo dudo.

Eso fué lo que tanto me impresionó en Egipto. Dios, Alá, era para los musulmanes un ser real, y no una mera abstracción filosófica. Mercaderes, sirvientes y obreros; nobles, bajáes y funcionarios no vacilaban en interrumpir sus actividades y arrodillarse ante Alá, en la oficina, en el comercio, en la calle o en el hogar; aparte de la mezquita. Los hombres que ni en sueños dejarían de levantarse por la mañana o acostarse por la noche sin hacer una breve reverencia ante Alá, quizá no tengan nada más que enseñarnos, pero al menos pueden enseñar eso al mundo occidental, tan ocupado y preocupado en otras cosas. No me refiero a las doctrinas islámicas, que explicaré en su lugar correspondiente, sino al valor que tiene nuestra creencia en una potencia superior, llamémosla como la llamemos.

Imaginémonos un hombre que en Londres o Nueva York se arrodilla en la calle o cualquier otro lugar público, para adorar a Dios, porque sienta impulsos de hacerlo, porque sienta la necesidad de recordar la existencia de aquel que nos permite seguir existiendo. Ese hombre sería ridiculizado, sería objeto de las risas o quizá de la compasión de los ultramodernos; o, si no, sería detenido por estorbar, por obstruir el tránsito de peatones y vehículos.

El signo de la media luna señorea sobre el cercano, el medio y el lejano oriente; y recientemente sus rayos llegaron con rapidez hasta las partes más distantes de África. Sin embargo, la fuerza de la religión del islam no debe medirse por el número de sus adherentes, sino por la ardiente devoción que cada uno de ellos le entrega. Nosotros los occidentales solemos anteponer a la palabra musulmán el calificativo de "fanático", lo cual, si no es ab-

solutamente exacto, no es tampoco completamente erróneo. Hay musulmanes que se aferran a los principios de su religión con un fervor que nosotros hemos perdido.

¿Por qué?

Comencemos por el principio. Un hombre se arrodilló un día dentro de una caverna rocosa, en la escabrosa cuesta del monte Hira, en Arabia, y rogó al todopoderoso que volviera a ser conocido por su pueblo, sumido en la más grosera idolatría, en un materialismo supersticioso que confundía con la religión, la fe pura, inmaculada de los primeros patriarcas.

Ese hombre era Mahoma.

Era de mediana estatura, de larga cabellera flotante, rostro pálido con apenas un toque de color en las mejillas, frente y boca grandes y nariz ligeramente prominente. Sus ropas eran más sencillas de lo que correspondía a su posición social. Había sido comerciante, creándose renombre en muchas ciudades por su perfecta integridad, su trato honesto y justo, y su absoluta honradez. Había transportado mercancías en caravanas de camellos, llegando hasta Siria. Año tras año su larga línea de esforzados camellos atravesaba con mesurados pasos ondulantes dunas tostadas y desfiladeros rocosos, llevando grandes cargas de mercancías que el conductor de la caravana vendería en lejanos mercados. Por la noche, cuando sus hombres dormían, Mahoma se alejaba solo del campamento, y sentándose en el blando suelo del desierto reflexionaba sobre los misterios de la vida y la naturaleza de Dios. Y las místicas estrellas lanzaban sus rayos de plata sobre el rostro que el solitario había vuelto hacia ellas, bañándolo en su misterio y marcándolo como criatura de su destino.

Después de su matrimonio con la viuda Kadya, Mahoma adoptó cada vez más la costumbre de meditar profundamente sobre los tópicos más arduos de la existencia humana. Fué así que advirtió con pena los defectos de la rústica religión de su tiempo, incapaz de satisfacer los instintos más hondos de sus compatriotas. Finalmente retornó a su retiro favorito, una cueva del monte Hira, próximo a la ciudad de La Meca, y allí pasó toda una noche elevando su corazón al infinito en piadosas plegarias; no pedía que lo iluminara solamente a él, sino a todo su pueblo. Después de un tiempo pasó de la oración a la visión en trance, y de la visión a la transformación y de la transformación a la comunión consciente con Dios. Los velos se fueron desgarrando uno por uno.

Extraña paradoja: debía tocarle encontrar la luminosa verdad dentro de una cueva sombría.

Y oyó una voz que le decía:

—¡Tú eres el hombre! ¡Tú eres el profeta de Alá!

Mahoma el mercader aceptó la magistratura que le habían ofrecido, abandonó sus fardos de mercancías y se convirtió en el nuevo predicador del verbo, ese verbo cuyo eco retumbaría entre continentes en el término de un siglo.

Los oráculos sibilinos de Roma anunciaron la llegada de Cristo, y después callaron. Cristo llegó finalmente, dijo su palabra a los que quisieron oírlo, y partió a una edad en que la mayoría de los hombres no ha encontrado aún su lugar en la vida material, cuánto menos en la espiritual. Menos de seiscientos años después de aquel acontecimiento llegó este otro profeta del Dios desconocido.

* * *

Tuvo la suerte de hallar en su mujer a su primera discípula; porque una mujer puede contribuir con mucho al buen éxito o al fracaso en la vida de un hombre. El que escuchó después de ella el relato del episodio de la caverna fué Waraquah, un viejo filósofo, ciego y encorvado, quien le advirtió:

—Con toda seguridad que te empujarán al destierro, porque nunca trajo un hombre un mensaje como el tuyo sin ser víctima de la más enconada persecución. ¡Ah!, si Dios dispone que se prolongue hasta ese momento mis días, dedicaré todas mis fuerzas a ayudarte a vencer a tus enemigos.

Pero los profetas inspirados siempre deben cargar con la cruz del aislamiento y la incomprensión; las compensaciones que reciben son demasiado invisibles y demasiado intangibles para que la masa las comprendan.

Todas las religiones nuevas deben estar preparadas para ser apedreadas al comienzo por los estólidos y los estúpidos.

Los parientes y amigos de Mahoma formaron su primer grupo de convertidos. Se reunían y oraban en una tranquila casa en las afueras de la ciudad.

En La Meca el pueblo seguía cumpliendo sus ritos de magia primitiva, tratando de aplacar a los poderes invisibles del mundo psíquico y adorando a una multitud de fetiches; en aquella casa alejada, Mahoma y los suyos adoraban al Dios único.

Por espacio de tres años el grupo, cada vez más numeroso, hizo

sus reuniones para rezar en el mayor secreto; porque la hora señalada para la revelación pública, la fecha fijada por el destino, no había llegado aún. Y entonces volvió a hablar la voz, y le dijo al profeta:

—Haz conocer la orden que te fué impartida.

Con lo que Mahoma no vaciló en convocar a una gran asamblea del pueblo para advertir que si no desechaba la ancestral caricatura de religión que practicaba y volvía al legítimo culto, la ira de Alá caería sobre él. Lo escucharon y, sin convertirse, se retiraron disgustados.

Pero ya ardía el fuego dentro del profeta y fué de lugar en lugar predicando el mensaje que le habían confiado. Se vestía con ropas burdas y hacía comidas sencillas. Dió a los pobres casi todo lo que poseía. Llegó a presentarse en el sagrado templo de la Caaba, donde, en medio de sus trescientos sesenta y seis ídolos, reprochó a los idólatras que se hallaban presentes, lo mismo que Jesús había penetrado valientemente en el templo para reprochar a los cambistas. Fué atacado por la turba enfurecida, perdiendo la vida uno de sus partidarios que trató de protegerlo.

La cruz del profeta sólo puede ser llevada por aquel que cree en todas sus profecías, hasta la última letra de la última palabra.

Las autoridades, viendo que no podían hacer callar a aquel hombre que hablaba sin tapujos, trataron de sobornarlo ofreciéndole riquezas y altas posiciones. Por toda respuesta, Mahoma les advirtió con más energía aún que estaban desencadenado la cólera de Alá.

Desde ese momento fué perseguido abiertamente; el profeta recomendó a varios de sus partidarios que buscaran refugio en Abisinia. Así lo hicieron. La venganza de las autoridades de La Meca los siguió hasta allí; pidieron al emperador negro que entregara a los fugitivos. En lugar de satisfacer el pedido, el emperador de Abisinia llamó al jefe de los refugiados, un tal Jafar, y le preguntó:

—¿Qué religión es ésa, que os hizo alejaros de vuestro pueblo? Jafar le contó que antes habían llevado una vida semisalvaje, adorando ídolos, comiendo carroña y oprimiendo a los débiles. Y que luego había llegado Mahoma, como profeta de Alá, instándolos a que fueran auténticamente espirituales, devotos solamente al único Dios, honestos, caritativos y decentes. Terminó recitando unos pasajes del *Corán*, ante cuya lectura exclamó el emperador:

EL EGIPTO SECRETO

—Realmente, estas palabras y las que trajo Moisés derivan de la misma fuente luminosa. Ve, porque ¡por Dios! no toleraré que os prendan. Vete a tu casa y vive y adora a tu gusto, que nadie os molestará.

Entretanto la persecución de los musulmanes en Arabia se había agravado. Cuando los perseguidores pidieron a Mahoma que hiciera un milagro para probar su apostolado, el profeta levantó los ojos al cielo y respondió:

—Dios no me envió para hacer milagros. Me envió a vosotros solamente para traer os un mensaje; no soy más que portador del mensaje de Alá a la humanidad.

Fué en aquel período penoso cuando Mahoma comunicó un extraordinario episodio que había ocurrido una noche. El ángel Gabriel lo había sacado en espíritu del cuerpo, presentándole a los espíritus de los grandes profetas de la antigüedad: Adán, Abraham, Moisés, Jesús y otros, en el mundo invisible de los ángeles. También le hicieron ver que estaba escrito el destino del mundo.

A este episodio le siguió una rápida difusión de las doctrinas mahometanas, intensificándose la persecución como consecuencia inevitable. Y precisamente poco antes de que un grupo de hombres confabulados hubiera decidido matar al profeta, éste fué inducido a abandonar secretamente La Meca; cruzó el desierto y llegó a la ciudad de Medina, donde le hicieron un gran recibimiento y donde fundó la primera mezquita. El día de su entrada en Medina fué luego el primer día del primer año del nuevo calendario musulmán, aunque era un día del año 622 del calendario cristiano.

Fué lo que señaló el cambio decisivo en la suerte del islam.

Los habitantes de La Meca declararon la guerra a los de Medina. De esta última ciudad salió una pequeña fuerza al mando de Mahoma, que enfrentó al enemigo y lo derrotó completamente. Los vencedores prosiguieron su avance y libraron otra batalla, que quedó indecisa. Hubo varias otras batallas que robustecieron la posición de Mahoma. El profeta envió mensajes al rey de Grecia, al emperador de Abisinia, al rey de Persia y al rey de Egipto, informándoles de su misión e invitándolos a abrazar la religión del islam.

Siete años después de su huída de La Meca, Mahoma salió con su ejército para volver a la ciudad. No queriendo derramar sangre, ordenó que sus hombres dejaran las armas a doce kilómetros de la ciudad y que entraran en ella como pacíficos ciudadanos.

nos. Les permitieron realizar la visita y retirarse sin ser molestados. Pero poco tiempo después los miembros de cierta tribu mataron con la ayuda de los habitantes de La Meca a los musulmanes que habían buscado refugio en su templo, y Mahoma se vio obligado a marchar nuevamente hacia el este, y lanzó su ejército sobre La Meca. Tomó la ciudad, rompió las imágenes de piedra, convirtió pacíficamente a sus habitantes e instaló allí su gobierno.

El islam se extendió luego por toda Arabia, obligando a las tribus salvajes a rendirse a sus pies y a aprender una religión más elevada. Mahoma dirigió su último discurso a sus partidarios desde el lomo de su camello, en la colina de Arafa.

—Os dejo este libro, el *Corán* —dijo, con su manera habitual, lenta y circunspecta—; ateneos estrictamente a él, de lo contrario os desviaréis de la buena senda. Porque ésta será probablemente mi última peregrinación. No retoméis vuestras costumbres preislámicas, lanzándoos en cuanto yo me vaya los unos contra los otros; porque algún día deberéis enfrentar a Alá, que os hará responder por vuestros pecados.

Les recordó que el profeta era un hombre como ellos, aunque era mensajero de Alá, y que no debían adorar meras sepulturas.

Una tarde, poco tiempo después, retornó a la gran incógnita de la que había venido. Fueron sus últimas palabras:

—Ahora no hay ningún amigo tan grande como él.

Esto ocurrió el año 632 de nuestra era, sexagésimo primero de la vida de Mahoma. De ese modo quedó refutado el refrán que dice: "nadie es profeta en su tierra".

CAPÍTULO IX

UNA ENTREVISTA CON EL JEFE ESPIRITUAL DE LOS MAHOMETANOS

Yo tenía curiosidad por conocer una opinión autorizada sobre una serie de cuestiones relativas al islam acerca de las cuales me había formado mis propias nociones, basadas en la experiencia práctica, pero de las que no sabía las reglas exactas que habían dado el profeta y su libro. Fui a ver a su eminencia el jeque El Islam, el hombre que preside el consejo central de la religión en Egipto desde el edificio de redondos minaretes y muros almenados de la mezquita y universidad de El Azar. El nombre personal del jeque es Mustafá El Maragui y la institución de la que es gran rector tiene una venerable autoridad de mil años como centro mahometano cuya palabra en asuntos relativos a la fe y al credo es definitiva. El Maragui es un hombre que tiene poderes pontificales. Es cierto que es en Arabia donde se encuentra la santa piedra, la Caaba de La Meca, el lugar sagrado al que todos los musulmanes devotos desean ir algún día en peregrinación; pero es en Egipto donde se halla la piedra viva, el cerebro y el centro nervioso del islam. El gran rector no es sólo el más alto dignatario del islam en Egipto; dado el carácter internacional de El Azar, su autoridad abarca también otros países. Es a El Azar, orgullo de los musulmanes, adonde, desde los primeros días del islamismo, fueron a aprender los aspectos más profundos de la religión los que quisieron perfeccionarse en sus doctrinas, los que quisieron comprender en todos sus detalles el mensaje de su revelador, Mahoma.

—El *Corán*, correctamente leído, estimula las investigaciones

científicas del conocimiento de Dios y del universo —me dijo el jeque El Maragui, durante la entrevista que consigno más abajo—. No hay ciencia que sea extraña al creador y a su creación, y no hay nada en ninguna de ellas que pueda ser contrario a los preceptos del islam. Estamos enfrentados al problema de depurar nuestra religión de supersticiones e interpretaciones fantásticas. Estos estudios nos ayudan a hacerlo. En este siglo en que la ciencia ha hecho tantos progresos es de interés para el islam poner a disposición de sus estudiantes las mismas fuentes de aprendizaje.

La situación es ahora algo mejor que hace un siglo, cuando Edward Lane informó que “a los musulmanes les disgusta mucho suministrar informaciones sobre temas relacionados con su religión a las personas de quienes sospechan que tienen sentimientos distintos a los de ellos”; pero todavía subsiste algo de la antigua reserva.

No siendo mahometano, al menos en el sentido ortodoxo, no me fué fácil obtener la entrevista que deseaba; pero, después de algunos trámites preliminares, los buenos oficios de amigos comunes me allanaron el camino.

Mis pasos me llevaron a través de un barrio populoso, el más antiguo de El Cairo, por una ancha calle que dividía en dos la zona del mercado y llegaba hasta la misma puerta del centro de estudios musulmanes más antiguo del mundo, la mezquita y universidad de El Azar. Pasando por debajo de arabescos entrelazados y espaciosa arcadas, entré en un gran patio asoleado, como lo habían hecho antes que yo centenares de miles de estudiantes durante muchos años; estudiantes que luego salieron para llevar la palabra del profeta por todo el mundo oriental, para suministrar auténticas interpretaciones del sagrado *Corán* y para conservar encendida eternamente la llama de la cultura musulmana.

Me introdujeron en una sala de audiencias, donde fuí recibido por su eminencia el jefe musulmán; después de los saludos de práctica, tuve ocasión de estudiar a aquel hombre, de rostro grave y mediana estatura, que goza de un prestigio único en el mundo de los mahometanos.

El jeque El Maragui, ex gran cadí del Sudán, ejerce una influencia considerable no solamente en los círculos religiosos sino también en un sector de prominentes hombres públicos.

Debajo de un turbante blanco pude ver un par de ojos firmes, de mirada serena y penetrante; una nariz recta, mediana; un pe-

EL EGIPTO SECRETO

queño bigote gris, una boca firme y un mechón de pelo blanco en el mentón.

La gran institución que presidía su eminencia impartía instrucción gratuitamente a millares de estudiantes, futuros sostenedores de la doctrina mahometana, y formaba sus fondos con dotaciones y subsidios oficiales. Los alumnos más pobres eran alimentados y alojados gratuitamente, o recibían pensiones en dinero. Los antiguos edificios ya no podían albergarlos a todos, por lo que se habían construido varios anexos en distintos barrios, modificándose al mismo tiempo la enseñanza. Fueron introducidas modernas disciplinas científicas, se instalaron anfiteatros y laboratorios de física y química bien equipados y se adoptaron los métodos pedagógicos más recientes. Sin embargo esas reformas fueron incorporadas mesuradamente, con tanta prudencia que se ha podido conservar la antigua atmósfera y conciliar los viejos y los nuevos métodos educativos.

Dentro ya del edificio, que encierra toda una colección de columnatas, claustros, galerías y minaretas, pude ver individuos de barba negra que leían afanosamente libros árabes, y oír las voces de los estudiantes, que canturreaban las lecciones meciedo el cuerpo rítmicamente; en cucullas, sobre alfombras, formaban pequeños grupos en el centro de los cuales se hallaba sentado el profesor.

Ésa es la forma tradicional de enseñar que se conserva adecuadamente en los edificios viejos. Pero en los grandes anexos modernos su eminencia había impuesto a la universidad religiosa una nueva modalidad de vida adaptada a las condiciones modernas. En estas medidas contó con el apoyo entusiasta de la generación musulmana joven, pero tuvo que luchar por un tiempo con teólogos recalcitrantes, incapaces de comprender que El Azar debía renovarse para poder actuar en un mundo mutable. La batalla fué larga pero la victoria de El Maragui fué completa.

Lo mismo que el sol, que se abre camino, poco a poco, por las estrechas y miserables callejuelas del viejo Cairo; y que el saneamiento, que está ganando su vieja batalla contra los barrios antiguos; y que el aire, que va disminuyendo la intensidad de los olores centenarios; así también va penetrando imperiosamente el pensamiento moderno en el ánimo del viejo oriental. La nueva generación que surge avanza presurosa hacia la inevitable unión de las ideas viejas con las nuevas.

Los estudiantes proceden de todos los rincones del mundo musulmán, desde Persia hasta Zanzibar, y llegan a El Azár atraídos como limaduras de acero por el magnetismo de su cultura. Llevan turbushes rojos, turbantes blancos y túnicas de todos los colores. Yo esperaba encontrar estudiantes chinos entre ellos, y los vi, en efecto, pero me sorprendió descubrir también jóvenes japoneses.

El jeque El Maragui vestía una larga camisa de seda, a rayas blancas y negras, sobre la cual llevaba una túnica de seda negra, más larga, de amplias mangas. Alrededor de la cintura tenía enrollada una faja blanca. Calzaba un par de zapatos de suave tafilete amarillo, con las puntas vueltas hacia arriba. Todo su atuendo daba una impresión de sencilla eficacia.

La grave serenidad de su semblante me agradó.

Comencé preguntándole por el mensaje central del islam.

Su eminencia meditó su respuesta con mucha circunspección.

—El primer principio es que hay un solo Dios. Éste fué el mensaje principal de Mahoma. Es el mensaje que Dios había dado a los profetas (Moisés y Cristo) antes de dárselo también a Mahoma. Mahoma repitió el mensaje a los judíos y a los cristianos, llamando a sus sacerdotes a la unión, porque los había encontrado en desavenencia.

”La creencia en la unidad de un Dios creador que no tiene compañero; un Dios que es el único a quien se debe glorificar y adorar, y que no necesita mediadores entre él y el pueblo que creó. Profetas y apóstoles no son más que intermediarios a quienes comunica sus leyes y sus órdenes, y que exhortan al pueblo a obedecerlo y adorarlo. Él es el único cuyo socorro se pide para el alivio de las faltas, y a ningún otro se debe acudir por clemencia ni implorar en momentos de necesidad. Dijo el señor (¡exaltado sea!):

”«No invoques a nadie, fuera de Alá, que no podrá beneficiarte ni dañarte; porque, si lo haces, serás ciertamente uno de los pecadores.» Y dijo:

”«Si Alá te inflige la desventura, nadie más que él podrá levantártela; y si quiere hacerte un bien, nadie podrá impedir su protección; él otorgará sus favores a aquellos de sus siervos que le plazca, y él es el perdonador, el misericordioso.»

—¿Qué entiende vuestra eminencia por alma?

—El *Corán* no define el término; por lo tanto, los jefes del islam

han auspiciado en distintas épocas diversas opiniones al respecto. Esas opiniones pueden ser estudiadas intelectualmente, pero no deben ser añadidas al *Corán*, el libro inspirado. Pero nosotros creemos, por supuesto, en el día del juicio para todas las almas, cuando los justos obtendrán su recompensa y los malhechores recibirán su castigo, estableciéndose con eso las bases del sentido moral. Dijo así Alá:

“«El que haya hecho un átomo de bien, será recompensado por eso; el que haya hecho un átomo de mal, será castigado por eso.»

—¿En qué se diferencia Mahoma de los profetas enviados por Dios?

—El profeta Mahoma no se diferencia en nada de los demás profetas, puesto que todos ellos fueron elegidos por el Señor para entregar su mensaje a la humanidad y todos recibieron su revelación. A los musulmanes se les prescribe que deben creer en la calidad profética de todos ellos, sin distinción. Dijo el Señor:

“«Digan los creyentes: “Nosotros creemos en Alá y en lo que nos ha sido enviado, y en lo que ha sido enviado a Abraham, Ismael, Isaac y Jacob y sus descendientes y en lo que les fué dado a Moisés y Jesús, y en lo que les dió el señor a los profetas. No hacemos ninguna diferencia entre ellos y a Alá estamos sometidos.»”

También aquella respuesta llegó después de que su eminencia la hubo pensado bien.

—¿Ustedes creen que un hombre no puede ayudar a otro a encontrar a Dios? Lo digo porque llama la atención que no haya sacerdotes en su religión.

—No, en el islam no hay sacerdotes que medien entre el hombre y Dios, pero sin embargo tenemos musulmanes instruídos que pueden enseñar a los otros el camino de Dios tal como lo prescribe el *Corán* y las palabras y los hechos del profeta Mahoma.

“Son varios los principios ordenados por el islam, sin los cuales nadie es digno de ser llamado musulmán, y que no difieren de los principios de todas las religiones que Alá nos envió por medio de sus apóstoles. El islam no es la única religión que prescribe la creencia en la unidad de Dios, y que ordena obedecer los mandamientos de Dios, y no fué enviada exclusivamente a Mahoma (que la paz sea con él); es la religión de Dios que nos envió por medio de todos los profetas y todos los apóstoles. Dijo Alá:

«En verdad la religión leal a Alá es el islam y ninguna otra es aceptable para él; y aquellos a quienes les fueron dadas las escrituras disintieron sin relación con ellas hasta que conocieron la verdad, a través de enemistades y rivalidades mutuas.»

«Nosotros dividimos a nuestro pueblo en dos grupos: los que han estudiado profundamente la sabiduría de nuestra religión y los que no la han estudiado. Respetamos y obedecemos a los de la primera clase; pero no los consideramos hombres inspirados sino solamente intelectuales. Ningún musulmán puede decirle a otro que tal o cual cosa le está prohibida, porque Dios es el único que tiene autoridad para eso. En nuestra religión no hay intermediarios entre Dios y sus fieles. Ésta es una de las piedras angulares del islam. Pero distinguimos y respetamos a los que dedican la vida a los estudios sagrados, y recurrimos a ellos para pedirles opiniones y consejos. Por eso un negro instruido en cuestiones musulmanas tiene derecho a que sus opiniones sean escuchadas con respeto. Nuestra historia registra el caso de un califa reinante que pidió consejo a un esclavo negro muy versado en las doctrinas y las enseñanzas del profeta. Por supuesto, después dejó de ser esclavo.

—¿Puedo preguntarle, eminencia, si las mezquitas son esenciales en la religión de ustedes?

—No, la gente las usa como lugares adecuados para rezar, y los viernes van a escuchar un sermón, pero como en el islam no hay sacerdotes ni ceremonias, las mezquitas no son esenciales para la práctica del culto. Los musulmanes pueden orar en cualquier parte, no tiene que ser forzosamente en las mezquitas; cualquier pedazo de tierra limpia sirve lo mismo. Nuestro objetivo, al levantar mezquitas, es el de promover la unidad mediante la sociabilidad en la práctica religiosa. Sin embargo, aunque no es esencial, es naturalmente preferible que la devoción se efectúe en las mezquitas.

—¿De qué naturaleza son sus oraciones?

—Cuando un musulmán reza —respondióme con su voz queda y contenida—, se entiende que repite una parte del *Corán* aprendida de memoria. Generalmente contiene aquellas frases que, según es tradición, comprenden las cosas en que debe pensar un hombre cuando reza. Debo decir y repetir que el objeto de nuestras plegarias no es solamente el de cumplir con nuestro deber hacia Dios, sino también el de educarnos espiritualmente mientras las pronunciamos. Repitiendo todos los días las mismas palabras,

el musulmán las tiene constantemente presentes en la memoria. No puede haber nada mejor para orar que las palabras establecidas al efecto por el *Corán*. "Te oramos a ti, y solamente a ti. A nadie le pedimos ayuda salvo a ti." Éstas son dos de las frases que se usan a menudo. Además, las frases hechas ayudan a los ignorantes.

"Nuestras plegarias son bien cortas. Comprenden el párrafo inicial del *Corán* y otros siete pasajes. Pero los que quieren pueden agregar otros a gusto de cada cual. Lo que no se puede es añadir plegarias creadas por uno mismo.

"Los musulmanes deben rezar cinco veces por día. Si por imperio de las circunstancias no pueden cumplir una oración en el momento indicado, deben hacerlo luego. Está prohibido omitir alguna de las cinco."

—¿Y los que están gravemente enfermos?

—Si no pueden ponerse en pie o en cuclillas, en las posturas prescritas, deben pronunciar las oraciones acostados. Y si no pueden hablar, tienen que llevarse las dos manos a las sienes como señal de reverencia a Dios. No olvide que las posturas, al obligarlo a prosternarse, hacen que el hombre demuestre humildad ante Dios. Es bueno que el hombre reconozca de ese modo la grandeza de Dios.

—Cinco veces por día. ¿No es pedirles mucho a los hombres?

—No; esas oraciones son esenciales para que los hombres recuerden frecuentemente a Dios, y también, como dije antes, para educarlos espiritualmente. De ese modo, cuando se dirigen a Dios llamándolo el misericordioso, aprenden que Dios aprueba la misericordia y se sienten inducidos a ser misericordiosos en sus vidas privadas. Y lo mismo sucede con las demás cualidades que atribuimos a Dios.

Entró en ese momento un funcionario. Tomó la mano que le ofreció el gran rector, se inclinó y la besó con fervor y luego la tocó con la frente. Cuando se hubo retirado, pregunté:

—¿Qué objeto tiene el peregrinaje a La Meca?

—Lo mismo que las mezquitas acrecientan la solidaridad islámica local, el peregrinaje a La Meca acrecienta la solidaridad islámica internacional. Todos los hombres son hermanos en el islam, y tanto las mezquitas como el peregrinaje les facilitan su

reunión fraternal. La igualdad es uno de los principios del islam. El islam es esencialmente democrático y destruye el odio de clases. El islam solucionó el problema del pauperismo prescribiendo las limosnas estatuidas, tomádoles a los ricos un porcentaje de su dinero para ser distribuido entre los necesitados. Si todos lo hicieran, la buena voluntad, la paz y la compasión reinarían soberanas en la humanidad; se establecería un saludable equilibrio entre las clases. Todos los que creen en Alá tratan como a iguales a los demás creyentes que encuentran en la mezquita o en la peregrinación. Un rey puede marchar junto a un mendigo, o rezar a su lado. El islam exhorta a los hombres a deponer toda distinción racial o de otra índole, y los reúne a todos con los lazos de la unidad religiosa y de los principios humanos. El islam no le acredita a nadie más que su rectitud y sus buenas acciones. Porque dijo Alá (exaltado sea):

«¡Hombres! Nosotros os hemos creado de Adán y Eva, y os hemos formado en pueblos y tribus para que podáis conocer los unos a los otros. En verdad el más digno de honores entre vosotros, a los ojos de Alá, es el más virtuoso; Alá es omnisciente y conoce vuestros más íntimos pensamientos.»

—Se cree por lo común en el occidente que los mahometanos son fanáticos e intolerantes. ¿Es exacto? Y también que el islam fué propagado únicamente con la espada. ¿Quisiera decirme algo al respecto?

El Maragui sonrió.

—El islam se ha convertido en una creencia firme e inconvencible; los musulmanes adquirieron reputación de sostenedores estrictos de su fe. Los críticos parciales lo han acusado falsamente, por lo tanto, de fanatismo. En realidad, lo que sus enemigos califican de fanatismo no es más que firme convicción, llámenlo como lo llamen.

”Y en cuanto a la afirmación de que el islam fué propagado únicamente con la espada, basta con examinar los hechos históricos, analizando las verdaderas causas de las guerras en que se vió envuelto el islam en sus comienzos. Este análisis nos hace comprender que aquellas guerras no tenían nada que ver con la difusión del islam. Fueron en su mayor parte acciones defensivas, para proteger a los fieles de la persecución y la tiranía desatadas contra ellos por los infieles que los expulsaron de sus hogares.

Por estas razones Dios permitió a su profeta que tomara las armas contra los ofensores. Dijo el Señor:

”«Alá no os prohíbe ser caritativos y tratar con justicia a los que no os hicieron la guerra a causa de vuestra religión y no os expulsaron de vuestros hogares; en verdad Alá ama a los equitativos. Alá os prohíbe únicamente hacer amistad con aquellos que, a causa de vuestra religión, os han hecho la guerra, os han expulsado de vuestros hogares y han ayudado a los que os persiguieron.»

”Y dijo también:

”«Se acuerda permiso a los que han tomado las armas contra los infieles, porque ellos han sufrido persecución; y en verdad Alá puede muy bien socorrerlos. A aquellos que fueron injustamente expulsados de sus hogares, sólo porque dijeron: nuestro Dios es Alá.»

”Éstas son, en resumen, algunas de las causas que obligaron al profeta y a sus compañeros a tomar las armas. Al principio Mahoma sugirió a sus compañeros que lo dejaran solo para exhortar a los árabes a que adoptaran el islam. Pero fué objeto de injurias; los árabes se negaron a aceptar la nueva religión, lo molestaron y se empeñaron en deformar su mensaje. El profeta no tuvo más remedio que defenderse y defender a sus partidarios de los ataques de sus enemigos, para sostener la causa de Alá.

”Las guerras y conquistas que se llevaron a cabo posteriormente tenían por objeto, sin duda, proteger al islam. Los conquistadores daban a los vencidos tres opciones: 1) adoptar el islam y ser sus iguales; 2) pagar un tributo que mitigaría la pobreza de los árabes, recibiendo en cambio la protección de sus vidas y sus bienes; 3) seguir luchando.

”Sin embargo, no hay duda de que esas guerras fueron promovidas por razones en parte políticas, en parte sociales y en parte económicas. La afirmación, no obstante, de que el islam fué propagado únicamente con la espada es falsa; el islam se difundió luego sin recurrir a la guerra. ¿No abrazaron el islam, convirtiéndose en celosos puntales de la fe, los mogoles y los tártaros, que habían arrasado el Asia y destruido la magnífica civilización islámica y habían sido enconados enemigos de los musulmanes? Si repasásemos imparcialmente la historia podríamos encontrar numerosas pruebas para refutar la mencionada afirmación.

—Desde un punto de vista oriental, y con referencia a lo que ya

ha podido conocer vuestra eminencia, ¿cuál es su opinión personal sobre los pueblos y las instituciones de occidente? —pregunté a continuación.

—En mi opinión personal, los pueblos occidentales alcanzaron un nivel cultural muy alto, tanto en lo científico como en lo social, pero observo que la civilización occidental carece de móviles espirituales. No podemos considerar perfecta a la civilización que no abarque la naturaleza material tanto como la espiritual de los hombres, puesto que ambas son complementarias y se equilibran recíprocamente.

”En cuanto a las instituciones europeas, las admiramos y tratamos de adoptar muchas de ellas, impulsados por el mismo texto de nuestro libro santo:

”«Anuncia buenas nuevas a mis servidores que prestan oídos a las exhortaciones y siguen las que son mejores. Éstos son los que Alá conduce a su religión y éstos son los hombres de entendimiento.»

”Nuestro profeta sostiene lo mismo; dijo Mahoma:

”«La sabiduría es el tesoro perdido del verdadero creyente, la toma donde la encuentra.»

”Lo único que objetamos en las instituciones occidentales es la excesiva libertad individual, porque provoca serios inconvenientes que tienden a socavar la misma existencia de las instituciones.

”Admitimos que el principio de la libertad individual es un derecho natural del hombre, pero no podemos decir que creemos que esté adecuadamente aplicado. En el islam se aplica el principio adecuadamente, pudiendo cada cual hacer todo lo que no dañe ni perjudique a los semejantes.

* * *

—En los comienzos del islam, las autoridades acostumbraban separar partes de las mezquitas para destinarlas a los estudios laicos y religiosos. Las mezquitas más grandes adquirieron un aspecto universitario, sobre todo cuando les fueron anexados hospedajes para los estudiantes y habitaciones para los maestros. Se hicieron legados para mantener esas instituciones. El Azar era una de esas mezquitas. Cuando en el siglo VII de la fuga del profeta Bagdad cayó en ruinas a los pies de los invasores tártaros y fué derrocado el califa, el rey Alsahir Bibars tomó bajo su protección

EL EGIPTO SECRETO

a uno de los hijos de los príncipes abasidas y lo hizo califa. El rey Bibars reabrió El Azar, donde habían sido suspendidas temporariamente las clases, dispensándole abundantemente sus favores. El Azar adquirió fama y atrajo muchos estudiantes que llegaban de todas partes, próximas y remotas, en busca de instrucción. Con el tiempo se transformó en la universidad islámica más grande y más importante del mundo. Se fué desarrollando gradualmente hasta llegar a ser una institución pública para todos los musulmanes. Es, sin duda, una gran distinción, que no alcanzó ninguna otra mezquita.

"Las reformas que estoy introduciendo en El Azar tienen por objeto proporcionar a los estudiantes la oportunidad de ampliar el horizonte mental y cultural incluyendo todas las ramas del conocimiento.

"En su búsqueda de la verdad, el islam recomienda el razonamiento lógico; condena la imitación ciega y censura a los que la practican. Dijo el Señor:

"«Y cuando se les dijo: "Seguid al que Dios ha enviado", dijeron: "No, seguimos las costumbres que tenían nuestros padres." Lo cual, aunque sus padres no sabían nada y carecían de guía.»

—¿Puede adaptarse el islam a las necesidades de la edad moderna, que es educada en una creciente orientación científica y tiende a ser completamente práctica?

—¿Cómo no va a adaptarse el islam, que está basado en las exigencias de la naturaleza y la razón humanas, y que exige a sus adherentes que aumenten sus conocimientos y cumplan sus obligaciones? ¿Cómo va a ser incompatible una religión de esa índole con las necesidades de nuestra era moderna de ciencia y cultura? El islam insta al pueblo a instruirse. Dijo al respecto el Señor:

"«Oye: Considera todo lo que hay en el cielo y en la tierra.»

"Los verdaderos creyentes son descritos en el *Corán* como aquellos que "meditan sobre la creación de los cielos y la tierra".

"Los primeros musulmanes dieron pruebas de que es posible conciliar la religión con la vida práctica y la ciencia sin descarriarse. Tomaron obras científicas y filosóficas de los griegos y los romanos, las tradujeron, las criticaron y las perfeccionaron. Prac-

ticaron todas las variedades de las actividades mundanas, incluyendo la agricultura, el comercio y la industria.

"La rápida e inmediata difusión del islam se debió, entre otras cosas, a que es una religión práctica y no teórica. Expone leyes y órdenes que pueden ser obedecidas y principios que pueden ser aplicados a la vida.

"El islam consideró las necesidades más destacadas de la naturaleza humana, y estableció principios que encaran las exigencias del cuerpo como del alma, sin sacrificar a ninguno de los dos para beneficiar al otro. Cuando el islam legitimó el goce de lo que tiene de bueno la vida, señaló límites a los apetitos del hombre, y le prohibió hacer lo que pudiera dañarlo y corromperlo. Tampoco descuidó la parte espiritual; el islam le acuerda al aspecto espiritual todo lo que le corresponde."

—¿Por qué llevan velo las mujeres? ¿No se abandonará esta costumbre? Se cree generalmente en el occidente que las mujeres de los países mahometanos son mantenidas en un nivel social bajo, semiesclavizadas, y tratadas como seres completamente inferiores. ¿Qué me puede decir al respecto?

—En cuanto al velo de las mujeres —me respondió—, el islam ha determinado cierta formalidad para su uso, fundada en que las mujeres no deben exhibir sus atractivos ante extraños ni ataviarse ostensiblemente en público. De ese modo las mujeres conservan su decoro y los hombres se libran de sucumbir a sus encantos. Con esta disposición el islam ha logrado, sin duda alguna, establecer un principio sano para salvar al hombre y a la mujer de la tentación y el pecado.

"Sin embargo, el islam no exagera su aplicación; permite a las mujeres descubrir el rostro y las manos cuando no temen a la tentación.

"La opinión occidental de que las mujeres musulmanas son mantenidas en un nivel social bajo, semiesclavizadas y tratadas como seres totalmente inferiores, ni es exacta ni está de acuerdo con nuestras doctrinas religiosas, porque el islam otorgó todos los derechos a las mujeres. Les permitió, dentro de límites razonables, todo lo que puede satisfacerlas. Les acordó una forma conservadora de libertad y las hizo dueñas y señoras de sus dominios. No les ha prohibido la educación en ningún grado; por el contrario, les recomienda que se perfeccionen todo lo posible. Las autorizó a poseer bienes propios, y les dió el derecho a disponer de ellos.

Las mujeres pueden ser abogadas, tutoras, curadoras y jueces, salvo en casos criminales. Hubo mujeres musulmanas muy instruidas, unas se distinguieron por su probidad, otras se destacaron en las letras. El rumor de que las mujeres musulmanas viven semiesclavizadas se originó en el hecho de que ciertos ignorantes, con la influencia de su medio ambiente, adquirieron la perversa costumbre de maltratar a sus mujeres. El islam, no hace falta decirlo, no puede ser inculgado de esos abusos."

* * *

No se le puede echar en cara al europeo medio su ignorancia de esta gran religión, pero los conceptos desacertados que se formó ya hablan menos en su favor. Muchos de mis amigos de Inglaterra saben solamente que un mahometano es un hombre cuya religión le permite desposar cuatro mujeres. ¡Fuera de eso no saben nada! Deben creer, con toda seguridad, que si el islam (para darle a la religión el nombre con que la designan sus propios adherentes y no el nombre artificial de mahometanismo que le hemos conferido), si el islam se extendió por todo el oriente, habrá sido en gran parte por la atracción de esas cuatro esposas. Para el hombre que piensa y percibe que cuatro mujeres son cuatro responsabilidades, cuatro presupuestos, la atracción de esas posibles esposas es menos evidente. Por mi parte, conocí únicamente dos mahometanos que tenían cuatro mujeres y eran maharajás, que poseían sus buenas fortunas. Conozco varios plebeyos que tienen dos mujeres, pero no encontré ninguno con harén de cuatro. Cerca del noventa y siete por ciento de los mahometanos que conocí no poseían más que una sola mujer. Lamento, pues, disipar una ilusión a la que nosotros los occidentales le teníamos cierto cariño. Desaparecida esa ilusión, no queda mucho de nuestro conocimiento del islam.

La práctica de la poligamia, de que se acusa muy a menudo al islam, empleándose con frecuencia el argumento para confundir sus realizaciones, no es un cargo al que deban temer los musulmanes. La poligamia en sí misma no es necesariamente repugnante o inmoral; desde el punto de vista psicológico y científico, puede a veces hasta ser deseable. De todos modos, el porcentaje de matrimonios polígamos en el oriente es en realidad sumamente bajo; no es mayor que en el occidente, donde esas uniones existen sin duda, sólo que con carácter secreto, vergonzosas e ilegales. De to-

das maneras, la opinión pública es ahora en Egipto generalmente contraria a las uniones polígamas, y si le calculamos un cinco por ciento a Egipto, habrá probablemente un dos por ciento en Persia y otro cinco por ciento entre los musulmanes de la India.

Recordé que la poligamia era una práctica generalizada en los pueblos de la antigüedad; Mahoma la encontró en Arabia como una institución establecida. No la introdujo ni la difundió como una doctrina nueva; aceptó simplemente la situación imperante y trató de regularizarla encauzándola dentro de normas éticas. También recordé que Mahoma encontró entre los árabes de aquellos tiempos una situación marital hasta cierto punto bárbara, comparada con la que él instituyó posteriormente. Un hijo, por ejemplo, podía heredar las esposas del padre. Existía la costumbre de formar uniones temporales; Mahoma las prohibió. Divorciarse era tan fácil como sacar agua de un pozo. Aunque Mahoma no trató de hacerlo más difícil, advirtió a sus partidarios, sin embargo, que "el divorcio era lo que más detestaba Dios de todas las cosas permitidas". Y le impuso un código más justo para ambas partes. Falta saber si no es preferible a la hipocresía legalizada del código que nosotros empleamos para el divorcio.

La acusación de que Mahoma permitió al hombre entregarse a la satisfacción desordenada de las pasiones, es ridícula. Impuso ayunos a todos sus partidarios para ayudarlos a librarse de las pasiones. Les prohibió las bebidas alcohólicas para ayudarlos a dominarse.

Pero quise saber qué había establecido en realidad Mahoma sobre la cuestión de los matrimonios múltiples, y le pregunté a su eminencia:

—¿Cuál es la doctrina relativa a la poligamia? ¿Cómo se practica actualmente?

Su respuesta fué la siguiente:

—El islamismo permite la poligamia siempre que el marido pueda tratar a sus mujeres con equidad e imparcialidad. El santo *Corán* prohíbe la poligamia cuando es imposible la imparcialidad por parte del marido. Dijo Alá, exaltado sea:

"«Y no estará en vuestro poder tratar a todas vuestras esposas igual, aunque de buena gana lo hariais.»

"De todas maneras, el islam no fomenta la poligamia; nunca la autoriza incondicionalmente. Trata únicamente de evitar que los